

Concurso literario
"Esther Kolonsky-
Ashoka"

HORIZONTES EN MOVIMIENTO

RELATOS DE JÓVENES AGENTES DE CAMBIO

HOLA
AMÉRICA

fi@

Fundación **Santillana**


ASHOKA

ASHOKA
(Compilador)

HORIZONTES

EN MOVIMIENTO

Relatos de jóvenes agentes de cambio

Ashoka - Fundación Santillana - Julieta Torregiani - Magalí Occhipinti
- Sebastián Alvarez - Joaquina Ainara Ferreyra - Benjamín Schusman
- Iara Schusman - Milena Parysow - Malena Haylene Cantadori
- Paulina Díaz Pardo - Anna Negroni - Constanza Sosa
- Jonathan Benjamín Quiroz Boveda - Matías Ezequiel Ferreira Cabañas
- Arami Elena Alejandra Ríos González - Benjamín Ledesma
- Gregorio Ludueña - Jeremías Aguirre Anaya - Luz Jazmín Núñez Ayala
- Pablo Nicolás Gamboa - Tiziano Almaraz - Martina Muro
- Mora Alfaya - Guadalupe Jazmín Moyano - María Florencia Privitera
- Genaro Linck - Valentina Pavet - Martina Robledo
- Alexander Emilio Ticlia Reyes - FICU



ASHOKA
Buenos Aires
2025

Horizontes en movimiento : relatos de jóvenes agentes de cambio / Julieta Torregiani ...

[et al.] ; Compilación de Ashoka Cono Sur . - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : ASHOKA ; Ciudad de Buenos Aires : Fundación Santillana , 2025.

204 p. ; 225 x 155 cm.

ISBN 978-987-47963-4-9

1. Migración. 2. Jóvenes. 3. Relatos. I. Torregiani, Julieta

II. Ashoka Cono Sur , comp.

CDD 860.8

Contenido y corrección a cargo de el/los autor/es.

Diseño e ilustración de tapa: Evelyn Kandin Geler (@ekgportfolio).

Módulo didáctico: Fundación FICU.

El libro se encuentra disponible en su versión digital accesible y audiolibro en Tiflonexos y en la Biblioteca Tiflolibros.

Impreso por Editorial Dunken

Ayacucho 357 (C1025AAG) - Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Tel: (011) 4954-7700

E-mail: info@dunken.com.ar

Página web: www.dunken.org/WEBSITE/

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en la Argentina.

© 2025 Ashoka (Compilador)

ISBN 978-987-47963-4-9

CONCURSO LITERARIO
“ESTHER KOLONSKY-ASHOKA”

Índice

Introducción	7
¿Por qué un concurso de cuentos sobre migración	7
Acerca de Fundación Santillana	9
Acerca de la familia Gotlib-Kolonsky	10
Acerca de Ashoka	10
Acerca del jurado.....	11
Cuentos	15
“Hijo del viento”, por SEBASTIÁN ALVAREZ	17
“Donde el silencio habla”, por MALENA HAYLENE CANTADORI	25
“Devolver el fuego - Kappita”, por GREGORIO LUDUEÑA	31
“El vacío”, por BENJAMÍN JAVIER LEDESMA	41
“Marcus Diotren, hijo de Atur”, por MATÍAS EZEQUIEL FERREIRA CABAÑAS	49
“Eco de esperanza”, por PABLO NICOLÁS GAMBOA	57
“Sembrando puentes de colores”, por JULIETA TORREGIANI	65
“Manos amigas que transforman: un puente entre mundos” por MAGALÍ OCCHIPINTI	69
“Cautivos en la memoria”, por JOAQUINA AINARA FERREYRA	75
“Zikomo”, por BENJAMÍN SCHUSMAN y IARA SCHUSMAN	81
“Voces de esperanza”, por MILENA PARYSOW	89
“Basta-Stop-Assez”, por PAULINA DÍAZ PARDO, ANNA NEGRONI y CONSTANZA SOSA	95
“Raíces entrelazadas: la influencia de los inmigrantes en Paraguay”, por JONATHAN BENJAMÍN QUIROZ BOVEDA	101
“Luz en la oscuridad”, por ARAMI ELENA ALEJANDRA RÍOS GONZÁLEZ.....	107
“Nuevas aventuras”, por JEREMÍAS AGUIRRE ANAYA	113
“La migración”, por LUZ JAZMÍN NÚÑEZ AYALA	119
“El puente invisible”, por TIZIANO ALMARAZ	129
“La importancia de saber querer”, por MARTINA MURO	133
“Una pizquita di sale”, por MORA ALFAYA	141
“Bajo el cielo de dos mundos”, por GUADALUPE JAZMÍN MOYANO y MARÍA FLORENCIA PRIVITERA	149

“Horizontes interplanetarios”, por GENARO LINCK	157
“Ecos de un pasado olvidado”, por VALENTINA PAVET	165
“Conectando hogares”, por MARTINA ROBLEDO	175
“La oportunidad de migrar o migrar para la oportunidad”, por ALEXANDER EMILIO TICLIA REYES	181
Módulo didáctico “Las migraciones”, por FICU	187

Introducción

¿Por qué un concurso de cuentos sobre migración?

POR ASHOKA.

La migración como ingrediente clave para sociedades más diversas, equitativas e inclusivas.

La migración existe desde que el mundo es mundo. En la actualidad, se calcula que hay más de 280 millones de migrantes internacionales, que equivale a alrededor del 3,5% de la población mundial. Se trata de un fenómeno intrínsecamente humano que ha existido a lo largo de la historia. Las personas han dejado sus países de origen y se mueven en busca de mejores oportunidades, seguridad, libertad y una vida más próspera, entre múltiples motivos.

Es indudable la importancia que tienen los procesos migratorios en el contexto actual. La migración trae consigo una variedad de experiencias, culturas, perspectivas y talentos que enriquecen y fortalecen tanto a la persona que migra, como a las comunidades que la reciben. No obstante, con esta amplitud de beneficios, también viene un conjunto de desafíos importantes.

Empecemos con los hechos innegables: la migración es un poderoso motor de **diversidad cultural**. Cuando las personas se desplazan a nuevos lugares, llevan consigo sus tradiciones, idiomas, costumbres y formas de pensar. Esta diversidad enriquece a la sociedad receptora al fomentar la tolerancia, el intercambio cultural y el aprendizaje mutuo. La presencia de diversas culturas también contribuye a la creación de una sociedad más plural, donde se valoran las diferencias y se promueve el respeto por las identidades individuales y colectivas.

Además de la diversidad cultural, la migración también promueve la **diversidad étnica y racial**. Las personas migrantes provienen de diferentes orígenes étnicos y raciales, lo que desafía las nociones preexistentes de homogeneidad y promueve una mayor representación de grupos minoritarios. Esta diversidad étnica y racial ayuda a romper barreras, reduce la discriminación y permite la construcción de sociedades más inclusivas y equitativas.

Adicionalmente, en términos de **inclusión**, el que esta realmente exista implica crear un entorno en el que las personas migrantes se sientan valoradas, respetadas y aceptadas. Es importante fomentar una cultura de apertura y respeto mutuo, donde las diferencias sean celebradas en lugar de ser motivo de discriminación o exclusión. La inclusión (o, mejor dicho, **integración**) de los migrantes contribuye a construir sociedades más cohesionadas y democráticas, donde todas las voces sean escuchadas y tengan la oportunidad de participar en la toma de decisiones. Encaminarnos a un mundo o contextos donde esto ocurra sigue siendo, lamentablemente, una materia pendiente.

Cuando volteamos a ver a las personas que nos rodean, observamos una diversidad infinita; debemos hacer el ejercicio de romper con otra idea recurrente, y es que las migraciones se componen por personas iguales, como bloques homogéneos, sin tener en cuenta que la misma diversidad de individuos que nos rodea en nuestro día a día es aquella que también conforma la migración.

Estamos seguros de que esta publicación contribuirá a seguir visibilizando esos desafíos, desde la voz de los mismos jóvenes que los enfrentan, o que conviven con ellos. En Ashoka creemos firmemente que **cada joven tiene el potencial de ser un agente de cambio**. Nuestro rol es acompañarlos, apoyarlos y crear oportunidades para que puedan desarrollar sus habilidades al máximo. Espacios donde la empatía sea un valor compartido, la colaboración una constante y donde encuentren las herramientas necesarias para actuar en favor del bien común.

Invitar a los y las jóvenes a escribir sobre migración es abrirles una puerta para expresar sus ideas, imaginar escenarios en los que esta sea protagonista, para reconocer y valorar el papel positivo de la migración en la construcción de sociedades más diversas, equitativas e inclusivas.

A través de la literatura, buscamos que sus voces y personajes nos hagan reflexionar sobre los desafíos y posibilidades de construir un mundo nuevo. En estas páginas encontrarán algunos de los cuentos presentados, pero queremos reconocer a todas y todos los jóvenes que se animaron a plasmar sus emociones e ideas y compartirlas con nosotros a través de este concurso.

El libro se encuentra disponible en su versión digital accesible y audiolibro en Tiflonexos y en la Biblioteca Tiflolibros (<https://www.tiflonexos.org/>).

Queremos agradecer en primer lugar el apoyo de la Fundación Santillana, que nos ha acompañado en esta edición de nuestra mención, y juntos hemos tra-

bajado con el objetivo común de llevar adelante esta iniciativa tan poderosa y transformadora para los jóvenes.

Un agradecimiento especial a FICU (Fundación para la Integración Cultural de Migrantes y Refugiados en Argentina), que trabaja con el objetivo de servir de puente para que migrantes y refugiados puedan insertarse en la sociedad de acogida desde el arte, la cultura y los oficios, que ha colaborado en el desarrollo del módulo didáctico para diseñar actividades a partir de los cuentos de este libro y seguir profundizando en esta temática.

Como siempre, un agradecimiento especial a la familia Gotlib, que año a año sigue eligiendo esta hermosa forma de reconocimiento y legado de la vida de Esther, reflejada en cada una de las historias narradas por los miles de estudiantes que ya han participado de este concurso.

¡GRACIAS!

Acerca de Fundación Santillana

Desde su constitución en 1979, la Fundación Santillana tiene entre sus principales objetivos colaborar en la creación y la difusión de información, impulsar proyectos educativos y culturales renovadores, establecer vínculos de cooperación entre España y América, convocar foros de intercambio intelectual y auspiciar iniciativas relacionadas con el mundo de la edición, la información y la educación. En Argentina comenzó su actividad institucional en 2004. Dentro de las actividades que organiza se destacan el **Premio Vivalectura** –certamen que galardona las experiencias más relevantes de promoción de la lectura a nivel nacional– y el **Foro Latinoamericano de Educación** –un espacio para reflexionar y debatir acerca de la situación actual del sistema educativo, las políticas y los desafíos pedagógicos–. Más información en: <http://www.fundacionsantillana.com>.

Acerca de la familia Gotlib-Kolonsky

POR NATÁN GOTLIB.

¿Por qué personas migrantes? Porque suscitan pasiones, sentimientos y pensamientos tan polarizados en la actualidad, entre gobernantes y sus votantes de diferentes países, solo por prejuicios desechando estudios sociológicos, psicológicos, demográficos y económicos que contradicen sus opiniones.

Me abstengo de argumentos falaces y me pregunto si esos líderes estudiaron historia. Expongo mi pensamiento y lo enfoco solamente en mi país, Argentina.

Esos miles y miles de personas que eligieron llegar a nuestras fronteras con esperanza de progreso material y espiritual, aportando trabajo y esfuerzo que beneficiaron al progreso del país, solo necesitaron encontrar un marco de empatía, libertad, seguridad y admitir la diversidad para desarrollar todo su talento en diversos campos económicos y culturales.

Junto a los nativos fundaron colonias, pueblos, ciudades, cultivaron tierras desérticas con variedades de plantas que se desconocían y generaron ingresos que se invirtieron para crear un círculo virtuoso.

Quiero destacar dos hechos que marcaron mi existencia.

El primero: una pareja de esas personas me dio vida (por tal razón estoy presente y escribo este texto). Y el otro: me encontré con Esther Kolonsky, la persona (concebida por otra pareja) que me acompañó durante 57 años en mis sueños, proyectos, ideales y lucha para conseguirlos y poder disfrutar la familia que formamos.

Solo dos palabras sintetizan mi pensamiento: BIENVENIDOS, MIGRANTES.

Acerca de Ashoka

Ashoka es una organización global que, desde hace 40 años, impulsa un nuevo paradigma en el que todas las personas se reconozcan como agentes de cambio para construir un mundo mejor. Para esto facilita puentes entre distintos actores de la sociedad: personas, organizaciones sociales, universidades, empresas y sector público con el propósito de estimular procesos de impacto que tiendan a un mundo más inclusivo y sustentable. Más información en: www.ashoka.org.

ACERCA DEL JURADO



Cecilia María Labanca

Escritora. Profesora superior en Letras por la Universidad del Salvador. Como educadora recibió diferentes premios por sus ideas innovadoras en educación, plasmadas en el libro *Cambios en Educación. Coincidencias con Montessori en el siglo XXI*.

Reconocida como embajadora para la paz por la FEDERACIÓN UNIVERSAL PARA LA PAZ (UPF Argentina), ha promovido la lectura en diversos congresos del país y del exterior, como así también en la Feria del Libro de Buenos Aires.

Prioriza la educación emocional a través de cuentos y poemas de su autoría, convencida del poder sanador de la literatura. Poeta premiada en concursos nacionales e internacionales. Es miembro de número de la ACADEMIA DE LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL DE ARGENTINA (ALIJ) y ha realizado diversas traducciones literarias del inglés y francés para editoriales del país y del exterior.

Queridos creadores:

En primer lugar, quiero felicitarlos.

Sí. Felicitarlos por la calidad de sus cuentos: profundamente bellos en la forma y hondamente emotivos en sus contenidos.

Escribir es un acto de arrojo. Y ustedes han tenido el valor de sumergirse en sus raíces, en busca de los rostros de sus ancestros o de sus propios rostros.

Y luego, con sus vidas al hombro, tuvieron el valor de revivir sus luchas y hacerlas florecer en horizontes recién descubiertos, aportando lo propio y amasando realidades nuevas en medio de muchos desiertos, transformando lágrimas en sonrisas y vislumbrando luces más allá de las tormentas.

Quiero felicitar también a los docentes que los acompañaron en esta travesía gozosa (porque toda creación implica un altísimo goce espiritual).

Y fundamentalmente quiero decirles ¡gracias! Gracias por haber dejado sus huellas en estos ramilletes de palabras donde cada uno, a través de la escritura, supo lograr el milagro de salvar sus historias del olvido y de la muerte. Para siempre.



Mariana Incarnato

Emprendedora Social Ashoka. *Fellow* de ASHOKA, fundadora de DONCEL y editora en COMO ATACAR UN FUEGO, una editorial que se dedica a publicar libros de artistas que escriben –no como tarea primaria– o que tienen alguna obra que puede ser llevada al papel. Puede ser una obra de teatro, un guion audiovisual, una novela escrita por un pintor o una serie de publicaciones de redes sociales que, unidas, se transforman en otra cosa.

Hacer que la juventud escriba es un desafío de toda la sociedad que merece apoyo y dedicación para estimular a las nuevas generaciones a crear y a vivir mejor a través de la literatura.



Blas Briceño

CEO de Finnegans. Emprendedor tecnológico y promotor cultural, apasionado en diseñar y construir *software*, procesos de negocio, organizaciones y proyectos de impacto positivo en la sociedad. Y, sobre eso, materializar lo diseñado. Lidera actualmente a más de 300 personas en distintas organizaciones. Como actor, ha participado en varios proyectos de teatro independiente, actuando, escribiendo y produciendo espectáculos. Desde la ONG IMPACTO FINNEGANS produce eventos Qculturales y acompaña el desarrollo de actividades formativas destinadas a personas que buscan obtener un primer empleo digital.

Cada nueva generación debe contar sus propias historias, con voz renovada. Y más hoy, cuando es necesario encontrarnos a través de la palabra escrita: humanos en un mundo de artificialidades crecientes.

Enorme acierto ofrecer, a través de este libro, las voces jóvenes que asumen desde la ficción la perspectiva de sus migrantes. Abracemos la diversidad y la interculturalidad como motor del crecimiento de la humanidad.



Juan Pablo Schneider

Oficial Nacional de Comunicaciones y Medios para OIM. Licenciado en Ciencias de la Comunicación por la Universidad de Buenos Aires. Se especializó en Planificación Estratégica de la Comunicación, trabajando en este ámbito en diferentes organizaciones del sector privado, público e internacional. Desde la ORGANIZACIÓN INTERNACIONAL PARA LAS MIGRACIONES (OIM), trabaja en iniciativas que buscan promover un cambio de narrativa sobre las migraciones, con foco en la perspectiva intercultural y en el rol de las personas migrantes como agentes del desarrollo de las sociedades.

A lo largo de la historia, las migraciones han sido un motor de cambio, desarrollo y enriquecimiento cultural. Con más de 280 millones de personas viviendo fuera de su país de origen, las aulas se han convertido en espacios donde convergen diversas culturas, idiomas y perspectivas. En este contexto, la escuela tiene una oportunidad única de abordar el fenómeno migratorio de manera constructiva, promoviendo el respeto, la empatía y el entendimiento mutuo como herramientas clave para combatir prejuicios y racismo.

Para las personas migrantes, especialmente niñas, niños y jóvenes, la escuela puede ser un lugar de acogida y pertenencia. Frente a desafíos como aprender un nuevo idioma o adaptarse a nuevas prácticas sociales, la diversidad en las aulas no solo enriquece la experiencia educativa para todos, sino que fomenta habilidades esenciales como la comunicación intercultural y el pensamiento crítico.

Desde OIM Argentina estamos felices de acompañar esta iniciativa, creyendo fervientemente que trabajar la interculturalidad en contextos educativos, incorporando contenidos sobre la historia y derechos de las personas migrantes en las currículas, capacitando a docentes en esta perspectiva y fomentando actividades que celebren la diversidad son pasos esenciales para construir sociedades más inclusivas, justas y equitativas para todas las personas.



Leonel Bracamonte

Joven agente de cambio de Tribu 24. Es un joven mendocino de 19 años que fue reconocido como Joven Agente de Cambio de su provincia por el programa TRIBU 24 de ASHOKA, en su tercera generación. Es voluntario en el área de Migrantes y Refugiados de su iglesia, en FUNDACIÓN LÍDERES DE ANSENUZA y en TECHO ARGENTINA.

La escritura es muy poderosa, especialmente porque permite visibilizar experiencias, generar empatía y construir puentes de entendimiento, sobre todo en temas sensibles como la migración. En un contexto global donde muchas personas enfrentan desplazamientos forzados de sus países, contar estas historias se vuelve esencial para comprender sus causas, humanizar a quienes las viven y combatir prejuicios que los persiguen.

Cuentos

* * *

Escribir sobre la migración me permitió verme reflejado en nuevos personajes que nacieron de mi esencia, mis experiencias, miedos y aprendizajes. Me permitió reflexionar sobre algo que me inquieta y me importa. Todas las personas tienen el derecho de buscar mejores oportunidades, aprender, comenzar de nuevo y volar a otros lugares. Me permitió plasmar una historia que representa tantas otras, humanizar un tema que muchas veces suele ser ignorado.



Sebastián Álvarez

19 años. Encarnación,
Itapúa, Paraguay.



Hijo del viento

POR SEBASTIÁN ALVAREZ

I

Frente a los ojos apagados de vida de su madre, él vio el cambiar de todos los tiempos. Contempló todas las estaciones que pasó bajo sus alas, todo lo que aparentaba ser imposible en una superficie hostil, pero que cambió su textura al lustrarlo con determinación. Ahora, en aquel fúnebre lugar, él conciliaba un recorrido por las fotografías que capturaron las brisas de tantos días del pasado, de sonrisas añejas y paisajes cálidos y fríos. Él mismo había elegido los cuadros para el pequeño altar de su madre, pero no los había examinado hasta ahora.

La primera fotografía no era de hace mucho. Ella misma no quería tomársela porque insistía en que la vejez había arrancado su luz atractiva. Manifestaba que ya se notaban los detalles de un rostro arrugado, uno que una vez había brillado con todos los colores de las estaciones, y ahora mostraba los signos del tiempo, con bordes desgastados y colores desvaídos. Al final, terminaron tomándosela cuando él insistió en que la belleza no se encuentra en un rostro joven, sino en la autenticidad del momento, y que la vejez es hermosa si uno ha vivido una vida con propósito. En aquellos últimos tiempos, ella recordaba con nostalgia su tierra natal y le hizo prometer que, al menos él, volvería algún día.

La segunda fotografía, ya de hacía años, exhibía su último día enseñando. Después de ser profesora de español, ella cerró aquel capítulo de su vida. Él le comentó que ella siempre había vivido para otros. Lúcida, mirando hacia la ventana, declaró que la vida al servicio de los demás era algo mucho más gratificante que cualquier otra cosa que uno pueda hacer, y que hacerlo no significaba que no hubiera vivido la vida para sí misma. “Pocos lo hacen, pues no muchos se animan a ser parte de algo más grande”, mencionó. También le comentó que toda su vida soñó con

regresar a Paraguay para volver a enseñar allí y ayudar a aquellos que más lo necesitaban, pero la edad la había vencido.

Así, avanzó a la siguiente fotografía. Le parecía curioso, pues él avanzaba, pero las fotografías lo transportaban como fantasmas a épocas anteriores y lo sumergían en el verbo pasado. Luego contempló su propia graduación universitaria. Su madre fue la primera en su familia en haber obtenido un título universitario, cuando en su juventud fue a vivir a la ciudad de Asunción para poder lograrlo. Se prometió a sí misma que él también obtendría una educación superior. Así, en aquel momento perdido en el tiempo, mas no en la memoria, ambos irradiaban destellos de orgullo.

Consecuentemente, cada paso hacia la siguiente fotografía lo llevaba un paso más al pasado. Fue entonces cuando se detuvo ante aquella imagen tomada poco después de haber migrado. Ella vestía con humildad y dignidad, su rostro reflejando la mezcla de cansancio y esperanza. Y él, todavía un niño, intentaba sonreír, aunque en sus ojos se percibía la confusión de estar en un lugar desconocido.

Parado frente al cuadro, recordaba cómo nada le era conocido en ese entonces: la arquitectura, la gente, los colores que brotaban de los árboles y el frío que consumía la luz del Sol. Eran dos almas enfrentadas a un mundo que les hablaba en un idioma que no entendían, que vestía ropas con las que no estaban familiarizados, que se reía y lloraba con otras luces y culturas. Pocos años trabajó su madre como limpiadora hasta que finalmente pudo hacer los trámites necesarios para habilitar su título de maestra. Y allí comenzó su período de reinención una vez más. Aunque siempre le daba miedo, ella le confesó que amaba el viento cambiante, amaba la metamorfosis.

Con otro paso, tenía frente a él la última fotografía, la que fue la primera. Él era pequeño, y ella vestía un vestido primaveral, con encaje de ñandutí. En Sapucaí, el hermoso árbol de Tajy abría sus ramas, actuaba como brazos protectores de aquel Sol guaraní. El amarillo de sus hojas bailaba en aquella sinfonía de majestuosa primavera terminando. Él aún recordaba cómo ella amaba aquel lugar, cómo ambos se sentían en casa más que nunca, como si todo en ese lugar los protegiera. Aun así, eso no

era verdad, el lugar ya no tenía para ofrecerles una vida digna. Aunque el dolor de arrancar sus raíces les mojaba las mejillas, tuvieron que vender aquel lugar y emprender vuelo a otra patria.

Allí, frente a aquella urna, terminó el recorrido por el altar. Se sintió abrumado por el silencio de la catedral. Debía enterrar las cenizas de su madre en su amado Sapucaí. Al igual que su madre, el viento iba a llevarlo, sin saber adónde lo conducían las corrientes invisibles, él emprendería un camino hacia un destino que combatía entre la nostalgia de la niñez y la niebla del pasado.

II

Debajo de la Asclepia, una nueva vida marcaba el inicio de una historia. Rodeada de algodón, la fragilidad se manifestaba en su tenue aparición, un ciclo ferviente por comenzar. Largos días marcaron el cambio de su historia, con pieles cambiadas, rayas amarillas, negras y blancas creciendo con las noches doradas mientras el mundo lentamente sucedía a su alrededor.

El color dorado la siguió a su verde crisálida. El planeta que la rodeaba en realidad no cambiaba, pero sus ojos la hacían ver una realidad diferente. En silenciosos ciclos, ella se transformaba una vez más; nadie afuera entendía su sagrada metamorfosis. Con la llegada de una nueva estación, extendió sus alas por primera vez, mojadas y arrugadas, y logró convertirlas en su más preciado tesoro. Nadie más que ella entendía el valor de aquello que le permitiría volar.

A principios del otoño, su destino se veía marcado por algo más grande que ella misma. Emprendería un viaje ancestral, un ciclo interminable que la llevaría a través de valles y montañas. El sur la esperaba. Extendía sus alas al viento y se sentía dichosa, llena de vida y color. Levitaba con toda la fuerza de su juventud.

En aquel viaje matusalénico, abandonó no solo lo terrenal, sino todo lo que creía conocer. En tierras ajenas, el invierno comenzaba a teñir de frío las frondosas montañas. Bajando el vuelo, un período de calma llegó

a su corazón. Aun así, el recuerdo de su antiguo hogar la llenaba de nostalgia. Cuando el viento de la primavera se asomaba a las puertas de su alma, y el vuelo hacia el norte volvía a emprenderse, había volado por días interminables, siguiendo un instinto antiguo, una memoria grabada en sus alas delicadas.

Buscando el lugar perfecto para cumplir con su último deber, finalmente la mariposa madre encontró un rincón silencioso donde el algodóncillo florecía bajo la luz suave del amanecer. Sus alas, que una vez habían brillado con los colores de todas las estaciones, ahora mostraban los signos del tiempo, con bordes desgastados y colores desvaídos. Sabía que su viaje estaba llegando a su fin.

Tranquila descendió sobre una suave hoja y depositó sus huevos. Lánguida, pero venturosa, se encontraba fragmentada en ellos, y cada uno simbolizaba su legado. El norte amado aún brillaba lejano en su mente y en su cuerpo, pero el camino estaba más cerca para sus hijos, quienes volverían a casa.

Extendió sus alas hacia el Sol por última vez y descansó enigmática y bendita. Allí, en el silencio del nuevo día, la mariposa monarca cerró sus ojos, dejando que el ciclo de la vida siguiera su curso. Su cuerpo, ahora inmóvil, fue acariciado por el viento mientras el Sol ascendía en el horizonte, iluminando el lugar donde nuevos comienzos aguardaban en silencio.

III

Cuando llegó, vio aquella locomotora y sus vías asentadas como el polvo, como un manto que cubría su identidad. La vida, como las hojas amarillas del Taji, se desprendía de los días y caía en silencio, esperando ser barrida por el viento de la memoria. Él había partido de aquella tierra siendo apenas un susurro en la garganta de su madre, una promesa arrancada por la necesidad y llevada a otros rumbos. Él regresaba como el eco de un grito que jamás se apagó en el susurro de las cordilleras. Era un hombre que cargaba con la herencia de una tierra que ya no le pertenecía, pero que lo reclamaba con la fuerza de un río subterráneo.

El arroyo corría suavemente, acompañado por el sonido de la cascada en la que alguna vez había nadado. Sintió que ambos aún seguían en la brisa, deslizándose en aquellas hojas amarillas que caían, en el canto de los pájaros cardenales, en la casa en la que creció. Escuchaba sus risas flameantes cerca del tatakua, las conversaciones en guaraní con la abuela. Encontró las huellas de su niñez que aún podían verse en aquel lugar, corriendo con un pequeño auto de madera, en aquellas tardes en que pensaba que el Jasy Jatere vendría a buscarlo, en las montadas a caballo, en esa niñez fugaz que se desplazó a otro lugar y luego se esfumó. En aquel arroyo, su vida había sido encapsulada como un relato de verano. Las cicatrices que marcaban su rostro y las huellas en su alma habían sido hechas en los rincones de ese lugar.

Nunca supo que iba a ser arrancado de él, nunca supo que el “para siempre” no funciona ni con personas ni lugares. Su madre siempre soñó con regresar, con volver a compartir sus letras y conocimientos con aquellos niños cuyos futuros habían sido arrebatados. No lo hizo en carne y hueso, pero siempre preparó ese legado. Cambiar algo de verdad, desde sus raíces hasta sus ramas, toma generaciones. Ella lo sabía, y él ahora lo sabe. Estaba listo para transformarse en algo que aún no comprendía, pero que resonaba en el corazón de la tierra como una antigua promesa.

De a poco, mientras enterraba aquellas cenizas bajo el árbol amarillo, observó el cielo anaranjado levitando sobre su cabeza. De pronto, una pequeña mariposa se posó en una rama, la miró con delicadeza, con alas naranjas y rayas negras. De repente tuvo una epifanía, y entendió que las cenizas de su madre no eran cenizas, sino semillas. Ella le había dejado el peso de una memoria que debía ser sembrada de nuevo. Así, la mariposa levantó el vuelo. El viento, siempre cómplice, arrastró su andar y la perdió en el atardecer.

Escribir una historia sobre migración me motivó porque representa la lucha, la esperanza y la valentía de quienes dejan todo atrás para buscar un nuevo comienzo. Es una manera de honrar esas historias y generar empatía hacia quienes enfrentan el cambio con resiliencia.



Malena Haylene Cantadori

15 años. Bandera,
Santiago del Estero, Argentina.



Donde el silencio habla

POR MALENA HAYLENE CANTADORI

Capítulo 1: Rieles hacia el olvido

El sonido de las sirenas se mezclaba con el grito del viento, y mientras el último tren dejaba la estación, Iryna sintió que su vida quedaba atrás.

Así empezaba el final de una vida y el principio de otra. El vagón en el que viajaba estaba oscuro y frío, y el traqueteo del tren era el único sonido constante, como un latido que la conectaba con algo más allá de su propia existencia. En su mente, las imágenes de Leópolis se mezclaban con recuerdos que intentaba borrar, como la explosión que destruyó su calle, las despedidas apuradas, las caras de los que se fueron y de los que nunca volverían.

A su lado, un hombre de edad avanzada, con las manos temblorosas, le habló en voz baja. “¿Es Berlín tu destino?” Iryna asintió, sin decir palabra. ¿Qué podía decir? Ni ella misma estaba segura de que Berlín fuera realmente un destino. Quizás solo era una pausa en un viaje interminable.

“Yo también me voy, aunque no sé si voy a llegar a tiempo para ver a mi hija. Está en Polonia. Pero con la guerra, uno nunca sabe”. La mirada del hombre estaba perdida en el paisaje que pasaba por la ventana. Iryna notó el peso de sus palabras, de su miedo, y no pudo evitar sentirlo también. ¿Qué los diferenciaba? Ambos escapaban de algo más grande que ellos mismos, de una guerra que los había hecho extranjeros en su propia tierra.

El tren siguió avanzando en la oscuridad. Iryna cerró los ojos, intentando dormirse, pero las imágenes de su vida pasada se amontonaban en su mente. A medida que la noche se hacía más densa, el diálogo interno de Iryna se entrelazaba con fragmentos de conversaciones que había tenido antes de partir: las palabras de su madre diciéndole que no mirara atrás, la promesa a su hermano de que estarían juntos en Alemania algún día, el adiós silencioso de sus amigos.

¿Qué voy a hacer si todo esto no funciona? ¿Quién voy a ser si Berlín me rechaza? Sus pensamientos se enredaban como los vagones que avanzaban sin rumbo claro. Y entonces, se dio cuenta de que no tenía elección. El pasado estaba cerrado para siempre. Berlín, fuera lo que fuera, debía ser su salvación.

Capítulo 2: Un nuevo amanecer

Los días en Berlín no fueron como Iryna los había imaginado. El alboroto de la ciudad la recibía con indiferencia, y el idioma era tan extraño. Había llegado a una hostería de migrantes, donde compartía una habitación con una mujer llamada Zara, refugiada de Siria, quien también cargaba con una historia pesada.

Zara fue la primera en romper el silencio. “No es fácil empezar desde cero. Lo que te mata acá es el silencio, no la guerra”, dijo una noche, mientras ambas compartían una taza de té. “Me acostumbré a escuchar el ruido en mi cabeza. Lo peor es que a veces no sé si estoy acá o todavía allá”. Sus palabras resonaron en Iryna. Aunque nunca antes se habían visto, parecía como si se entendieran a un nivel que no necesitaba explicaciones.

Una mañana, mientras paseaba por las calles buscando trabajo, se cruzó con Mehmet, un joven turco que trabajaba en una tienda de kebab. Mehmet la saludó con una amplia sonrisa, acostumbrado a ver gente de todas partes del mundo pasar por su negocio. “Parece que estás perdida. ¿Es tu primera vez en Berlín?”, preguntó con un acento poco reconocible. Iryna asintió, agradeciendo la amabilidad de un extraño. “Si necesitas algo, ya sabes dónde estoy. Berlín puede ser fría, pero no todos lo somos”, le dijo con una sonrisa antes de volver a su cocina.

Capítulo 3: Hilos invisibles del hogar

Después de varios intentos, Iryna encontró un trabajo en un bar. A medida que los días pasaban, la necesidad de expresarse a través de la co-

cina se hacía más fuerte. Un día, durante una tarde lenta, decidió cocinar varenyky. El aroma llenó la pequeña cocina, y, en ese instante, sintió un regreso a su hogar, como si por fin estuviera trayendo a Ucrania con ella.

Sin embargo, no todos compartían el mismo entusiasmo. Su jefe, un hombre alemán de pocas palabras, no tardó en notar lo que estaba haciendo. “Esto no está en el menú”, le dijo de manera muy seca. Al otro día fue despedida. Mientras juntaba sus cosas, Mehmet apareció. “Quizás sea una señal”, le dijo con una sonrisa alentadora. “¿Por qué no abris tu propio puesto de comida?”

La idea sonaba tan absurda que, al principio, Iryna solo se rio. Pero las palabras de Mehmet se quedaron con ella. Tal vez era posible. Quizás podía construir algo en Berlín, algo que fuera suyo.

Con los ahorros que tenía, alquiló un pequeño espacio en un mercado callejero. Los primeros días fueron un desastre. Apenas un par de personas se paraban a mirar, y las ganancias eran mínimas. Pero Iryna no se rendía. Sabía que la comida era más que un alimento, era su manera de comunicarse, de traer a Ucrania a un lugar donde nadie hablaba su idioma. Una tarde, Zara vino a visitarla, trayendo con ella a algunos amigos sirios. “Tu comida es como un puente”, le dijo mientras mordía un varenyky. “Nos recuerda que, aunque venimos de lugares diferentes, todos buscamos lo mismo: un poco de hogar”.

Capítulo 4: El puente invisible de los sabores

Con el tiempo, el puesto de Iryna comenzó a atraer más atención. No era solo su comida lo que llamaba la atención; era su historia. La gente venía no solo para probar sus platos, sino para escucharla hablar sobre Ucrania, sobre su vida, sobre la guerra que había dejado atrás. Cada plato que servía llevaba consigo una parte de ella misma, y a través de esos sabores comenzaba a sanar.

Una tarde, Mehmet y Zara se acercaron a ella con una idea. “¿Por qué no hacemos un festival de comida internacional? Cada uno de nosotros puede compartir algo de su cultura.” Iryna dudó al principio, pero la idea

comenzó a tomar forma. Era una oportunidad para que no solo ella, sino otros migrantes, pudieran contar sus historias a través de la comida.

El festival fue un éxito. Las mesas se llenaron de sabores de Siria, Turquía, Polonia y Ucrania. La plaza se convirtió en un espacio donde las diferencias culturales se celebraban. Mientras observaba a la multitud disfrutar los diferentes platos, Iryna se dio cuenta de que había encontrado algo más que éxito. Había encontrado comunidad.

Aquella noche, al cerrar su puesto, se quedó sentada en silencio, escuchando los sonidos de Berlín. Por primera vez en mucho tiempo, esos sonidos no le resultaron extraños. Berlín no era Leópolis, pero había aprendido que un hogar no era solo un lugar. Era donde podía ser quien realmente era, donde su historia tenía sentido y donde, a través de la comida, podía transformar el dolor en algo hermoso.

En mi relato quise retratar que, más allá de las banderas y los territorios, nos une como humanos esa empatía y cooperación.



Gregorio Ludueña

16 años. Santos Lugares,
provincia de Buenos Aires, Argentina.



Devolver el fuego - Kappita

POR GREGORIO LUDUEÑA

Tras varios años en Francia, aún me costaba desarraigarme de la pastelería de mi tierra natal.

Los parisinos se volvían locos con cada postre que les hacía probar; era como ver a niños pequeños. Cada cliente salía de mi cafetería con una sonrisa de par en par y se adentraba a las frías calles de la ciudad. Aun así, la calefacción y la radio estaban prendidas.

Llevé una taza de café a un señor mayor en una de las esquinas. En el diario que leía, el titular de la reciente llegada a la Luna de Estados Unidos ilustraba todas las tapas.

—*Merci beaucoup* — asentí con la cabeza.

—*Désirez-vous autre chose?*

Con el menú en la mano, me apuntó a un postre.

—*Je vous l'apporterai immédiatement* — había elegido flan con dulce de leche y crema.

La noche había caído y fuera, delante de la vitrina, un hombre miraba al interior.

Por los huecos de la ropa se veía una piel sucia. Su pelo era una maraña que apenas se movía con el viento; sentí una leve presión en el pecho. Le hice llegar la comanda a la cocina y salí a la calle.

—Hace frío para estar fuera una noche como esta.

Desperté y sentí la brisa gélida del invierno. Con las fiestas de fin de año celebradas, solo quedaba la amargura de la rutina para seguir viviendo. La cama rechinó al levantarme y caminé por mi pequeña vivienda hasta la sala de estar. Pan con margarina; un pequeño gusto.

Un trago de té finalizó mi desayuno. Vestido con ropa gruesa, salí a la calle. Nevaba como nunca y el aliento se materializaba frente a mí como un vapor, como al exhalar tabaco. Las aceras desiertas, aunque heladas, fueron mi acompañante hasta llegar a la frontera.

Las gruesas y altas paredes llegaban tan alto que me dolía el cuello al ver su final. Al entrar, mi cuerpo se calentó un poco. Al fin habían prendido la calefacción. Al sentarme en mi puesto de trabajo, lo limpié del polvo que se había llegado a acumular. Acomodé los sellos y distintos instrumentos, todo en una perfecta simetría. Acomodé también mi visera con el escudo nacional y mi corbata.

Abrí un atado de cigarros nuevos, di vuelta uno, agarré otro y, al encenderlo, hice sonar la campana para que el primer inmigrante pasara.

Deslizó el pasaporte, certificado de vacunación y visa de trabajo.

DATOS DEL PASAPORTE

NOMBRE: NOOR

APELLIDO: Gutiérrez

EDAD: 50

SEXO: M

PAÍS DE ORIGEN: Noruega

FECHA DE VENCIMIENTO: 12 de enero de 1955

CERTIFICADO DE VACUNACIÓN

VACUNAS: DTP, VACV, BCG, Antirrábica.

DATOS DE LA VISA

DURACIÓN DE ESTANCIA: 6 meses

FECHA VÁLIDA: 20 de enero de 1954

Nombre, apellido, foto y edad coincidentes.

Sello levemente deteriorado.

REPROBADO.

—Lo siento —le devolví sus papeles.

Los agarró con mala cara.

— ¿Por qué desaprobado? Tengo los papeles en regla.

— La tinta del sello es vieja, apenas se distinguen los detalles.

— Pero es el sello oficial. Fue un error de la embajada.

— Lo siento.

— ¿Pero no entendés que no fue culpa mía? En serio, tengo que entrar a trabajar. Mi familia tiene que comer.

— Le pido que se retire o si no tendré que llamar a los guardias.

Chistó.

— Malditos franceses... — susurró entre dientes.

La campana sonó de nuevo.

Los datos del pasaporte estaban perfectos. La foto, el sexo, el nombre. Todo exceptuando la fecha de vencimiento.

REPROBADO.

— Lo siento, tiene el pasaporte vencido.

— Estuve todo el día en la fila. Deberías dejarme pasar.

— No puede pasar con el pasaporte vencido, señor.

Hizo amague de contestarme pero sus ojos ya estaban cansados. No tenía ganas de discutir. Una vez más, otra persona salía de su garita insatisfecha.

Campana.

Los datos de todos los trámites estaban perfectos.

— ¿Razón de visita?

— Vengo a visitar a mis familiares.

— ¿Cuánto tiempo piensa quedarse?

— Un par de semanas.

APROBADO.

— Bienvenida —le devolví los papeles.

— Si quiere tener una noche divertida, vaya al barrio central, al bar “La mano cortada” y pregunte por mí —me guiñó un ojo y se fue con los papeles consigo.

Campana.

Un señor asiático entró a la garita cojeando y con bastón en mano. En el certificado de vacunación faltaba la antirrábica.

— Le falta la vacuna antirrábica.

— E-e-es que me da-a-a-an miedo las a-a-agujas, s-s-señor —tartamudeaba de una manera insoportable.

— Lo siento, le pido que se retire. Si necesita ayuda, puedo llamar a un guardia.

— Q-qué lás-s-stima —la encorvada figura del señor salió por la puerta, caminando con su bastón.

Campana.

REPROBADO.

— Su nombre del pasaporte no coincide con el de su visa.

— ¡¿En serio?! ¡Pero fue culpa de los analfabetos de la embajada! Vamos, es solo un par de letras que están mal puestas.

— Ese no es problema mío, señor. Debería haberlo reclamado antes de venir hasta aquí.

— ¡Pero estuve dos días en esa fila de porquería! ¿Está seguro de que no lo podemos arreglar de otra manera?

A su sonrisa le faltaban un par de dientes. Quiso deslizar unos billetes pero tapé el pequeño recoveco con mi mano.

— No acepto sobornos, señor. Retírese.

Al escuchar mi negativa, se guardó los billetes y me miró. Era bastante alto, de aspecto fuerte.

—Te crees muy valiente detrás de este vidrio, ¿eh? Vamos, ven aquí, así muestras qué tan guapo eres.

Golpeó el cristal. Di un pequeño salto hacia atrás, pero rápidamente toqué un botón debajo de la mesa, llamando a los guardias que lo sacaron entre gritos y pataleos.

Aun así, estaba tranquilo. Para los más locos tenía una preciada arma esperándome en el segundo cajón de mi escritorio.

Campana.

—¿Razón de visita?

—Vengo a trabajar de ingeniera agrónoma.

APROBADO.

—Bienvenida.

Campana.

APROBADO.

—Bienvenido.

Campana. Visa vencida. REPROBADO. Campana. La foto no coincide. REPROBADO. Criminal buscado. Guardias. APROBADO. APROBADO. REPROBADO. APROBADO. REPROBADO. Las caras que veía todos los días: caras de lástima, de enojo, de tristeza, de emoción al entrar, de rencor al salir.

Todas esas caras aparecían en mis sueños. Ya el arrepentimiento era una bebida que no cabía en mi petaca.

Campana. Ya era el último.

DATOS DEL PASAPORTE

NOMBRE: Santiago

APELLIDO: Al-Farouq

EDAD: 20

SEXO: M

PAÍS DE ORIGEN: Argentina.

FECHA DE VENCIMIENTO: 20 de diciembre de 1954

CERTIFICADO DE VACUNACIÓN

VACUNAS: DTP, VACV, BCG, antirrábica.

DATOS DE LA VISA

DURACIÓN DE ESTANCIA: A determinar

FECHA VÁLIDA: 30 de enero de 1954

Nombre, apellido y edad coincidentes. La foto no coincide.

Estuve a punto de poner el sello de reprobado cuando el hombre pasó su mano por el recoveco en el cristal.

— ¡Espere! Apruébeme. Soy yo el de la foto, solo es vieja.

— No puedo hacerlo.

— Por favor, se lo ruego. Estoy escapando de mi familia y esta es la única salida. No vengo a causar problemas, se lo aseguro. Solo déjeme pasar.

En mí emergió un sentimiento que hacía años no tenía. Algo que ya había dejado de sentir. Me vi, durante instantes, reflejado en aquel muchacho. Aunque ahora tenía los ojos llenos de súplica, en el fondo veía una chispa de entusiasmo, de mejora. De emoción. Quizás me estaba volviendo más blando pero no podía decirle que no.

Tuve un par de momentos de indecisión.

APROBADO.

La cara del chico se iluminó.

— Bienvenido, chico.

—Muchas gracias, señor. Prometo no causar problemas.

Cuando se guardó los papeles, rebuscó en su bolsillo hasta sacar una cajetilla de tabaco vacía.

—Maldición.

Le pasé el último cigarro de mi caja.

—Toma.

—El dado vuelta, espero que me dé suerte —lo tomó, lo encendió y salió de mi garita.

Esperaba no haber cometido un error.

—Hace frío para estar fuera una noche como esta.

Casi me rio de la ironía de la pregunta. ¿Quién estaría afuera si no tuviera otra opción? Aunque no le respondí, el hombre se imaginaba mi situación.

—Escucha. ¿Sabes andar en bicicleta? Estoy necesitando alguien que lleve la mercancía a las casas, podría pagarte.

Lo miré confundido.

—¿Cómo sabes que no voy a robar lo que me des?

Sonrió. Sacó una caja de tabaco. Me ofreció el último, el dado vuelta.

—¿Fumas?

Es difícil imaginar cómo es la vida de un inmigrante, puede ser la cosa más horrible que le puede pasar a alguien, o la más bella. En ese sentido, escribir sobre migración puede ser muy variado, no se puede tener una descripción general de qué se siente o es inmigrar. Es por esto que me resultó intrigante escribir una historia sobre migración, pero también me llenó de dudas. Fue realmente un desafío, uno que estaba dispuesto a afrontar; es interesante todo lo que alguien puede sentir al migrar, más de lo que me esperaba. De toda esta búsqueda sobre qué escribir sobre un inmigrante me quedé con la conclusión de que migrar no es solo un viaje, sino también un encuentro con las emociones más profundas que tenemos en nuestro interior.



Benjamín Javier Ledesma

16 años. Altos de Chipión,
Córdoba, Argentina.



El vacío

POR BENJAMÍN JAVIER LEDESMA

¿Por qué mis padres no son capaces de entender que no quiero mudarme a otro país? Bueno, ya es un poco tarde para preguntar, porque ya llegamos a Estados Unidos. No estábamos tan mal en Argentina como para que mi padre aceptara sin pensarlo la oferta de trabajo en el otro hemisferio. Pero, claro, mi opinión no hubiera contado de todos modos; estoy bajo su tutela, y este traslado no afecta ninguno de mis derechos.

Sí, ya sé que dije que quería cambiar cosas de mí, pero no mi país. Quiero favorecer mi construcción como persona. Pero parece que mis padres no se preocupan mucho por mi desarrollo personal; esta mudanza ha hecho lo contrario de ayudarme. Qué pudor no poder reclamarles nada cuando nunca me han hecho faltar amor de su parte.

Jugando en mi consola, noto que ya hemos llegado a la casa que será nuestro nuevo hogar. Fea no es, lo único feo es el tener que desempacar: caja tras caja, cuadro tras cuadro. Ni siquiera sé desde cuándo tenemos tantos cuadros. Claro, en nuestra casa anterior no había dónde colgarlos, pero parece que aquí vamos a tener lugar de sobra. Hay una pintura que me llama mucho la atención: es una imagen de mí, pero sin ser exactamente yo... Ahora recuerdo, mi mamá siempre dijo que me parezco a mi bisabuelo Andrés, de ahí que me hayan puesto su nombre. ¡Es tan parecido a mí! Me da escalofríos.

Dato curioso: mi bisabuelo era alemán y vino a Argentina para escapar de la guerra. Parece que me maldijo al darme su nombre, ahora me toca ser un inmigrante como él. ¿La habrá pasado bien en su emigración? Supongo que sí, tuvo una hermosa relación con mi bisabuela Antonia. Espero que, efectivamente, él haya tenido una buena experiencia, porque si este viaje inesperado está predestinado por llevar su nombre, tal vez yo también lo pase bien. ¡Pero qué estoy diciendo! Esto no es una película para estar hablando de maldiciones familiares.

Hablando de películas, hoy es mi primer día de clases, y francamente, prefiero que no sea como en las películas. Es típico en las películas estadounidenses que el chico nuevo sufra *bullying* y luego se convierta en el sumiso que tiene que “sobrevivir” en la secundaria. No, yo no voy a ser uno de esos casos feos; me sé defender bien, lo suficiente para que no tengan ganas de molestarme. No me dejen pisar.

Ahora que estoy en la escuela, me parece todo “normal”; no hay de los típicos “personajes” de las películas. Creo que me veo con cara de pocos amigos, pues Noah, Madison y Antonio se acercaron para hablar conmigo. Tienen mi edad, 16 años, pero no están en mi aula; son de otra división. Me llama la atención el nombre de Antonio. No es un nombre estereotípicamente estadounidense, pero no es sorprendente dado que Estados Unidos es un país muy diverso. Debería dejar de juzgar por las apariencias.

Aunque me sienta más a gusto en este nuevo entorno, hay algo que me inquieta: un vacío dentro de mí que no comprendo. No es un vacío por querer regresar a Argentina, es más bien una sensación rara. ¿Es esta la maldición familiar que tanto mencionaba? Debería dejar de pensar en eso, no quiero que se convierta en una profecía que cumplir. A pesar de mis esfuerzos, el vacío persiste, y no puedo entenderlo. Quizás es solo una fase de la adolescencia, algo normal de cuando crecés.

Con el paso del tiempo, esperaba que este vacío se fuera, pero no fue así. Ya llevamos un mes aquí y la sensación solo ha aumentado. Me da miedo, y en parte es normal, ya que tememos lo que no entendemos. Pero si no logro entenderme a mí mismo, este vacío me consumirá. Tengo que encontrar una forma de escapar de él.

No puedo esperar que las cosas cambien solas, empecé a sentir la necesidad de ayudar a la gente. Algo me decía que podía convertir mi malestar en fuerza positiva para ayudar. Por lo que empecé dando charlas en mi escuela, mi esfuerzo llamó la atención del alcalde de la ciudad, por lo que me permitió dar talleres a jóvenes sobre cómo aceptarse y no dejarse llevar por los prejuicios, por lo que les dice la sociedad. Y así supe aprovechar mi situación para inspirar a otros.

A veces, intento silenciar las voces en mi cabeza que me hacen sentir vacío. Trato de distraerme con mis amigos. Noah, por ejemplo, ama la

música, cantar y componer canciones. Madison es una apasionada de los deportes, aunque no la entienda del todo. Y Antonio... No sé cómo describirlo.

Me gusta escucharlo hablar sobre su amor por las ciencias, me resulta agradable ver cómo se entusiasma con un concierto o cómo investiga cuando tiene dudas. Simplemente, es Antonio.

Pasé un buen día con mis amigos, pero el vacío sigue ahí. La cena en casa me ofreció un pequeño respiro. Durante la charla, mi padre vio el cuadro del bisabuelo Andrés, que parece estar a propósito colocado al lado de la puerta de mi habitación. Empezó a contar historias sobre él, revelando que, para conquistar a mi mamá, se había inspirado en la historia de amor de mi bisabuelo con la bisabuela Antonia. Contó cómo le encantaba verla en la pastelería, escucharla hablar sobre su día, y cómo disfrutaba viéndola bailar. Mientras mi madre se sonrojaba por las palabras de mi padre, yo sentí una sensación extraña, algo familiar pero incómoda, que pronto se desvaneció para dar paso al vacío que conocía bien. Me sentí como si me enredara en mis propios intestinos.

Este vacío me está volviendo loco; escucho voces en mi cabeza que me juzgan, me recuerdan errores pasados, y me siento atrapado en mis propios pensamientos. Me odio por cómo era antes y me hundo en esta tristeza. Me esfuerzo por no dejarme controlar por mi mente, que parece estar influenciada por la sociedad. En mis pensamientos, me siento solo y atrapado. ¡Dejen de hacer ruido que no puedo soportarlo!

De repente, apareció Antonio. Normal considerando que estaba dejando mi bici en el bicicletero cuando el vacío me abrumó. Me preguntó cómo estaba, ya que notó que estaba teniendo un ataque de ansiedad. Eso me hizo pensar: ¿esto es un ataque de ansiedad? No estoy seguro, pero antes de que pudiera explicarle, sus palabras me paralizaron. Me dijo que me apoyaría en todo lo que necesitara. Esas palabras me dieron una sensación de seguridad que atenuó el vacío en mi interior, aunque solo fuera por un momento.

Antonio siempre me pareció muy mágico, qué bueno que haya estado allí. Me da miedo no estar vivo para verlo mañana en su papel en el teatro escolar. Me siento muy dramático, pero cuando me hundo en

el vacío me siento en el infierno, como si el vacío me estuviera apuntado con un arma cargada. Me muestra el desastre que he sido y no me deja escapar, como si me arrodillara en un rallador de metal y me juzgara a mí mismo, como un sacerdote en un confesionario.

No soy capaz de entender ese vacío. Padre, contando otra historia durante la cena, dijo cómo el bisabuelo tuvo que pasar por mucho. Él era europeo, y la bisabuela, una mulata, ese tipo de amor era mal visto en la época, y mi bisabuelo fue juzgado toda su vida. Se sentía muy mal todo el tiempo y escuchaba comentarios desagradables cuando caminaba por el pueblo. Lo único que le daba ganas de vivir era la esperanza de llegar a su casa y ver a su esposa preparándole la torta más colorida. Esa historia me hizo sentir una mezcla de tristeza y empatía por mi bisabuelo. Quizás, si él pudo encontrar esperanza en medio de su dolor, yo también pueda encontrar algo que me ayude a superar este vacío.

Estando en la escuela, parece que todos me juzgan, aunque solamente soy yo juzgándome a mí mismo y cayendo de nuevo en el vacío, me siento como si fuera un cuerpo ensangrentado en un juicio implacable. No sé de dónde salió ese miedo, ya que no es algo que normalmente consideraría. No podía escapar, pero cuando llegó Antonio todo pareció cambiar. El vacío siempre desaparece con su presencia, como la tristeza del bisabuelo que se desmoronaba al ver la colorida torta que la bisabuela Antonia había preparado con tanto cariño. ¿Será que Antonio es esa fuente de consuelo para mí, como la bisabuela para mi bisabuelo?

No sé, eso significaría que estoy tan enamorado de Antonio como el bisabuelo lo estaba de la bisabuela. ¿Estoy enamorándome de él? No estoy seguro. Su sonrisa es tan perfecta y sus ojos verdes, como hojas frescas de manzana, me hacen sentir algo que no puedo explicar. Creo que sí, me gusta un poquito más de lo que pensaba.

Igual, si el vacío empezó con Antonio, es raro que lo sienta, porque creo que la homosexualidad no está tan mal vista como lo estaba el amor entre un europeo y una mulata en esa época. Tal vez, en lugar de tener una maldición familiar, tengo parte del alma de mi bisabuelo en mí, y eso hace que, cuando me enamoro, sienta lo que él experimentó al enamorarse. Después de todo, nunca me había enamorado antes.

Con más dudas que respuestas, llego a casa y le pregunto a mi padre cómo se enamoró de mi madre. Me sorprendió escuchar que él también había tenido sus males. Antes de pedirle a mi madre que fuera su novia, sentía que la gente podría juzgar su relación, aunque sabía que era completamente normal. Pero una vez con ella, esos sentimientos negativos se desvanecieron de la nada.

Esto me hizo entender que quizás si dejo las cosas claras con Antonio, podría librarme de esta “maldición”. Tomé valor y se lo confesé sin dudar y sin esperar una respuesta positiva. Mi sorpresa fue tan grande cuando me dijo que era correspondido, que no sabía dónde meterme, pero una extraña sensación de seguridad recorrió mi cuerpo, una certeza de que nunca más sentiría ese vacío.

Desde entonces, las cosas fueron a mejor. Establecí una feliz relación con Antonio y me dediqué aún más a ayudar a las personas que se sienten juzgadas, para que nadie más pase por lo que pasé yo, o mejor dicho por lo que le pasó a mi bisabuelo. Siento que esto es lo que mi bisabuelo hubiera querido y que por eso creo que él me dio el deseo de ayudar a la gente que me había surgido de la nada. Me quedé con el cuadro de su imagen; me recuerda por qué hago lo que hago y me da confianza de que él estaría orgulloso de mí.

**Migrar es un acto de valentía que nos recuerda
nuestra responsabilidad de construir un mundo donde
todos encuentren protección, dignidad y oportunidad.**



Matías Ezequiel Ferreira Cabañas

15 años. Barrio San Roque, Encarnación,
Itapúa, Paraguay.



Marcus Diotren, hijo de Atur

POR MATÍAS EZEQUIEL FERREIRA CABAÑAS

Amanecía, era una mañana extrañamente fría, algo poco usual puesto que hacían dos semanas del comienzo de la primavera. El paisaje estaba cubierto por una espesa neblina.

Marcus, que apenas había despertado, se alistaba para bajar del tren en la estación Nueva Atur. A pesar del largo viaje de casi dos días, llevaba muy poco equipaje. Cuando el tren llegó a su destino, Marcus, harto de comer solamente judías, bajó de un salto y se dirigió al área de inmigración.

Venía desde Natrón, Prusia, él había hecho un largo viaje. No hay que despreciar los cuatrocientos cincuenta kilómetros que hay desde Natrón hasta Atur. Tenía pensado quedarse para siempre en Atur buscando empezar una nueva vida. Llenó los formularios y, tras tiempo suficiente para que el sol del mediodía empezara a ser insoportable, escuchó esa tan esperada respuesta: “Solicitud de asilo y trabajo, aprobada”.

Avanzó con esmero y guardó en su pequeño bolso de cuero los papeles y la tablilla de acero que tenía grabada “Marcus Diotren, nacido en Prusia y nuevo hijo de Atur”. Ese pequeño trozo de metal lo declaraba atruzco con todas las de la ley y receptor de todos los derechos que esto traía consigo.

Mientras caminaba en dirección al apartamento que había alquilado antes de partir de su hogar, Marcus vio a un grupo de jóvenes que denotaban una horrenda aura de desprecio y odio. Uno de ellos gritó algo ininteligible, pero que parecía ser un insulto, mientras apuntaba con el dedo a Marcus. Se acercaron, sacaron sus dagas y lo rodearon. Marcus estaba aterrado, no habían pasado ni doce horas desde su llegada y estaba a punto de recibir una horrenda paliza, su respiración se entrecortaba y el corazón le latía con fuerza. Temiendo por su vida, Marcus intentó dialogar; no funcionó, y solo logró enfurecerlos aún más.

Uno de ellos se acercó y le dio una patada en la entrepierna. Marcus cayó al suelo, entumecido por el dolor, y sintió que su corazón se detenía

totalmente. En ese momento sintió el helado filo de las dagas, que lo atravesaban repetidamente, intentó levantarse a pesar del dolor y recibió un golpe en el costillar, sintiendo que algo crujía y se despedazaba en su interior.

Su vida pasaba frente a sus ojos, tenía tanto miedo que no soltó ni una lágrima. Agónico y con la voz ahogada, rogó que no lo mataran, porque él se había prometido no morir mientras su padre aún siguiera con vida. El líder apreció la dignidad de Marcus y le dio “solo” un golpe en la mandíbula, dejándolo inconsciente.

Por suerte, estaba ahí presente un buen hombre, un escribano, que llamó al servicio de emergencias local. Eso salvó la vida de Marcus.

Pasaron algunos meses; Marcus se encontraba recuperado de la horrenda paliza que había recibido. Desanimado y con la mente ocupada, llevaba poco tiempo despierto. Se alistó, poniéndose su mejor conjunto: una camisa blanca de lino algo desgastada y unos pantalones de lana ya antiguos. Mientras caminaba por la acera, intentaba recordar dónde había visto el cartel que ofertaba un puesto de secretario en una escribanía.

Sin embargo, fue interrumpido por un oficial que denotaba aburrimiento y desprecio. Este se acercó y, con desdén, le dijo:

—No eres de por aquí, ¿verdad?

Marcus respondió con seguridad y respeto:

—Así es, oficial, no soy de Atur. Vengo de Natrón, Prusia.

El oficial, en tono despectivo, le preguntó:

—¿Qué te trae por estos lares, joven?

—Busco un lugar. ¿Sabe si por esta calle hay una escribanía? —comentó Marcus con prisa. El oficial ignoró su pregunta.

Marcus volvió a preguntar, suponiendo que no lo había escuchado:

—¿Sabe si por esta calle hay una escribanía?

Inmediatamente, el oficial se acercó y le susurró al oído:

—Lárgate de aquí, basura extranjera.

Marcus dudó, porque realmente necesitaba encontrar la escribanía, debía dos meses de renta y solo se podía permitir una comida al día. Necesitaba un trabajo estable urgentemente.

El oficial se enfureció muchísimo y, mientras Marcus pensaba, gritó, con la voz cargada de odio:

— ¡Queda arrestado, no se mueva!

Marcus no se resistió, se sentía inútil e indefenso, no comprendía de dónde venía todo el odio que le caía encima. Deseaba que esto acabara, poder volver a casa y alejarse del mundo.

El oficial lo llevó a la comisaría y lo dejó en una celda. Pasaron las horas y Marcus no pudo dormir, estaba realmente cansado, pero también tan inquieto que le era imposible pegar un ojo por más de doce segundos.

Ya terminado el día, casi a medianoche, el mismo oficial se acercó a la celda donde estaba Marcus y gritó:

— ¡Levántate, basura extranjera!

Marcus, conteniendo las lágrimas y con la voz temblorosa, dijo:

— ¿No puede arrestarme estando aquí, verdad?

El oficial no dijo ni una sola palabra, abrió la celda y dejó salir a Marcus. Marcus salió, corriendo y llorando, tratando de irse de ese maldito lugar.

Camino en dirección a su hogar, un edificio de pequeñas viviendas que estaba a unas nueve cuadras, subió las escaleras, abrió la puerta de su morada y se abalanzó a su cama.

Las horas pasaron y se hizo de día nuevamente. La mañana era bonita, no tanto como el día anterior, pero definitivamente disfrutable.

Marcus estaba recostado en su cama pensando: “¿Todos los lugareños son tan xenófobos?”. En él había una mezcla de ira, indignación e incertidumbre. Estaba realmente afectado, porque sentía que era poco más que un trozo de carne al que todos los locales seguirían pisoteando.

Se repetía en su cabeza el discurso que una vez le había dado su padre: “El hombre busca su libertad, se retiene con la justicia y aprende con el castigo”. Desde pequeño, le fue inculcado que jamás debía resignarse ante las injusticias y discriminaciones.

Decidido, se levantó, se alistó y salió a caminar, dirigiéndose nuevamente a la escribanía. Sin ningún inconveniente, llegó y conversó con el escribano. Este quedó encantado con Marcus y afirmó con felicidad:

—Eres veinte veces más inteligente y capaz que cualquier atruzco que haya conocido. Puedes empezar a trabajar desde hoy, si lo deseas.

Motivado por la amabilidad del escribano, Marcus preguntó emocionado:

—¿Dónde está mi escritorio?

—Al frente, a la derecha —respondió el escribano.

Marcus se sentó, alegre y decidido, y se puso a trabajar. El escribano se le acercó con una pila de documentos y le dijo:

—Esta es la única escribanía en veinticinco kilómetros a la redonda. Manejamos los documentos legales de cientos de personas al día.

Con el pasar del tiempo, Marcus observaba a inmigrantes de todas partes. Veía en ellos el sufrimiento que él había pasado al llegar a Atur, cómo eran despreciados, maltratados y explotados en repetidas ocasiones.

Pasó mucho tiempo y Marcus se volvió gran amigo del escribano. Su nombre era Reshi.

Un día, especialmente ajetreado, Marcus tuvo una idea. Se dirigió a su jefe y le dijo:

—Reshi, ¿ha notado cuántos inmigrantes vienen buscando ayuda aquí y cuán difícil les resulta? ¿Por qué no ofrecemos servicios especiales para ellos? Podríamos crear folletos que expliquen el proceso legal en su idioma, ayudarlos a registrar sus papeles sin tanta burocracia.

Reshi, escéptico, sentenció:

—¿Por qué haríamos eso? Casi ningún extranjero es tan útil como tú ni puede pagar nuestras tarifas, que ya son bajas de por sí. Es un muy mal mercado.

—El dinero es lo de menos, Reshi —dijo Marcus con firmeza—. Son seres humanos también y merecen un trato digno y respeto. Después de todo, al migrar aquí somos declarados “nuevos hijos de Atur”.

Reshi, aunque no parecía convencido del todo, decidió darle una oportunidad. Él y Marcus desarrollaron un sistema más sencillo y accesible, con costos reducidos y documentos traducidos a varios idiomas. Marcus empezó a atender personalmente a los inmigrantes que hablaban algunas lenguas que él dominaba, y decidió contratar intérpretes para los demás casos. Explicaba detallada, amable y pacientemente los

sistemas legales y documentos, protegiendo así a los clientes extranjeros de ser víctimas de abusos y estafas.

El negocio creció y, con ello, cada vez más personas tenían acceso a trabajos dignos y el goce pleno de sus derechos. Aunque la xenofobia no desapareció de la noche a la mañana, esto cambió profundamente el pensamiento de la mayoría de los ciudadanos, que empezaron a ver a los inmigrantes como trabajadores valiosos, responsables y respetuosos, pero lo más importante fue que llegaron a verlos como seres humanos. La perseverancia y empatía de un solo hombre cambiaron fuertemente la realidad de Atur.

Mientras caminaba hacia su hogar, observando el atardecer sobre la ciudad de Atur, Marcus no podía evitar sentir una mezcla de emociones. La sombra del sufrimiento que había vivido al llegar aún lo perseguía, pero, al mismo tiempo, una luz de esperanza iluminaba su camino.

Se detuvo frente a un pequeño parque, viendo a niños jugar mientras los adultos, locales e inmigrantes, conversaban tranquilamente entre ellos. Había cambiado tanto desde su llegada. Recordó las palabras de su padre, las lecciones de resistencia, justicia y perseverancia que lo habían acompañado durante toda su vida.

Pensó en la paliza que casi le costó la vida, en el desprecio de los oficiales y en la desesperación de aquellos primeros días. Pero, también pensó en Reshi, en el escribano que creyó en él, en los inmigrantes que ahora podían caminar por la ciudad con algo más de dignidad gracias a los servicios que había ayudado a crear.

“Tal vez no pueda cambiar el odio de todos, pero sí puedo ser una chispa de cambio. Ser inmigrante no me hace menos, me hace más fuerte, más sabio y más consciente de las luchas de los demás”. Marcus sonrió para sí mismo, comprendiendo que, aunque su lucha estaba lejos de terminar, había encontrado su propósito.

“Si puedo cambiar aunque sea una vida, ya he ganado”.

Con esa última reflexión, se encaminó hacia su hogar, con la certeza de que, por más oscuro que fuera el camino, siempre habría espacio para un poco de luz.

Escribir sobre la migración fue algo muy hermoso en cada etapa del desarrollo de mi obra. Estoy profundamente agradecido por esta experiencia, que me ha transformado, y por haber llegado hasta el tercer puesto, un logro que celebro con humildad y orgullo.



Pablo Nicolás Gamboa

17 años. San Pedro de Colalao,
Tucumán, Argentina.



Eco de esperanza

POR PABLO NICOLÁS GAMBOA

El amanecer pintaba de oro las aguas turbias del río que serpenteaba por el corazón del barrio obrero. Juan, con los ojos aún pesados por el sueño, observaba desde la ventana de su modesta habitación cómo la luz revelaba gradualmente la triste realidad que lo rodeaba. Bolsas de plástico se mecían perezosamente en la corriente, botellas vacías salpicaban las orillas como testigos silenciosos de la negligencia humana, y un manto de desperdicios cubría lo que alguna vez debió ser una ribera llena de vida.

Siete meses habían pasado desde que Juan llegó a esta ciudad portuaria de su país extranjero, dejando atrás su hogar en las montañas. El recuerdo de su tierra natal aún resonaba vívidamente en su memoria: *verdes valles que se extendían hasta donde alcanzaba la vista, lagos cristalinos que reflejaban el cielo como espejos perfectos, y bosques tan densos cuyos árboles parecían tocar las nubes*. Pero los últimos años habían sido crueles. Una sequía implacable y prolongada había transformado ese edén en un paisaje cada vez más árido.

La decisión de partir no fue fácil. Ese día, su madre le entregó un pequeño saquito con semillas de las plantas nativas de su región. “Para que nunca olvides de dónde vienes”, le dijo. Su padre lo abrazó y le susurró: “Lleva contigo nuestras enseñanzas y respeta la tierra que te acoja. Recuerda siempre quién eres”.

El viaje fue largo y arduo. Y ahora, siete meses después, aquí estaba, mirando un río contaminado que era la antítesis de los prístinos arroyos de su tierra. La ironía no se le escapaba: había dejado un lugar sofocado por la falta de agua, solo para encontrarse en otro ahogado por el exceso de ella, aunque fuera sucia y contaminada.

Mientras observaba el río, Juan sintió que algo se agitaba en su interior. Quizás era el recuerdo de las enseñanzas de su pueblo sobre el

respeto a la naturaleza, o tal vez la necesidad de encontrar un propósito en este lugar extraño. Fuera lo que fuese, supo en ese momento que no podía quedarse de brazos cruzados viendo cómo la vida se ahogaba en un mar de indiferencia y plástico.

En la fábrica donde trabajaba, durante un descanso, se acercó a un grupo de compañeros que charlaban animadamente.

—¿Siempre ha estado así el río? —preguntó, interrumpiendo la conversación.

Los hombres lo miraron con una mezcla de sorpresa y diversión.

—Desde que tengo memoria —respondió uno de ellos, encogiéndose de hombros.

—Es lo que hay, chico. No te preocupes, te acostumbrarás al olor.

Pero Juan no quería acostumbrarse. No podía. Esa noche, mientras regresaba a casa, se detuvo en la orilla del río. El sol poniente teñía el agua de rojo, como si la propia naturaleza sangrara por las heridas que le habían infligido. En ese momento, Juan tomó una decisión. No podía quedarse de brazos cruzados viendo cómo la vida se ahogaba en un mar de indiferencia.

Al día siguiente, después de su turno en la fábrica, comenzó su cruzada solitaria. Armado con bolsas y guantes que había comprado con sus escasos ahorros, empezó a recoger la basura de la orilla del río. Los vecinos lo observaban con curiosidad, algunos incluso con burla.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le gritó un hombre desde su ventana—. Es inútil, mañana habrá más basura.

Juan solo sonrió y siguió trabajando. “Tal vez,” pensó, “pero hoy habrá menos”.

Días se convirtieron en semanas, y Juan continuó su labor. Poco a poco, algunos niños del barrio comenzaron a acercarse, intrigados por este extraño que pasaba sus tardes recogiendo lo que otros tiraban.

—¿Por qué haces esto? —preguntó María, una niña despeinada de ojos curiosos y trenzas. Juan se agachó para estar a su altura y le mostró una botella de plástico que acababa de recoger.

—¿Ves esto? Podría tardar cientos de años en descomponerse. Pero si la reciclamos, podría convertirse en algo nuevo y útil, sin dañar a la naturaleza.

Los ojos de María se abrieron con asombro.

— ¿De verdad? ¿Puedes hacer cosas nuevas con la basura?

Esa pregunta fue la chispa que encendió una idea en la mente de Juan. Al día siguiente, instaló una pequeña mesa cerca del río y comenzó a mostrar a los niños cómo transformar objetos desechados en pequeñas obras de arte. Botellas se convirtieron en macetas coloridas, latas en portalápices, y cajas de cartón en casas para pájaros.

La noticia se extendió rápidamente entre los niños del barrio. Cada tarde, más y más se acercaban a Juan, ansiosos por aprender y crear. Sin darse cuenta, Juan había iniciado una revolución silenciosa. Sin embargo, no todo era color de rosa. Algunos adultos veían con recelo estas actividades.

— Está llenando la cabeza de los niños con tonterías — murmuraban.

— Deberían estar estudiando o ayudando en casa, no jugando con basura.

La tensión alcanzó su punto álgido una tarde calurosa de verano. Juan estaba organizando a un grupo de niños para una limpieza cerca del almacén del barrio cuando José, el dueño, salió furioso de su tienda.

— ¡Eh, tú! ¿Qué crees que estás haciendo? — gritó con su rostro enrojecido por la ira. Juan, sorprendido por la hostilidad, intentó mantener la calma.

— Estamos limpiando el río, señor. Solo queremos mejorar el barrio. El almacenero soltó una carcajada amarga.

— ¿Mejorar el barrio? ¿Tú? Un forastero que no sabe nada de cómo funcionan las cosas aquí. ¿Crees que puedes venir y decirnos cómo vivir?

La discusión escaló rápidamente. Cuando agarró una bolsa de basura y la arrojó deliberadamente al río, Juan intentó detenerlo. En el forcejeo, ambos perdieron el equilibrio y cayeron al agua contaminada. La corriente, más fuerte de lo que parecía, los arrastró rápidamente. Juan, acostumbrado a nadar en los ríos de su tierra natal, logró mantener la cabeza fuera. Pero José, preso del pánico, comenzó a tragar agua mientras luchaba por mantenerse a flote.

Sin pensarlo dos veces, nadó hacia él. Durante casi un kilómetro, luchó no solo por su vida sino también por la de José, mientras que los

vecinos y sobre todo los niños corrían por la vera del río acompañando la acción. Finalmente, exhaustos y cubiertos de lodo y basura, lograron llegar a la orilla.

Esa noche, José apareció en la puerta de Juan. Con la mirada baja, murmuró:

— Vine a agradecerte y a disculparme. Nunca había visto el río así, desde dentro. Es un desastre, la verdad. Juan asintió en silencio.

— Tal vez — continuó José — podrías enseñarme cómo ayudar con la limpieza. Si la oferta sigue en pie.

Este incidente marcó un punto de inflexión. Lo que había comenzado como el esfuerzo solitario de un joven idealista se convirtió en un movimiento comunitario. Vecinos que antes apenas se saludaban ahora trabajaban codo con codo, limpiando las orillas del río, organizando sistemas de reciclaje, y transformando espacios abandonados en jardines comunitarios.

Juan organizó talleres de arte reciclado en la escuela local, enseñando a los niños no solo a crear, sino a pensar críticamente sobre el consumo y el desecho. Les mostró documentales sobre el impacto de la contaminación y los llevó en excursiones para observar la vida silvestre que aún luchaba por sobrevivir en el río.

El cambio no fue fácil, ni rápido. Hubo retrocesos, discusiones acaloradas y momentos de desánimo. La burocracia local parecía una muralla impenetrable, con funcionarios que prometían mucho y hacían poco. Los recursos eran escasos, y muchas veces Juan se encontraba financiando proyectos de su propio bolsillo, sacrificando comidas y comodidades.

Un año después del inicio de su cruzada, el cambio era visible. El río, aunque lejos de estar completamente limpio, mostraba signos de recuperación. Peces que no se habían visto en décadas comenzaron a aparecer, y las aves regresaron a sus orillas. El barrio mismo parecía haber cobrado nueva vida, con calles más limpias y vecinos más unidos.

La transformación atrajo la atención de organizaciones ambientales más grandes. De repente, Juan se encontró en medio de un torbellino de interés mediático y ofertas de colaboración. Era una oportunidad increíble, pero él temía que la esencia comunitaria del proyecto se perdiera.

En una asamblea, compartió sus preocupaciones. Después de largas discusiones, llegaron a un consenso: aceptarían ayuda externa, pero en sus propios términos, estableciendo un comité comunitario para evaluar cada oferta. El “Eco de esperanza”, como lo habían bautizado los medios, comenzó a expandirse más allá de las fronteras del barrio. Juan y otros líderes fueron invitados a dar charlas, compartiendo su experiencia e inspirando a otros.

Una tarde, mientras observaba el atardecer reflejado en aguas cada vez más claras, sintió una mano en su hombro. Era María, ahora una adolescente y líder del club ecológico de su escuela.

— ¿Sabes, Juan? — dijo con una sonrisa — Cuando era más pequeña, pensaba que eras una especie de superhéroe. Ahora entiendo que el verdadero poder estaba en hacernos ver que todos podemos ser héroes, que todos podemos hacer la diferencia.

Conmovido, asintió con el corazón inflado de emoción. Miró alrededor, viendo a los niños jugando en los nuevos parques, a los vecinos charlando mientras cuidaban los jardines comunitarios, al río que poco a poco recuperaba su vitalidad y recordó aquel primer día, cuando se paró frente a la ventana de su pequeña habitación y vio un panorama desolador. Ahora, años después, veía esperanza, veía un futuro donde la naturaleza y la comunidad florecían juntas.

El “Eco de esperanza” había comenzado como el sueño de un joven migrante, pero se había convertido en el latido de todo un barrio. Y mientras el sol se hundía en el horizonte, Juan supo que este era solo el comienzo. El río, una vez más, fluía con promesas de vida y renovación, un testimonio del poder del cuidado, la perseverancia y la unidad comunitaria.

La migración es el latido de la humanidad en movimiento; escribir sobre ella es dar voz a quienes llevan su hogar en el corazón y la esperanza en sus pasos.



Julieta Torregiani

20 años. Montevideo,
Uruguay.



Sembrando puentes de colores

POR JULIETA TORREGIANI

Anya llegó a la ciudad costera arrastrando consigo un baúl desgastado y un corazón lleno de esperanza. Había dejado atrás su hogar, su gente y todo lo que conocía, buscando un futuro más prometedor. En su nueva escuela, donde el idioma era un idioma extranjero y las costumbres le resultaban extrañas, se sentía como una semilla perdida en un jardín ajeno.

Un día, caminando por la playa, sus ojos se posaron en un mural que adornaba una pared desgastada. Eran figuras abstractas y colores vibrantes que hablaban de un pasado y un futuro entrelazados. Se acercó tímidamente al grupo de jóvenes que lo estaban pintando. Con un nudo en la garganta, les preguntó si podía ayudar.

Anya descubrió que compartía con ellos una pasión: el arte. En su país, solía pintar los paisajes de su pueblo, capturando la esencia de su tierra en cada pincelada. Ahora, en esta nueva ciudad, encontró una forma de conectar con sus raíces y con las personas que la rodeaban.

Con el tiempo, el mural se convirtió en un símbolo de unión y esperanza. La gente del barrio comenzó a reunirse alrededor de él, compartiendo historias y sueños. Anya se dio cuenta del poder transformador del arte y decidió organizar un taller de pintura en el centro comunitario.

Al principio, pocos se animaron a asistir. Pero con paciencia y entusiasmo, Anya logró crear un espacio donde los niños y niñas pudieran expresar sus emociones y explorar su creatividad.

Utilizando materiales reciclados, los participantes crearon obras llenas de color y vida, que reflejaban sus propias experiencias y visiones del mundo.

El taller no solo era un lugar para aprender técnicas artísticas, sino también un espacio de encuentro donde personas de diferentes culturas y orígenes podían compartir sus historias. Anya se convirtió en un puen-

te entre los recién llegados y los habitantes de la ciudad, demostrando que la diversidad es una riqueza y que la migración puede ser una fuerza positiva para el cambio.

Con el tiempo, el taller se hizo tan popular que tuvieron que ampliar el espacio. Anya se convirtió en una figura querida en la comunidad, una joven que había llegado como una semilla y había florecido en un árbol frondoso que daba sombra y protección a todos los que buscaban refugio.

Con cada pincelada, los niños y niñas iban construyendo un nuevo mundo, un mundo donde las diferencias se celebraban y donde todos eran bienvenidos. Y Anya, la joven migrante, demostró que incluso en los momentos más difíciles, el arte y la solidaridad pueden transformar vidas y comunidades.

Anya siguió pintando, creando y transformando su mundo, una pincelada a la vez. Su historia se convirtió en un faro de esperanza para otros jóvenes migrantes, demostrando que, a pesar de las adversidades, los sueños pueden hacerse realidad.

Al escuchar las impactantes historias de mi abuelo italiano, su familia y otros migrantes, el concepto de migración me toca el alma y despierta mis sentidos dentro de la rutinaria cotidianeidad en la que vivimos. Fueron capaces de encontrar su "lugar en el mundo" gracias a las "manos amigas" y el "puente entre mundos" que juntos construyeron; transformando no solo sus vidas, sino también las de quienes vinieron después, en un "abrazo eterno". Así nace esta historia...



Magalí Occhipinti

20 años. Córdoba,
Argentina.



Manos amigas que transforman: un puente entre mundos

POR MAGALÍ OCCHIPINTI

Zarparon desde Génova, Italia, en 1947. Con miradas firmes y corazones valientes, Alessandro y Francesca, junto a sus hijos pequeños Luca y Chiara, emprendieron un largo viaje a bordo del Cabo de Buena Esperanza. Su destino: tierras desconocidas, la República Argentina. Alessandro tenía la seguridad de que alguno de los que él llamaba “sus cinco oficios” les ayudaría a progresar. A los diecisiete años ya había sido motorista de hidroaviones; lo fue durante los primeros tiempos de la aviación donde no había muchas medidas de seguridad, era un trabajo riesgoso, había expuesto su vida en varias ocasiones. Después había tenido su propia marmolería, en la cual, entre sus trabajos más destacados había esculpido una placa para la puerta santa de la iglesia. Luego, había trabajado como contador en el Instituto Nacional de Estadísticas de Italia, en Roma. Además, también era peluquero de salón de belleza, fabricante de juguetes y un gran vendedor.

Con los cambios de la guerra, sus hermanos habían emigrado a la Argentina, dejándole una peluquería ubicada en el centro de la capital italiana. La crisis lo llevó a adaptarse y, al finalizar la guerra, decidió partir con su esposa y dos niños a Buenos Aires. Los días y las noches se hacían cada vez más largos durante la compleja travesía hacia Argentina, que duró casi un mes; fue entonces cuando establecieron un fuerte vínculo con otra familia italiana.

Al llegar, Alessandro abrió una peluquería en Munro, barrio de la capital argentina, y también estableció una fábrica de juguetes, introduciendo la tradición artesanal italiana. Sin embargo, nada era tan fácil en aquellos días. Más tarde, la humedad de la ciudad afectó la salud de sus huesos, por lo que se trasladaron a Córdoba, donde su tía, una modista italiana de alta costura, les ofreció una casa en la ciudad que había adquirido con el fruto de su arduo trabajo.

En Córdoba, todo parecía empezar a tomar forma. Allí nació su hijo menor, Matteo, el primer argentino de la familia. Reubicaron sus negocios y la fábrica de juguetes en el patio de la casa comenzaba a prosperar, hasta que un día como cualquier otro, un repentino incendio la destruyó. Las llamas parecían haber consumido todas sus esperanzas, pero entonces llegó la “mano amiga”.. Un compatriota, padre de la familia que habían conocido en el barco, les ofreció una nueva oportunidad en la venta de tabacos importados por otros italianos. Alessandro aceptó, demostrando su habilidad para adaptarse y prosperar en nuevos campos, lo cual finalmente le permitió a la familia adquirir su primera vivienda propia.

El barrio donde se establecieron estaba repleto de migrantes de diversas nacionalidades, lo cual les brindaba ese sentido de pertenencia que tanto añoraban. Alessandro se sentía profundamente agradecido por la ayuda recibida de familiares y amigos durante su proceso de migración y adaptación. Inspirado por la solidaridad de sus seres queridos y con la ilusión de convertirse en esa “mano amiga” para migrantes recién llegados, junto a Francesca convirtieron su hogar en un refugio y punto de encuentro. Ambos no solo velaban por el bienestar de su familia, sino que también se dedicaban a orientar a nuevos migrantes, organizando reuniones comunitarias donde compartían comidas, sus experiencias y conocimientos sobre la cultura, cómo trabajar e incluso establecer negocios en el nuevo país. Alessandro enseñaba oficios, prestaba herramientas y ofrecía consejos prácticos para emprender. Mientras tanto, Francesca, con su destreza en la cocina y la costura, capacitaba a otros en la preparación de comidas tradicionales y la confección de ropa. Todas estas habilidades resultaban sumamente valiosas para los migrantes, quienes al llegar al nuevo país debían “ganarse la vida”.

A medida que su negocio crecía, Alessandro no solo amplió sus operaciones, sino que también se convirtió en un empleador clave para los jóvenes migrantes, ofreciéndoles trabajo y capacitación en diversos oficios. Con su enfoque en el desarrollo de habilidades prácticas, aseguró que estos jóvenes tuvieran las herramientas necesarias para prosperar en su nueva vida en Argentina. Algunos migrantes incluso

encontraron alojamiento temporal en su casa, donde Francesca se dedicaba a confeccionar ropa para aquellos que lo necesitaban. Además, ella desempeñaba un rol fundamental en la comunidad al preparar comidas tradicionales para los encuentros comunitarios que se celebraban en su hogar. Estos eventos no solo alimentaban el cuerpo, sino también el alma, fortalecían los lazos sociales y fomentaban un sentido de comunidad entre los migrantes.

Fue así como poco a poco y sin siquiera darse cuenta, su casa se convirtió en un faro de esperanza y apoyo, un hogar común para todo migrante. Las cenas comunitarias no solo servían para compartir alimentos, sino también historias de resiliencia y éxitos alcanzados. En estos encuentros, también se compartían dificultades y preocupaciones, y los demás proporcionaban posibles soluciones u ofrecían su ayuda, conocimientos o recursos. El impacto positivo de Alessandro y Francesca se hizo sentir en todo el barrio, creando una red de apoyo sólida y sentando las raíces de una comunidad unida que valoraba la diversidad y la colaboración.

Durante los cumpleaños y las fiestas, ya con nietos, bisnietos y vecinos invitados, Francesca solía preguntarse, un poco nostálgica y otro poco en broma, por qué habían decidido ir a la Argentina. Sus invitados aprovechaban la ocasión para contar anécdotas personales y, entre risas, todos coincidían en que, de no haber sido por esa decisión de migrar, casi ninguno de los presentes estaría allí ni hubiese logrado sobreponerse a los desafíos que se les habían presentado.

La historia de Alessandro y Francesca, su familia, amigos y vecinos refleja la tenacidad y creatividad de los migrantes que llegan a tierras extranjeras en busca de nuevos horizontes. Personas hábiles y emprendedoras, enfrentan cada desafío con una resiliencia inquebrantable. La vida les exige un esfuerzo mayor, tanto físico como emocional. Sus corazones comunitarios y “manos amigas” han forjado un camino de esperanza y prosperidad en tierras argentinas. Hoy, esas mismas manos continúan su legado, recordando a sus descendientes la fuerza y la determinación de aquellos que vinieron antes. Constituyen un eco vivo de la perseverancia y el ingenio de los migrantes, un legado que

ha perdurado a lo largo del tiempo. Manos que no solo construyeron un puente indestructible que une a las personas y las culturas en este eterno abrazo entre mundos, sino que también sembraron las semillas del cambio y la oportunidad, formando una diversa comunidad unida y solidaria en un nuevo país, donde encontraron y construyeron, junto a otros, su “lugar en el mundo”.

Vengo de una familia de migrantes, de gente trabajadora y fuerte que se asentó en tierras desconocidas, guiada por la esperanza de una vida mejor. Hoy, gracias a ellos, me he criado para ser persistente y soñadora. Sin mis raíces, simplemente no sería nada.



Joaquina Ainara Ferreyra

17 años. Resistencia,
Chaco, Argentina.



Cautivos en la memoria

POR JOAQUINA AINARA FERREYRA

Abro los ojos, me encuentro en mi cama sudada y somnolienta, se repite cada noche ese sueño donde soy niña y sobre el regazo de mi abuela escucho una y otra vez la historia de un cautivo que luchó por una libertad ajena, siendo que la suya era arrebatada.

Cada día me preguntaba qué significaba esa reminiscencia perpetua; como yo sola no pude descubrirlo decidí recurrir a los diarios de mi abuela, el único tesoro de esa señora fuerte y dulce, nieta de libertos, hijos de esclavos. Obligada a callar las historias que relataba su familia, y escribiéndolas en diarios para no sentirse tan sola en un mundo donde prefieren las mentiras.

En ellos se encontraba una letra casi torpe y poética que exponía la vida oculta de los sometidos, obligados a residir en una tierra desconocida y regida por una corona impropia. Era indudable; posado en mis manos se encontraba un archivo histórico.

(Diario de Lala Piriz, Buenos Aires, 1918).

Tenían miedo y hacía frío, ya no sabían hace cuánto tiempo estaban allí, solo se veían expresiones de angustia, los niños no podían jugar en el cuarto tambaleante, muchos enfermos, muchos hambrientos.

Al pasar el tiempo llegaron a tierra, pero en vez de estar felices el miedo los paralizaba, los señores blancos separaron a los niños de sus madres categorizándolos como productos a la venta. Muleque¹ los infantes y bozal² a los hombres rebeldes recién introducidos de África. Eran un simple producto comercializado al estilo colonial.

1 m. Cuba. Esclavo africano cuando tenía de siete a diez años de edad.

2 adj. Dicho de un esclavo negro: que estaba recién sacado de su país. U. t. c. s. Real Academia Española: *Diccionario de la lengua española*, 23.ª ed., [versión 23.7 en línea]. <<https://dle.rae.es>> [9/09/2024].

Leer esa página fue decadente, darme cuenta de lo poco que sabía de mis raíces; todo lo que se oculta. Minutos después, aunque no pude resolver la incógnita de mis sueños, me apoderó el sentimiento de no poder guardarme esta información para mí, era hora de que se revelara la realidad de los afroargentinos.

Pasé meses investigando y recolectando la poca información en existencia, consulté con Fausto, un estudiante de antropología que siempre me cruzaba en la universidad. Él quedó encantado con los escritos de Lala, y no dudó en ayudarme.

Luego de muchas charlas e ideas inconclusas, Fausto, en una de esas tantas reuniones, con una sonrisa dijo:

— ¡Ya sé!, ¿y si hacemos un libro?

— ¿Un libro? Me esperaba cualquier otra cosa antes que un libro. Aunque no es mala idea con lo que tenemos hasta ahora, no llegamos a hacer ni una nota en el diario.

— No seas pesimista, Amalia. Podríamos comenzar abriendo un foro o publicando algo para que las personas cuenten historias familiares, y eventualmente redactar el libro.

— Me gusta, pensaba en publicar uno de los escritos de Lala, de ahí seguro mucha gente se interese y quiera contar sus historias familiares.

Esa misma noche pulimos la idea y publicamos uno de los textos del diario:

Entre los retazos mal cortados y la suciedad, se distinguían ojitos de inocencia corriendo por la cosecha. Sus madres, carcomidas por el pesar, supieron en ese instante el destino de sus niños, peones que reemplazarían la cabeza del muchacho blanco.

Ese augurio anunciaba la inminente llegada de los uniformados. Quien mejor que un cautivo para luchar por las disputas de la mano pálida que cae con peso sobre su espalda.

Descripción: con este hermoso texto de mi abuela Lala, te invitamos a que vos nos relates esa anécdota familiar que se encuentra escondida. Mandanos esa historia a través del e-mail: IdentidadEscondida1107@gmail.com.

Al cabo de dos semanas, el agobio estaba invadiendo toda nuestra inspiración, recibimos tan solo 637 me gusta, y ni un *e-mail*. ¿Tan poca era la iniciativa para desempolvar un poco de historia? Mi frustración llegó al punto de abandonar la causa, me sentía dolida; como si le hubiera arrebatado a Lala su oportunidad de expresar las penas que arrastraba nuestro legado.

Fausto, por otro lado, no se iba a rendir tan fácil, él aún estaba muy ilusionado, buscaba desesperado la manera de viralizar nuestro proyecto. Entre tantas ideas, decidió enviarle el *post* a Bethania Barroso, una pintora brasileña muy conocida por ilustrar escenarios mayormente protagonizados por los afros y su cultura.

Mientras esperaba ansioso una respuesta de la artista, su insistencia se enfocó en convencerme de retomar el proyecto:

—Amalia, no dejes de lado todo nuestro esfuerzo, puede que no estemos muy bien posicionados ahora, pero tengo el presentimiento de que esto va a terminar de buena manera.

—No sé, ya no encuentro el propósito Fausto; no quiero vivir de objetivos que no puedo cumplir.

—Dale una oportunidad; estoy seguro de que la pintora está por responder, y ahí todo va funcionar.

—Lo dudo, aunque me gusta tu determinación, voy a retomar el proyecto, pero solo si ella nos contesta.

—¡Excelente! Te aseguro que así será.

Un día después de esa charla, me encontraba cocinando cuando de repente mi celular empezó a recibir notificaciones de manera tal que en cualquier momento iba a explotar. ¡No entendía que estaba sucediendo! En el mismo instante escuché a Fausto gritando mientras se aproximaba a la puerta, abrí antes de que la tumbe.

—¡SOMOS VIRALES AMALIA!

—¿Virales? ¿De qué hablás?

Agarró su celular y me mostró un video de las redes, en él aparecía Bethania apoyando nuestra causa relatando un cuento de su familia, el relato tuvo tanto alcance que nos llovían los mensajes. No nos alcanzaban los ojos ni las manos para leer y responder cada uno de los *e-mails*

recibidos. Estábamos tan emocionados de por fin poder trazar una ruta historiográfica respecto de todas las vivencias de la generación afro de Argentina.

Cuando finalmente pudimos seleccionar los relatos más interesantes, los organizamos por décadas, y empezamos a recopilar la línea de tiempo, la cual partía de 1793, cuando el libre comercio de esclavos ya no estaba prohibido para los súbditos americanos. Esto provocaba que el porcentaje de negros en el virreinato fuese alto; sin embargo, a lo largo del tiempo se fueron encargando de que este sea casi inexistente, borrando sus identidades y utilizándolos como mano de obra.

Al cabo de un año, entre charlas en radios, televisión y conferencias, descubrimos que siempre estuvieron en acontecimientos importantes de nuestra historia; siendo, por ejemplo, primera línea en las batallas de la independencia, e incluso los encontramos en gran parte de la música que escuchamos, en nuestras costumbres y dialectos. En mayor o menor medida, ellos también reivindicaron nuestra cultura y ayudaron a que hoy seamos un país libre. Entendimos que jamás los podrán extinguir de la memoria, porque día a día se encuentran allí, en un tango, en una expresión o en un rasgo sutil de algún conocido.

Al reflexionar y darnos cuenta de que nuestro enfoque ya no era dar a conocer tan solo el sufrimiento, sino también enaltecerlos y agradecerles por formar parte de aspectos de nuestra identidad, rompí en llanto. La ambivalencia de emociones me invadía, me sentía una tonta por no darle importancia a tantas cosas de mis raíces y, a la vez, me daba orgullo saber que con la publicación del libro íbamos a cambiar tantas vidas, prejuicios y creencias.

La migración es un fenómeno que se da a nivel global, y muchas veces es motivada por la búsqueda de mejores condiciones de vida. Nos pareció muy importante hacer énfasis en lo mucho que puede modificar la situación de una persona; del gran cambio emocional que supone. Escribir sobre migración nos motivó a investigar y explorar otras realidades, un proceso que realmente disfrutamos.



Benjamín Schusman

Iara Schusman

12 y 16 años. Piriápolis,
Maldonado, Uruguay.



Zikomo

POR BENJAMÍN SCHUSMAN Y IARA SCHUSMAN

Madzi se llevó a la boca su ínfima porción de *nsima*, ejerciendo fuerza con sus dientes sobre el espeso preparado de harina de maíz y agua. Un nudo se le formó en la garganta al percatarse de que su ración de comida era de un tamaño aun menor en comparación a la noche anterior. Su apetito fue reemplazado por unas incontrolables ganas de estallar en lágrimas.

En otras partes del mundo, las niñas de nueve años solían tener otras preocupaciones en mente, como obtener los juguetes más divertidos e innovadores del mercado.

En cambio, la pequeña malaui se entristecía al llegar agotada a su casa tras haber estado todo el día trabajando arduamente en el campo y encontrarse con que el alimento escaseaba cada vez más.

—Madzi, ¿no tienes hambre? Apenas has tocado tu comida —preguntó su madre en un tono consternado.

La niña malaui desvió su atención del *nsima* que estaba sosteniendo entre las palmas de su mano y examinó todos los rincones de la pequeña mesa de comedor, en búsqueda del magullado rostro de su mamá, portador de cientos de cicatrices que eran testigo de su dura labor en las plantaciones de maíz. Lo primero con lo que se toparon los ensombrecidos ojos de Madzi fue con sus cuatro hermanos, sentados en torno a la diminuta mesa del comedor. En un rincón aún más apartado, localizó a su madre tamborileando nerviosamente la superficie de madera.

Desde que una extraña enfermedad le había arrebatado la vida a su padre un mes atrás, Madzi notaba a su mamá más ansiosa que de costumbre. Además, ese había sido el motivo por el que se había visto forzada a abandonar la escuela y dedicarse a las tareas agrícolas, con el fin de compensar la ausencia de su padre y poder subsistir.

—Perdón. Creo que ya me llené —contestó Madzi cabizbaja, recordando que aún le debía una respuesta a su madre. Acto seguido, se retiró del comedor dando grandes zancadas y se dirigió a su habitación sin mirar atrás.

Sorteó los colchones de sus hermanos hasta llegar al suyo y se tumbó en él dejando escapar un prolongado suspiro. ¿Podría su vida empeorar más?

Con el ceño fruncido y los labios esbozando una mueca de disconformidad, Madzi deslizó su brazo debajo del colchón y extrajo su tomo de *Harry Potter y la piedra filosofal*, que le había obsequiado quien hasta hace un par de semanas era su maestra, y empezó a recorrer las páginas impregnadas de magia a la tenue luz de las velas.

Leyó hasta que la llama se extinguió, y entonces fue vencida por su brutal cansancio.

La cara de Madzi estaba perlada de sudor. La noche pasada se había desvelado en compañía de su libro favorito, lo que significaba que la jornada de cosecha de aquella sofocante mañana era el doble de tediosa.

Con los ojos enrojecidos y sus dedos sujetando fuertemente la canasta donde estaba depositando todos los maíces cosechados, la niña se sentó temblando en el suelo, premiándose a sí misma con cinco minutos de descanso. Retomó la lectura del primer tomo de *Harry Potter*, que había dejado tendido en el suelo apenas hubo entrado al campo de plantaciones. Madzi estaba muy agradecida de haber aprendido a leer antes de que la trágica partida de su padre la condujera a dejar la escuela.

—Hola, ¿qué estás leyendo?—la interrumpió una voz que hablaba un chichewa muy rudimentario.

Madzi desvió su atención del libro y percibió con el rabillo del ojo la silueta de una mujer que la miraba amistosamente. Su ropa lucía mucho más apagada que la de ella, por lo que la niña no tardó en deducir que debía tratarse de una extranjera.

—Ho... hola. Estoy leyendo *Harry Potter*—sentenció entrecortadamente la pequeña—. ¿De dónde eres? ¿Y cómo te llamas?

—¡Hola! Me llamo Yael, y vengo de Uruguay. Estoy haciendo un

plan de voluntariado aquí, en Malauí —replicó la mujer cantarínamente—. ¿Tú cómo te llamas?

—Madzi —musitó la chica con una ceja levantada en señal de asombro—. Espera, ¿dijiste Uruguay? ¿Dónde queda eso?

—Ya veo que eres curiosa. Uruguay es un pequeño país de América del Sur. ¿Te gustaría conocerlo algún día?

—¡Por supuesto!

Por algún motivo que la niña desconocía, Yael le transmitía una sensación de paz que le traía calma en medio de la tempestad en la que su vida se había transformado. Le dedicó una tímida sonrisa a la adulta, que le fue devuelta inmediatamente.

—Madzi, ¿dónde están tus padres? Quisiera hablar con ellos —insinuó Yael con un dejo de seriedad en su voz.

—Mi madre se encuentra trabajando no muy lejos de aquí. Si quieres puedo llevarte con ella —afirmó la niña evitando mencionar que su padre había muerto.

—¡Genial!

Yael y Madzi comenzaron a caminar hasta el lugar donde se encontraba la mamá de la niña, atravesando las espesas plantaciones de maíz.

—¡Es ella! —informó Madzi agitando sus brazos en el aire para llamar la atención de su madre.

La adulta miró de soslayo a las recién llegadas y sus ojos centellearon con una mezcla de miedo y desconcierto.

—Madzi, ¿quién es esa mujer que te acompaña? —dijo torpemente.

—¡Hola! Me llamo Yael, y vengo desde Uruguay con el propósito de ayudar a los habitantes de Malauí. ¿Hay algo que pueda hacer por ti? Madzi es una niña encantadora, y estoy dispuesta a realizar lo que sea para colaborar con ella y su familia —expresó la uruguaya sin rodeos.

—Mucho gusto, Yael. No sabés cuánto agradezco tus dulces palabras —confesó la madre de Madzi con un hilo de voz—. Lo cierto es que estamos pasando por una situación muy difícil y la comida escasea cada vez más. No sé hasta cuándo resistiremos.

Yael asintió comprensiva y le dio a la otra mujer reconfortantes palmaditas en su espalda.

—Dime cómo puedo ayudar.

La mujer malauí se aproximó a la uruguaya y, acercándose a su oído, susurró en voz muy baja:

—Estoy dispuesta a hacer lo que sea necesario para mejorar la calidad de vida de Madzi, incluso si eso implica no verla nunca más. ¿Entiendes a lo que me refiero? Llévatela a Uruguay cuando culmines tu trabajo voluntario aquí.

Yael se quedó absorta ante tal afirmación, pero su serio semblante irradiaba determinación.

—Si eso es lo que realmente quieres, entonces la llevaré a Uruguay y la cuidaré como si fuera mi propia hija.

—*Zikomo* —murmuró la madre de Madzi mientras lágrimas silenciosas resbalaban por sus mejillas.

Los primeros días de Madzi en Uruguay no fueron fáciles. Ya hacía seis meses que había abandonado su tierra natal sin que le explicaran nada y todavía no se sentía para nada a gusto con su nuevo hogar. Vivir con Yael no le desagradaba en absoluto, pero haberse despedido de su familia de sangre tan abruptamente le había partido el corazón en varios trocitos.

Sin embargo, los momentos donde más echaba de menos a su madre y hermanos tenían lugar en la escuela.

—¿Qué idioma es ese? —había inquirido en una ocasión una de sus nuevas compañeras de clase con una mueca desdeñosa.

—Perdón, no entiendo —respondió Madzi con una de las frases en español que Yael le había enseñado.

—¿Entonces para qué estás acá? ¡Volvete a tu país!

Conversaciones similares se habían vuelto habituales en la vida de Madzi, y para su enorme pesar nunca se acostumbraba al dolor que le causaban. Los recreos se habían convertido en un auténtico infierno, plagados de insultos y burlas que le recordaban de su condición de “distinta”. Poco a poco iba adquiriendo un mejor manejo del idioma español, el suficiente para comprender todas las palabras malintencionadas dirigidas hacia ella.

Su único consuelo era que Yael siempre la esperaba a la salida de la escuela para darle un cálido abrazo y secarle las lágrimas. Pero la empatía de la joven no siempre lograba acallar sus sollozos.

Los días siguieron pasando y, gracias a su cada vez mejor manejo del español, Madzi había conseguido descubrir una nueva actividad que le servía para combatir su angustia.

Con unos titubeantes trazados realizados a mano alzada y una pizca de imaginación, la niña malauí se había dado cuenta de que podía crear historias y darles el rumbo que se le antojara. Todo comenzó con una actividad en la escuela, donde a ella y a sus compañeros se les había pedido que escribieran un cuento con temática libre. Madzi había hallado en la experiencia de escribir un disfrute inigualable y, al finalizar la actividad, había creado un maravilloso cuento. O al menos eso había afirmado su maestra.

Había encontrado en la escritura una forma de desahogo y comenzó a utilizarla como pasatiempo.

Escribía sin cesar hasta que se le cerraban los ojos y Yael la reprendía por permanecer despierta hasta tan tarde, pero en cada uno de esos regaños Madzi lograba percibir una cómplice sonrisa que luchaba por asomarse entre las duras palabras de su madre de corazón.

Fue así como a la niña se le ocurrió una idea que todo lo cambiaría: ¿por qué no enfocarse en sus propias vivencias para dejarlas atestigüadas entre todo su papelerío?

No tardó en ponerse manos a la obra y escribió todos los episodios de su vida que consideró relevantes, incluyendo su primer encuentro con Yael y el *bullying* que recibía, entre muchas otras cosas.

Cuando su creación estuvo concluida, decidió que Yael merecía ser la primera persona en leerla. Ella examinó el texto detenidamente, con su par de oscuros ojos iluminándose de vez en cuando delatando su incredulidad.

—Esto es...fascinante —confesó cuando hubo finalizado la lectura—. Te convertiste en una escritora muy talentosa. Sé que llegarás muy lejos.

La energética ovación de la multitud recibió a Madzi cuando se subió con torpeza sobre el pequeño escenario de madera. Barrió sus alre-

dedores con la mirada, y logró contar aproximadamente unas doscientas personas que la observaban expectantes.

La reciente publicación de su libro había sido un éxito total, y ahora tenía un enorme público interesado en escuchar lo que tuviera por decir.

—Sé que están aquí con motivo de la presentación de mi libro, pero antes quiero decirles *zikomo* — la niña hizo una pausa para tomar aliento y esbozó una tímida sonrisa—. Eso significa gracias.

Escribir este cuento me hizo reflexionar sobre la resiliencia y la fuerza de quienes migran, llevando consigo no solo heridas, sino también el poder de reconstruirse.



Milena Parysow

16 años. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.



Voces de esperanza

POR MILENA PARYSOW

Sheine nació en 1947 en un campo de desplazados en Kassel, Alemania. Sus padres, Sara y David, habían sobrevivido al horror del Holocausto y después de la guerra se encontraron atrapados en un limbo de incertidumbre. Durante dos largos años, esperaron en ese lugar, rodeados de otros sobrevivientes que, como ellos, buscaban reconstruir sus vidas. Fue entonces cuando una organización de ayuda para refugiados judíos les brindó una nueva oportunidad: migrar a Argentina.

El viaje hacia Sudamérica estuvo lleno de esperanza, pero también de desafíos. Al llegar a Paraguay, se encontraron con barreras fronterizas que les impedían ingresar legalmente a Argentina. Desesperados, cruzaron la frontera de manera ilegal y fueron recibidos en Misiones por un pariente lejano que les ofreció refugio en su pequeño hogar. Durante meses, vivieron con miedo a ser descubiertos y deportados. Sin embargo, la voluntad de construir un futuro mejor los sostuvo hasta que finalmente lograron regularizar su situación.

Luego se trasladaron a Buenos Aires, donde Sheine enfrentó otro tipo de barreras. En la escuela, sus compañeros la discriminaban por ser judía. Se reían de ella y la llamaban con nombres crueles. Cuando llegó el momento de jurar la bandera, Sheine fue excluida por no querer hacerlo debido a su religión. Aquello la marcó profundamente. Sentía que no pertenecía, que a pesar de todo lo que habían pasado para llegar allí, seguían siendo vistos como extraños.

Con el tiempo, Sheine se dio cuenta de que la mejor manera de enfrentar la discriminación era educando. Empezó a hablar sobre la historia de su familia y las atrocidades que sus padres habían sufrido durante la guerra. Aunque al principio pocos la escuchaban, su voz comenzó a ganar fuerza. Visitaba escuelas y centros comunitarios, compartiendo su

experiencia y la de miles de familias migrantes que habían buscado en Argentina un nuevo comienzo.

Un día, mientras daba una charla, conoció a otros sobrevivientes que también habían llegado al país en circunstancias similares. Juntos, decidieron que necesitaban un espacio para contar sus historias, para que nadie olvidara lo que habían pasado y para que las futuras generaciones aprendieran sobre el valor de la vida y la importancia de la memoria. Así nació la idea de crear un museo que preservara las voces de los sobrevivientes del Holocausto y la historia de los migrantes judíos en Argentina.

El museo, que llamaron “Voces de esperanza”, no solo se centró en el Holocausto, sino en la historia de la migración como un todo. Se convirtió en un lugar donde se celebraba la diversidad cultural y se mostraban las contribuciones de los migrantes a la sociedad argentina. Allí, se organizaban talleres, charlas y exposiciones que promovían una perspectiva positiva sobre la migración, destacando cómo las personas que llegan de otros lugares enriquecen y transforman a las comunidades que las reciben.

Sheine, junto con otros voluntarios, trabajó incansablemente para que el museo fuera un espacio de aprendizaje e inclusión. Se aseguraron de que todas las voces fueran escuchadas: no solo las de los judíos que habían sobrevivido al horror, sino también las de los inmigrantes que, como su familia, habían llegado buscando una vida mejor y enfrentaron obstáculos en el camino. El museo se convirtió en un puente entre culturas, uniendo historias de distintas partes del mundo que se encontraban en el corazón de Buenos Aires.

Pronto, el impacto del museo se sintió más allá de la comunidad local. Escuelas de todo el país comenzaron a organizar visitas educativas, y los medios de comunicación se interesaron en la iniciativa. El mensaje de Sheine y de los fundadores del museo era claro: la migración no es solo un movimiento físico, sino una oportunidad para transformar sociedades y enriquecerlas con nuevas perspectivas.

Un día, un grupo de estudiantes de secundaria visitó el museo. Entre ellos, una chica se acercó a Sheine al final del recorrido. Tenía lágrimas en los ojos.

—Mi abuela vino de Bolivia hace muchos años. Siempre me cuenta cómo sufrió al llegar aquí, cómo la trataron mal por ser extranjera. Pero nadie quiso escuchar todo lo que logró después, de cómo abrió su propio negocio y sacó adelante a nuestra familia. Gracias por recordarme que las historias de nuestras familias también son historias de fuerza y superación.

Sheine sonrió y abrazó a la joven. Sabía que, en momentos como ese, su trabajo tenía un impacto real. Cada historia que compartía era una semilla de cambio, un recordatorio de que, aunque los desafíos de la migración son muchos, las oportunidades y el crecimiento personal y social que conlleva son aún mayores.

El museo continuó creciendo, convirtiéndose en un símbolo de esperanza y resiliencia. Sheine, con su gran dedicación, se aseguró de que cada historia de migración, de lucha y superación fuera honrada. A través de su trabajo, promovió una visión positiva de la migración como un derecho humano universal y un factor fundamental para la construcción de sociedades más justas y diversas.

Y así, la niña que había nacido en un campo de desplazados, cuya familia había cruzado océanos y fronteras en busca de paz, se convirtió en un faro de luz, demostrando que las raíces pueden ser fuertes y firmes, incluso cuando están en movimiento.

Pensamos que tratar temas de importancia, como la migración, deja ver las distintas realidades de las personas que dan este paso para una mejor vida y lo difícil que puede ser adaptarse. Nuestro cuento demuestra que las diferencias nos unen y nos ayudan a enfrentar dificultades.



Paulina Díaz Pardo
Anna Negróni
Constanza Sosa

16 años. Resistencia,
Chaco, Argentina.



Basta-Stop-Assez

POR PAULINA DÍAZ PARDO, ANNA NEGRONI Y CONSTANZA SOSA

Esa noche, irrumpimos en la escuela de la forma mas silenciosa posible; los reuní para una causa importante, para la que todos tenemos que pelear...

—¿Y si se fue porque ella quería? —dijo la irlandesa de pecas con largo cabello claro sentada frente a mí.

—Es verdad Inés, ¿y si no se fue por la razón que crees? No creo que sea tan grave —dijo la danesa de anteojos y pelo ondulado, mejor amiga de la chica de Irlanda.

La miré algo confundida, no podía creer que estaba diciendo eso de mi mejor amiga.

—Conozco muy bien a Natalia, sé que nunca me haría eso, nunca se iría sin darme una razón. Así que hay que hacer un cambio por ella y por todos.

—¿No están cansados de que nos traten mal por ser de países diferentes? Vinimos a Francia en busca de un mejor futuro y conseguimos esto —dijo el chico mexicano sentado a mi derecha, con el cual estaba de acuerdo.

Yo estaba igual de cansada con todo esto, las burlas, los desprecios y la discriminación, saber que todo esto pudo haber afectado a Natalia para que se vaya me hizo querer hacer un cambio y ser lo suficientemente valiente para eso.

—Tienes toda la razón, parece, a esto hay que darle un ¡BASTA! —dijo la colombiana sentada a mi izquierda, la cual tenía el rostro más serio por lo que se ganó mi confianza al instante.

Luego se metió una chica australiana vestida con uniforme de deporte, ella dijo una frase que poco entendí, pero me gustó mucho: —*Let's give it a ¡STOP!*

—¡ASSEZ! Todos quedaron en silencio por Andre, el único francés

en el lugar esa noche, el fue el primero que me habló cuando vine de Argentina... así que todos lo apreciamos.

El chico venezolano me miró con duda y terminó haciéndome la pregunta que todos querían escuchar:

—Inés, ¿cómo hacemos para comenzar este movimiento y terminar con el odio hacia nosotros?

Aunque no sabía cómo empezar, tenía una cosa en mente.

—No sé lo que vamos a hacer, pero va a ser algo grande, y además de eso ya tenemos el lema: ¡BASTA-STOP-ASSEZ!

—*Un journal, I mean a newspaper*, digo un diario —dijo Andre trabándose entre tantos idiomas y haciendo su mayor esfuerzo para que todos entiendan sus palabras.

La noche siguiente empezó todo, con Andre y otros chicos comenzamos a repartir los diarios por la isla de Île de la Cité. En la mañana todos los habitantes del lugar vieron nuestro diario en sus puertas, de esta forma empezaron a leerlo y de alguna manera a escuchar nuestras voces, nos presentamos como “Los migrantes”, gentes que venían de afuera y proclamaban su derecho a sentirse parte de un lugar que no es el de su origen.

El diario se hizo tan popular que todas las noches salíamos a repartir uno con distintos títulos y temáticas, pero con el mismo objetivo. Este también se volvió charla a la hora de comer junto a la familia o amigos, todos necesitaban saber quiénes eran los dueños de este diario, pero, más allá de la incógnita, el mensaje estaba claro: que un cambio hacia los migrantes era necesario.

El 4 de agosto de 2024 se sintió la diferencia. Salí de mi casa camino a la escuela; al llegar, las miradas cambiaron, pasaron a ser de odio o de asco a normales, era su igual, solo una más, como debía ser. Eso significaba que habíamos cumplido uno de nuestros objetivos. Luego de esto decidí reunirlos a todos para dar el movimiento final.

—¿Por qué nos reuniste otra vez, Inés? Si ya estamos haciendo el plan, no pueden saber que nos reunimos aquí o pueden llegar a descubrirnos —dijo el chileno de pelo con rulos, al cual miré con desagrado.

—Ya sé, ya sé—dije revoleando los ojos—. Sé que el plan funciona, pero no podemos hacer esto todo el tiempo, en algún momento hay que

darle un punto final y darnos a conocer, me cansé de estar oculta —dije frustrada.

—Deberíamos hacer lo que mejor sabemos hacer —dijo la chica australiana.

—¿Como escondernos en la oscuridad de la noche y repartir diarios anónimos con la esperanza de que algún día el pueblo nos ame y aprecie? —dijo el chico japonés sin modular y con un poco de ansiedad.

—No es eso —dijeron las mejores amigas irlandesa y danesa al unísono.

—En realidad, tiene un poco de razón, esta es la idea... —dijo Andre.

Estaba todo listo, las cámaras, las máscaras y lo necesario para grabar el video que iba a cambiar nuestra estadía en Francia para siempre. Primero contó su experiencia la chica venezolana con una máscara representando su país...

—Hola, me llamo Mora, soy venezolana y vine aquí buscando oportunidades, pero solo obtuve rechazo por parte de las personas de la isla, al igual que mis compañeros.

Luego, fue el turno de cada uno de los que conforman a los migrantes, hasta que llegó el final del video, eso significaba que me dieran la última palabra...

Hola, soy Inés, vengo de Argentina y esta carta es para mi mejor amiga, quien sabe muy bien sobre este problema. “Nati, sé que no pude descubrir qué o quién hizo que te fueras, pero gracias al valor que tomé por vos hicimos un gran cambio y estoy feliz por eso. Puede que en otro capítulo pueda llegar a saber por qué no estás conmigo en este momento, pero se puede decir que ahora estoy cómoda donde estoy y además de todo eso soy aceptada e hice que muchos más también. Espero que estés bien, te quiero mucho amiga y deseo que algún día puedas volver y ver con tus propios ojos lo que logré”.

Entonces gritamos: BASTA, STOP, ASSEZ. Nos quitamos nuestras máscaras para mostrarnos y dar a conocer a “Los migrantes”. Luego de eso, todo cambió para mejor.

La inspiración que tuve para escribir sobre la migración de los italianos en Paraguay fue el querer aprender más sobre ellos, cómo es su cultura, sus tradiciones y cómo se adaptaron al llegar a nuestra tierra guaraní. Es así que, cuando la profesora me dijo que debía escribir un cuento sobre la migración italiana, me sentí muy motivado, ya que uno de mis mayores pasatiempos de niño era escribir e informarme sobre la cultura italiana. Luego, la enseñanza y educación italianas que tuve toda mi vida fue mi motivación principal a la hora de escribir sobre el tema. Esta oportunidad me brindó mucha felicidad a mí y a mi familia. Me alegra mucho ser finalista de este concurso literario, es uno de mis mayores logros que he tenido hasta hoy día en mi vida y quiero agradecer a todos los organizadores por esta oportunidad.



Jonathan Benjamín Quiroz Boveda

17 años. La Encarnación,
Asunción, Paraguay.



Raíces entrelazadas: la influencia de los inmigrantes en Paraguay

POR JONATHAN BENJAMÍN QUIROZ BOVEDA

En un país como Paraguay, la diversidad cultural y la riqueza que aportan los inmigrantes son fundamentales para el crecimiento y la evolución de la sociedad. En las calles de Asunción, la capital bulliciosa y llena de vida, se entrelazan historias de personas provenientes de diferentes rincones del mundo, cada una con su bagaje cultural y sus sueños.

En un tranquilo barrio de Asunción vivía una familia de inmigrantes que habían llegado con la esperanza de construir un futuro mejor. Don José, un inmigrante español, regenteaba una pequeña panadería que se había convertido en punto de encuentro para la comunidad local y los recién llegados. Doña María, una inmigrante brasileña, enseñaba danzas tradicionales de su tierra a los niños del vecindario, transmitiendo así su cultura y sus raíces.

La influencia de los inmigrantes en Paraguay no solo se ve en la gastronomía, la música o las tradiciones, sino también en la mentalidad abierta y acogedora de su gente. La solidaridad y el respeto mutuo entre paraguayos e inmigrantes han tejido una red de apoyo y comprensión que fortalece el tejido social y enriquece la identidad nacional. En cada rincón de Paraguay, la presencia de los inmigrantes es un recordatorio constante de la importancia de la diversidad y la inclusión en la construcción de una sociedad más justa y próspera.

En la tranquila panadería de don José, el aroma a pan recién horneado y a café recién colado envolvía el ambiente, mientras las risas y conversaciones en varios idiomas llenaban el local. Los clientes habituales, tanto paraguayos como inmigrantes, compartían historias y experiencias, creando un vínculo especial que trascendía las diferencias culturales y lingüísticas.

Un día, llegó al barrio una familia de inmigrantes africanos en busca de un nuevo comienzo. Con ellos trajeron consigo la alegría de sus ritmos y danzas tradicionales. Doña María, al enterarse de su llegada, decidió organizar una fiesta en la panadería para darles la bienvenida y compartir con todos la riqueza de la cultura africana. Los tambores resonaron, los cuerpos se movieron al compás de la música y las sonrisas iluminaron el lugar, creando un momento de verdadera unión entre todos los presentes.

La noticia de la fiesta se extendió por el barrio y pronto la panadería se llenó de vecinos curiosos por descubrir nuevos sabores y tradiciones. Los inmigrantes africanos, agradecidos por la cálida acogida, decidieron mostrar su gratitud compartiendo con todos la elaboración de platos típicos de su tierra. Así, en un festín multicultural, se fusionaron aromas, sabores y colores de diferentes partes del mundo, creando una experiencia culinaria única que reflejaba la diversidad y la armonía de la comunidad.

Con el paso de los días, la panadería se convirtió en un símbolo de convivencia y respeto mutuo entre culturas. Paraguayos, españoles, brasileños, africanos y personas de diversas nacionalidades se unieron en un espacio donde las diferencias se celebraban y las similitudes se valoraban. La pequeña panadería de don José se transformó en un lugar de encuentro intercultural, donde la empatía y la solidaridad eran los ingredientes principales que unían a todos en una misma familia, sin importar de dónde vinieran.

Así, en el corazón de Asunción, latía un ejemplo vivo de cómo la diversidad enriquece el alma de una nación. La influencia de los inmigrantes seguía tejiendo una red de historias entrelazadas, demostrando que la verdadera riqueza de un país reside en la variedad de sus colores, aromas y sonrisas que se unen para crear un lienzo multicultural donde cada hilo es esencial para el tejido de la sociedad.

En la tranquila panadería de don José, la diversidad cultural continuaba floreciendo con cada día que pasaba. La llegada de una familia de inmigrantes asiáticos expandió aún más el tapiz de colores y tradiciones que se entrelazaban en aquel acogedor lugar. Los aromas de especias

exóticas se sumaron a la mezcla de fragancias que ya impregnaban el ambiente, creando una sinfonía de olores que despertaba los sentidos de todos los presentes.

La familia asiática, experta en el arte milenario de la elaboración de té, decidió compartir su conocimiento con la comunidad. En una tarde soleada, organizaron una ceremonia de té en la panadería, donde cada gesto, cada palabra y cada sorbo de té eran un tributo a la armonía y la gratitud. Los paraguayos, acostumbrados al tereré, se maravillaron con la delicadeza y la elegancia de la ceremonia, descubriendo en cada detalle un mundo nuevo por explorar.

La noticia de la ceremonia de té se esparció rápidamente por el barrio, despertando la curiosidad de todos. Vecinos de todas las edades y orígenes se congregaron en la panadería, ansiosos por sumergirse en la cultura asiática y aprender de las tradiciones milenarias que los recién llegados tenían para compartir. La ceremonia se convirtió en un puente entre continentes, uniendo a personas que, a pesar de sus diferencias, encontraron en el té un lenguaje universal que trascendía barreras y fronteras.

Con el tiempo, la panadería de don José se transformó en un verdadero crisol de culturas, donde cada día era una celebración de la diversidad y la inclusión. Paraguayos, africanos, asiáticos, europeos y personas de todas partes del mundo se reunían en aquel lugar mágico donde las fronteras se desvanecían y las historias se entrelazaban en un abrazo cálido de hermandad. La esencia de la panadería se impregnaba en el corazón de cada visitante, recordándoles que la verdadera riqueza de una sociedad reside en su capacidad de acoger, respetar y celebrar las diferencias que la enriquecen.

Así, en el corazón de Asunción, latía un microcosmos de lo que el mundo podría llegar a ser: un lugar donde la diversidad no era solo tolerada, sino celebrada; donde las tradiciones se fusionaban para crear un tejido cultural único y vibrante. La influencia de los inmigrantes seguía dejando una huella imborrable en la comunidad, recordándoles a todos que la verdadera magia de la vida reside en la capacidad de abrir el corazón y la mente a lo desconocido, permitiendo que la diversidad sea la chispa que encienda la llama de la unidad en la diversidad.

La panadería resonaba con risas y conversaciones animadas mientras el sol se despedía lentamente en el horizonte, tiñendo el cielo de tonos cálidos y dorados que se filtraban por las ventanas. En ese ambiente acogedor, la magia de la diversidad seguía tejiendo lazos entre las personas, creando un tejido de amistad y entendimiento que perduraría en el tiempo.

Con cada encuentro en la panadería de don José, la comunidad se fortalecía, no solo en conocimiento y sabiduría, sino también en lazos de amistad y solidaridad que trascendían cualquier barrera. La magia de la diversidad seguía iluminando cada rincón del local, recordándoles a todos que en la unión de culturas y tradiciones reside la verdadera riqueza de la vida.

Y así, en medio de la cotidianidad de Asunción, un pequeño oasis de entendimiento y fraternidad florecía, sembrando la semilla de la armonía en el corazón de todos los que tenían el privilegio de compartir aquel espacio único. Con el cierre de la jornada, las luces de la panadería se desvanecieron lentamente, pero el brillo de las sonrisas y las memorias compartidas perdurarían en la memoria de todos los presentes.

Mientras las puertas se cerraban con un suave tintineo, el eco de la camaradería y el respeto mutuo resonaba en el aire, prometiendo un mañana lleno de nuevas experiencias y aprendizajes compartidos. En la penumbra de la noche, la panadería de don José se sumía en un merecido descanso, pero en su interior, la chispa de la diversidad seguía brillando, lista para iluminar el camino de todos los que buscan en ella un refugio de entendimiento y amor.

Escribir sobre migración me enseñó que cada paso hacia lo desconocido lleva el peso de un sueño y la fuerza de no rendirse.



Arami Elena Alejandra Ríos González

16 años. Encarnación,
Itapúa, Paraguay.



Luz en la oscuridad

POR ARAMI ELENA ALEJANDRA RÍOS GONZÁLEZ

Dalila corría entre las sombras, con el viento helado golpeando su rostro. Los rascacielos, gigantes y oscuros contra el cielo nocturno, parecían aplastarla. A su alrededor, la ciudad se apagaba, edificio tras edificio, dejando solo un pequeño espacio de luz detrás de ella. Tenía que llegar a tiempo. Las luces de la conferencia brillaban a lo lejos, siendo el único punto luminoso de la ciudad que lentamente caía en la penumbra.

Mientras sostenía con fuerza el maletín que contenía los planos de su proyecto, sintió el peso de miles de miradas sobre ella, tanto del pasado como del futuro. Si no lograba llegar antes de que hasta la última luz se apagara, su trabajo, todo lo que había sacrificado, no serviría de nada. Los rechazos, las horas interminables de cansancio, las noches solitarias; cada desafío que tuvo que soportar estaba al borde de desvanecerse junto con la luz.

Unos meses antes, Dalila llegó a esa misma ciudad con un maletín vacío y una cabeza llena de sueños y esperanza. Proveniente de un pequeño pueblo del Medio Oriente, había dejado atrás a su familia y a todo lo que conocía, con la esperanza de encontrar una vida mejor y cumplir con un sueño: llevar energía a las zonas más pobres de su país. Pero lo que no imaginaba era que su llegada a este lugar sería tan fría como la nieve que cubría sus calles.

Desde el primer día la ciudad parecía querer devorarla. El idioma era su primer obstáculo. Aunque había estudiado algunas frases básicas, cada conversación la hacía sentir más perdida. El choque cultural era constante: en el transporte, en las clases, en los pasillos. Las miradas de los otros estudiantes la hacían sentirse invisible o, peor aún, como una intrusa. Pero Dalila tenía una razón para seguir adelante. Su sueño era mucho más grande que cualquier barrera. Sabía que debía continuar, y cuando el aislamiento la superaba, se aferraba a los recuerdos de su ho-

gar, de su madre encendiendo velas durante los apagones y de los niños jugando en las calles oscuras.

Fue durante una clase de ingeniería que conoció a Elena, una profesora de voz suave pero determinante. Elena le recordaba a su madre, con una mezcla de sabiduría y dulzura. Un día, después de clase, la profesora se acercó a Dalila con un comentario que cambiaría todo.

—Sé que tienes algo que mostrar, Dalila. No dejes que el miedo te detenga.

Ese fue el impulso que necesitaba. Empezó a trabajar día y noche en el proyecto que había estado desarrollando en su cabeza desde que era una niña: un sistema de energía solar adaptable a las condiciones rurales de su país, y que además podría ser utilizado en zonas de escasos recursos de cualquier ciudad. La idea era simple pero transformadora: paneles solares captarían la energía del sol, que sería almacenada en baterías, permitiendo que incluso las comunidades más remotas tuvieran electricidad de forma continua. Las familias podrían iluminar sus hogares, conservar alimentos y hasta bombear agua sin depender de costosos combustibles o redes eléctricas inaccesibles.

Pero el desafío no solo era técnico, sino también emocional. A cada paso enfrentaba más dudas y prejuicios. La promesa de energía limpia y asequible parecía demasiado buena para ser real, y muchos no creían que una joven inmigrante pudiera hacerla realidad.

Una tarde de invierno, Dalila se encontró con Giovanni, otro migrante que había dejado su país años antes. Este la invita a una reunión de una pequeña comunidad de migrantes que viven en los barrios más pobres de la ciudad. Esa comunidad no solo se convirtió en su refugio, sino en su fuente de inspiración. Mientras hablaba con ellos, Dalila se dio cuenta de que su proyecto no solo podría beneficiar a su país de origen, sino también a las personas que luchaban por sobrevivir en los rincones más oscuros de la ciudad.

El trabajo avanzaba, pero las sombras no dejaban de perseguirla. Los rechazos a su proyecto llegaban uno tras otro. “Es una idea muy ambiciosa”, “No tenemos los fondos”, “Quizás en otra ocasión”. Pero ella no se rindió. En su mente, las luces seguían apagándose en aquel pueblo de su infancia.

Cada rechazo era un recordatorio de por qué no podía dejarlo todo.

Finalmente llegó la oportunidad. Una conferencia de innovación tecnológica donde los mejores proyectos recibirían financiamiento y apoyo para desarrollarse. Dalila presentó su propuesta: un sistema de energía solar adaptable que no solo iluminaría las zonas rurales de su país, sino que también podría rescatar a las comunidades vulnerables de la ciudad. Era su oportunidad, su momento.

Sin embargo, algo no salió como lo esperaba. Y ahí está otra vez, Dalila, corriendo por las calles, con su maletín en mano, mientras la ciudad a su alrededor se sumía en la oscuridad. La energía había fallado justo antes de su presentación, y ahora corría contra el tiempo para llegar a la conferencia antes de que fuera demasiado tarde.

El eco de sus pasos resonaba entre las sombras, como un latido acelerado en una ciudad que parecía haber perdido su pulso. Cada esquina parecía alargar el trayecto, y la desesperación crecía con cada luz que se extinguía. Al final de una larga avenida, las luces de la conferencia se convirtieron en su esperanza, sus únicas salvavidas en esa noche que parecía interminable.

Cuando llegó al auditorio, jadeante y temblando, las luces interiores aún brillaban. Subió al escenario justo a tiempo, con la mirada fija en el público y con su respiración agitada se acercó al micrófono.

—Esto no es solo un proyecto, es una solución —dijo, con la voz firme a pesar del cansancio—. Las luces de nuestra ciudad se están apagando, y las luces en mi hogar ya están apagadas, desde hace mucho. Pero no tiene por qué quedarse así.

La audiencia, en silencio, escuchó cada palabra. Dalila presentó su sistema, mostrándoles cómo una simple idea podría iluminar los rincones más oscuros del mundo. Y mientras hablaba, las luces en la sala comenzaron a parpadear.

En ese momento, alguien del equipo técnico se levantó y anunció que la energía en el barrio había sido restaurada. Las luces volvieron, brillantes y claras, como si su presentación hubiera sido una metáfora hecha realidad.

El proyecto fue aceptado. En poco tiempo, las primeras unidades de energía solar fueron instaladas tanto en su país como en las zonas margi-

nales de la ciudad. Los pueblos de su infancia comenzaron a brillar bajo el sol, y las sombras que antes la acechaban desaparecieron. Ahora, Dalila no solo había iluminado su camino, sino el de miles de personas que, como ella, habían aprendido que, a veces, hay que correr a través de la oscuridad para encontrar la luz.

Dalila se quedó en la ciudad, construyendo más puentes entre culturas, ideas y personas. Sabía que la migración no era un destino, sino un viaje, y que su luz seguiría brillando sin importar cuán oscuras fueran las sombras que la rodeaban.

Escribí esta historia porque me surgió una pregunta, una pregunta simple, pero poderosa: ¿cómo sería realmente empezar de nuevo? Quise meterme en lo que pasa cuando chocan la tradición y la modernidad, ese miedo que nos da cambiar todo, a dar un giro de 180°, y cómo aprendemos a adaptarnos a un mundo que no conocemos sin dejar de ser quienes realmente somos. Porque creo que todos necesitamos encontrar un lugar donde sentirnos realmente nosotros, y a veces ese lugar está en lo más inesperado, en lo que creemos que no tiene nada que ofrecernos.



Jeremías Aguirre Anaya

15 años. Bandera,
Santiago del Estero, Argentina.



Nuevas aventuras

POR JEREMÍAS AGUIRRE ANAYA

Capítulo 1

La familia Gutiérrez había vivido toda su vida en la gran ciudad. El ruido, las luces, el caos constante formaban parte de su rutina diaria. Sin embargo, los padres, Julia y Carlos, sentían que sus hijos, Diego y Sofía, merecían algo diferente. La ciudad ya no les ofrecía la seguridad ni la tranquilidad que buscaban. Así que, con algo de incertidumbre, tomaron la decisión más importante de sus vidas: mudarse a un pequeño pueblo llamado Santa Esperanza, un lugar en el que Carlos había pasado su infancia y que ahora ofrecía una oportunidad de trabajo en una pequeña fábrica.

El día de la partida fue una mezcla de emociones. Julia miraba por la ventana del coche mientras dejaban atrás la imponente silueta de los rascacielos, preguntándose si realmente estaban haciendo lo correcto. Sofía, de 16 años, no podía ocultar su disgusto. “¿Qué haremos en ese lugar donde no hay ni centros comerciales ni cines?”, repetía con frecuencia. Diego, el menor de 10 años, estaba entusiasmado por la aventura, soñando con correr libremente por los campos y explorar lo desconocido.

Cuando llegaron al pueblo, todo parecía detenido en el tiempo. Las casas eran pequeñas, de una sola planta, y los vecinos los observaban con curiosidad, como si fueran una rareza en medio de la monotonía del lugar.

Capítulo 2

La vida en Santa Esperanza era radicalmente distinta a la ciudad. Aquí todos se conocían, el ritmo era lento, y las tradiciones se respetaban con fervor. El primer día de clases para Sofía y Diego fue un verdadero choque. Sofía, acostumbrada a la diversidad y modernidad de la ciudad, se encontró con compañeros que nunca habían salido del pueblo

y que no entendían sus gustos ni su forma de ver el mundo. Mientras, Diego rápidamente hizo amigos, encantado de poder jugar al aire libre sin las restricciones que tenía en la ciudad.

Carlos comenzó su trabajo en la fábrica, donde se enfrentó a una mentalidad conservadora. Sus ideas sobre eficiencia y modernización no eran bien recibidas por algunos compañeros, quienes veían en él una amenaza a la forma tradicional de hacer las cosas. Julia, que siempre había trabajado como diseñadora gráfica, decidió abrir un pequeño taller de diseño en el pueblo. Al principio, los vecinos desconfiaban de ella y de su forma “moderna” de trabajar, pero poco a poco comenzaron a admirar su creatividad y habilidad.

A medida que pasaban los días, las diferencias entre la familia Gutiérrez y los habitantes de Santa Esperanza se volvían más evidentes. La forma de vestir, las costumbres y hasta la manera de hablar eran motivo de conversación en el pequeño mercado del pueblo. Sin embargo, algo comenzó a cambiar.

Capítulo 3

Con el tiempo, la familia Gutiérrez empezó a encontrar su lugar en Santa Esperanza. Carlos, a pesar de los roces iniciales, logró demostrar que sus ideas podían mejorar el trabajo en la fábrica, ganándose el respeto de sus compañeros. Julia comenzó a recibir encargos de diseño no solo del pueblo, sino de lugares cercanos, y su taller se convirtió en un punto de referencia para quienes buscaban algo diferente.

Sofía, tras varias semanas de incomodidad, encontró un grupo de amigos con los que compartía intereses. Descubrió que, aunque el pueblo era pequeño, había jóvenes como ella que soñaban con explorar el mundo más allá de Santa Esperanza. Empezó a organizar pequeños eventos culturales, como proyecciones de cine al aire libre y talleres de arte, lo que atrajo la atención de los más jóvenes.

Por su parte, Diego se convirtió en el niño más popular del pueblo. Su energía y curiosidad lo llevaron a descubrir cada rincón de Santa Esperanza, y los otros niños lo seguían en sus aventuras. Incluso enseñó a

sus nuevos amigos algunos juegos y costumbres que había aprendido en la ciudad. Pero no todo fue fácil. La familia aún enfrentaba el reto de ser aceptada completamente. Algunos habitantes del pueblo seguían viendo con recelo su “modernidad” y temían que cambiaran demasiado su forma de vida.

Capítulo 4

Un año después de su llegada, los Gutiérrez ya eran parte fundamental de Santa Esperanza.

El pueblo, aunque mantenía sus tradiciones, comenzó a abrirse a nuevas ideas. La fábrica, bajo la supervisión de Carlos, se modernizó, mejorando tanto la producción como las condiciones laborales. Julia, por su parte, organizó una feria anual de arte y diseño que atrajo a visitantes de pueblos cercanos, impulsando la economía local.

Sofía, ahora más adaptada, se preparaba para ir a la universidad, pero ya no veía al pueblo como un lugar atrasado. Sabía que su paso por Santa Esperanza había marcado su vida de manera positiva. Diego seguía explorando, pero ahora con más conocimiento de su entorno, combinando lo mejor de la ciudad y el pueblo en sus juegos y aventuras.

La familia Gutiérrez había traído consigo una mezcla de modernidad y frescura que, lejos de destruir las raíces del pueblo, las había fortalecido, haciendo de Santa Esperanza un lugar donde lo tradicional y lo nuevo convivían en armonía. Al final, comprendieron que no se trataba de cambiar completamente ni de imponerse, sino de adaptarse y encontrar un equilibrio entre lo que fueron y lo que podían llegar a ser.

**Escribí sobre migración en tiempos de guerra
tratando de rescatar las voces que fueron olvidadas.**



Luz Jazmín Núñez Ayala

13 años. Encarnación,
Itapúa, Paraguay.



La migración

POR LUZ JAZMÍN NÚÑEZ AYALA

En el año 1939, en Alemania, en la gran ciudad de Berlín, habitaba una pareja de alemanes llamados Hans y Greta, que eran conocidos más como la pareja Koch. Ellos tenían tres pequeños niños llamados Emma, Jonás y Paul. La pareja era muy feliz con sus pequeños hijos en la gran ciudad de Berlín. Pero todo cambió cuando empezó la Segunda Guerra Mundial.

Alemania, 30 de agosto de 1939.

En la radio no dejaban de transmitirse noticias sombrías, mientras la sombra de la guerra se extendía por toda Europa. Hans Koch apagó el aparato con un suspiro pesado y se sentó junto a su esposa, Greta. Sabían que su tiempo en Alemania se agotaba.

Desde hace meses, habían planeado dejar el país antes del 1 de septiembre. La situación política se deterioraba rápidamente bajo el liderazgo de Hitler, y el maltrato hacia los judíos y otros grupos perseguidos se intensificaba cada día. Aunque ellos no eran judíos, temían que quedarse en el país solo significara más peligro para sus tres hijos: Jonás, Emma y el pequeño Paul.

—Hans, ¿crees que estaremos a salvo? —preguntó Greta en voz baja, mirando hacia las habitaciones donde los niños dormían.

Hans no respondió de inmediato. Sabía que no podía prometerle nada. Habían escuchado rumores de que algunos países miraban con recelo a los alemanes que llegaban, temiendo que fueran espías o simpatizantes del régimen nazi. Y aunque la familia Koch repudiaba la ideología de Hitler, su origen podría ser suficiente para enfrentar desprecio en tierras extranjeras.

—Tenemos que intentarlo —dijo finalmente, tomando la mano de su esposa—. No podemos quedarnos aquí. Si nos quedamos, los niños no tendrán futuro.

Mientras sus padres hablaban, Jonás, el mayor de los hijos, escuchaba desde el pasillo. A sus 11 años, era lo suficientemente mayor para entender algunas de las palabras que sus padres susurraban. Sabía que no era un viaje de vacaciones como les habían dicho a él y a sus hermanos. La seriedad en el rostro de su padre y la preocupación constante de su madre lo habían alertado desde hacía semanas. Pero ahora, escuchando sus palabras, entendió que lo que estaba por venir no sería fácil.

Cuando el primer rayo de luz del 1 de septiembre cruzó el cielo gris de Alemania, la familia Koch ya estaba en camino hacia la estación de trenes. El corazón de Greta latía con fuerza, mientras Jonás miraba por la ventana, sabiendo que esta era la última vez que vería su hogar.

Jonás no dejaba de sentirse preocupado. Había oído hablar a sus padres sobre el miedo de ser rechazados en el país que iban, pero no comprendía por qué parecía que todos estaban en peligro. Sabía que Alemania estaba cambiando, que las cosas no eran como antes, pero no entendía completamente qué era lo que hacía que sus padres tuvieran tanto miedo. A veces deseaba que su papá o su mamá le explicaran más claramente, pero temía escuchar algo aún más aterrador de lo que ya sospechaba.

Cada vez que miraba a sus hermanos, jugando o dibujando sin preocupación, se preguntaba si ellos también sentían ese peso en el pecho. Tal vez era su responsabilidad, como hermano mayor, protegerlos. A pesar de no entender todo lo que pasaba, algo dentro de él le decía que lo peor estaba por llegar. Sin embargo, no podía dejar que su miedo fuera evidente. No quería preocupar a Emma o a Paul.

Salieron el 31 de agosto de Alemania. El viaje fue largo, pesado, cargado de silencio y miradas ansiosas entre Hans y Greta. Tras más de 14 horas de trayecto, por fin llegaron a su destino, pero no era el que habían planeado inicialmente. Las circunstancias y la falta de dinero los obligaron a improvisar. En lugar de llegar a Suiza, como habían pensado, su viaje terminó en Paraguay, un país que apenas conocían y donde no tenían familia ni contactos.

—Hans, no era aquí adonde íbamos a venir —dijo Greta con voz temblorosa cuando finalmente bajaron del barco y pisaron suelo paraguayo.

—Lo sé —respondió Hans, agotado—, pero no teníamos otra opción.

Nos quedamos sin suficiente dinero para continuar. Aquí tendremos que arreglárnoslas como podamos.

Los niños, ajenos a la angustia de sus padres, observaban el paisaje nuevo y extraño con curiosidad. Jonás, aunque aliviado de estar lejos de la guerra, seguía sin comprender del todo. Sabía que este no era su destino original y percibía la creciente preocupación de sus padres. Ahora se encontraban en un lugar completamente desconocido, con poco dinero y muchas dudas. Los próximos días serían un reto para los Koch, pero por el momento lo único que podían hacer era seguir adelante.

Al llegar a Paraguay, la familia Koch tuvo que enfrentarse a una serie de dificultades naturales para cualquier recién llegado. No tenían contactos ni un lugar permanente donde quedarse, y aunque la gente en el vecindario los miraba con cierta reserva, no sentían una hostilidad abierta. Simplemente, eran extranjeros en un país que aún aprendían a conocer.

Con el paso del tiempo, Hans, gracias a sus habilidades y estudios, consiguió ganarse la confianza de un empresario local, quien le ofreció un trabajo temporal. A partir de allí, las cosas comenzaron a mejorar para los Koch. Cada día, tanto Hans como Greta contribuyeron al lugar donde vivían, ya fuera a través de su trabajo o de las relaciones que construían con sus vecinos. Poco a poco, su presencia dejó de ser la de extranjeros desconocidos, y pasaron a ser parte de la comunidad.

—No es lo que esperábamos, pero al menos estamos juntos —dijo Greta, intentando encontrar consuelo mientras desempacaban sus pocas pertenencias.

Hans, siempre optimista, trataba de no dejarse abrumar por las circunstancias. Hans no solo había conseguido un lugar donde vivir, también había conseguido trabajo, solo que le preocupaba un poco que Greta no consiguiera, pero pensaba un poco en positivo. Con todos los estudios y preparación de Greta, parecía que conseguir empleo no sería un problema.

—Con tu formación, no tardarás en encontrar algo. Estoy seguro de que será algo temporal hasta que puedas ejercer en lo tuyo —le había dicho su esposo al entregarle las llaves del apartamento a su esposa.

Greta, aunque más cautelosa, sentía un rayo de esperanza. Sabía que

ella era inteligente y que sus estudios podrían abrirle puertas en este nuevo país. Los Koch, a pesar de las dificultades, estaban decididos a comenzar de nuevo. Lo único que les quedaba era aferrarse a esa pequeña oportunidad y esperar que la vida en este nuevo lugar les ofreciera el futuro que tanto anhelaban para sus hijos.

Al principio, la vida en Paraguay no fue fácil. A pesar de las miradas curiosas y la barrera del idioma, los Koch no dejaron que la desconfianza los detuviera. En cada oportunidad que se les presentaba, se esforzaban por integrarse. Greta se encargó de ayudar en lo que podía en la comunidad, mientras que Hans, con su conocimiento en ingeniería, encontró formas de colaborar en varios proyectos locales.

Sin necesidad de llamar la atención, la familia comenzó a transformar su entorno, demostrando que, aunque venían de lejos, tenían mucho que ofrecer. Su empeño, su deseo de crear una vida mejor para sus hijos y su capacidad para adaptarse les permitió no solo sobrevivir, sino también prosperar en su nuevo país.

Los meses pasaron y la situación de la familia mejoró significativamente. Gracias a sus empleos, lograron inscribir a sus hijos, Jonás, Emma y Paul, en una escuela privada. Algo que jamás habrían imaginado en sus primeros días en América Latina. Sin embargo, aunque las cosas parecían ir bien, los padres, Hans y Greta, temían que, al ser extranjeros y hablar con un acento diferente, sus hijos pudieran ser objeto de desconfianza o ser tratados de manera injusta por los otros niños en la escuela. Aunque sus hijos eran brillantes y adaptables, sabían que los niños a menudo pueden ser crueles con lo que no comprenden.

—¿Y si Jonás tiene problemas para adaptarse? Es el mayor, y los otros niños pueden ser crueles —decía Greta con el ceño fruncido.

—Tendremos que estar atentos —respondía Hans, preocupado también—. Lo importante es que se sientan seguros y sepan que estamos aquí para ellos.

Los primeros días de escuela fueron tensos para los padres. Sin embargo, para su sorpresa, sus hijos no sufrieron ningún tipo de maltrato. Al contrario, los niños fueron recibidos con amabilidad. Jonás rápidamente hizo nuevos amigos, y aunque al principio fue tímido, pronto se sintió

parte del grupo. Emma, con su carácter alegre y curioso, se integró fácilmente, y el pequeño Paul, con su naturaleza juguetona, se ganó el cariño de sus compañeros.

—Mamá, ¡todos son muy amables! —dijo Emma un día al llegar a casa—. Me ayudaron a encontrar mi salón y me dijeron que querían jugar conmigo en el recreo.

Hans y Greta, aliviados, se miraron con una sonrisa. Habían temido lo peor, pero la realidad les había mostrado que sus hijos eran más fuertes de lo que pensaban. La familia Koch había logrado no solo sobrevivir a la guerra y adaptarse a un nuevo país, sino que también estaban prosperando. Y lo más importante, sus hijos estaban creciendo en un entorno seguro y lleno de oportunidades.

A pesar de los temores iniciales, la familia Koch prosperó en su nueva vida en Paraguay. Hans y Greta trabajaban en empleos estables, y sus hijos se integraron a la escuela sin problemas. Los años pasaron, y los tres pequeños crecieron en un entorno seguro y lleno de oportunidades.

Jonás, Emma y Paul habían dejado atrás su niñez, convirtiéndose en adolescentes responsables y curiosos, listos para enfrentar nuevos retos. Pero, a medida que crecían, las preguntas sobre su origen y el motivo de su partida de Alemania comenzaron a surgir.

Los Koch siempre habían hablado poco sobre los verdaderos motivos de su huida, queriendo proteger a sus hijos de los horrores de la guerra. Pero ahora, sabían que ya no podían seguir ocultando la verdad. Era el momento de que los niños conocieran por qué se habían visto obligados a dejar su país de origen.

Una tarde de otoño, mientras la familia cenaba junta, Hans y Greta se miraron en silencio antes de tomar la decisión de hablar con sus hijos.

—Hay algo que deben saber —comenzó Hans, su voz más seria de lo habitual—. No nos fuimos de Alemania simplemente por una aventura o porque quisimos buscar un nuevo futuro. Nos fuimos porque el país estaba en guerra, y la vida allí se volvía cada vez más peligrosa.

Jonás, que ya tenía 18 años, fue el primero en reaccionar, aunque lo que escuchaba no era del todo inesperado. Siempre había sospechado que había algo más detrás de la decisión de mudarse. Ahora, al escuchar los

detalles de las atrocidades de la guerra y la persecución en Alemania, comprendió la gravedad de la situación que sus padres habían enfrentado.

—¿Por qué nunca nos lo contaron antes? —preguntó Emma, con los ojos llenos de curiosidad y un toque de tristeza.

—Eran demasiado pequeños —respondió Greta, con la voz suave—. Queríamos que crecieran sin esa sombra sobre sus vidas. Fue una época oscura, y no queríamos que cargaran con ese peso desde niños.

Paul, que era el más joven, también se mantuvo en silencio, procesando la información lentamente. Sus padres le contaron sobre las crecientes tensiones en Alemania, la violencia, el miedo a ser perseguidos y cómo, aunque no eran judíos, temían por su seguridad.

—Pero ya no es el mismo país —dijo Hans, mirando a sus hijos—. Ha cambiado mucho desde que nos fuimos.

Fue entonces cuando plantearon la idea de regresar a Alemania, aunque solo por un corto tiempo. Había pasado más de una década desde que los Koch habían dejado su tierra natal, y sentían que era el momento adecuado para que sus hijos conocieran de dónde venían y para reconectar con los seres queridos que aún vivían allí.

—Queremos que vean con sus propios ojos lo que dejamos atrás —dijo Greta—. Y hay familiares que no hemos visto en mucho tiempo, y que ustedes apenas conocen.

Aunque al principio la idea de regresar a Alemania despertó algunas dudas en los hijos, al final todos estuvieron de acuerdo. Sabían que ese viaje sería una oportunidad para entender mejor su historia familiar y el pasado que sus padres habían ocultado durante tantos años.

El viaje a Alemania fue un evento emocional. Los recuerdos de Hans y Greta se mezclaban con la realidad de un país que había cambiado mucho desde que lo dejaron. Visitaron viejos amigos y familiares, algunos de los cuales apenas habían podido comunicarse durante la guerra y sus secuelas.

Para los niños, era como descubrir una parte de su identidad que hasta entonces había estado enterrada. Jonás, Emma y Paul caminaron por las calles que sus padres habían recorrido en su juventud, visitaron la casa en la que habían vivido y escucharon historias sobre el pasado de la familia.

La experiencia no solo les ayudó a comprender el sacrificio que sus padres habían hecho para darles una vida mejor, sino que también les permitió conectar con sus raíces de una manera profunda.

Con esta historia podemos ver el impacto que da la migración positivamente, el miedo de algunas familias en ese entonces de ser rechazadas, la incertidumbre, el crecimiento y la madurez y el reencuentro de raíces.

Con este cuento quise mostrar que todos con esfuerzo y colaboración podemos hacer grandes cambios en nuestro entorno. La voluntad de servir y la solidaridad son la clave. Sin importar el lugar de origen podemos ser agentes de cambio y construir un futuro mejor en beneficio de toda la humanidad.



Tiziano Almaraz

12 años. San Miguel de Tucumán,
Tucumán, Argentina.



El puente invisible

POR TIZIANO ALMARAZ

Río Claro era un pueblo pequeño, y la sequía tenía a todos preocupados. Las cosechas no daban lo suficiente, y la gente vivía con la angustia de no saber qué hacer.

Un día, llegó al pueblo una familia migrante: Aisha, su esposo Tariq y su hija Leila. No traían mucho, solo una maleta y cansancio en los ojos. La gente los miraba con desconfianza, como suele pasar con los desconocidos.

Aisha observaba el río que pasaba por el pueblo. Aunque había poca agua, sabía que se podía aprovechar mejor. Un día, se acercó a Joaquín, el hombre mayor que todos respetaban.

—He estado pensando —dijo, con voz suave—. Podríamos construir canales para guardar el agua cuando llueva.

Joaquín la miró con desconfianza, pero al final suspiró.

—No perdemos nada intentándolo —dijo.

Aisha y Tariq, con la ayuda de algunos vecinos curiosos, empezaron a trabajar. Construyeron pequeños canales para recoger el agua del río. No fue fácil, pero con el tiempo lo lograron.

Cuando llegó la siguiente sequía, las cosechas no se marchitaron. Había agua para regar los campos, y el pueblo se dio cuenta de que esa familia que había llegado con tan poco les había traído una solución.

Joaquín se acercó a Aisha un día, mientras observaba los campos verdes.

—Gracias —dijo, con una sonrisa sincera.

Aisha sonrió también.

—Lo hicimos juntos —respondió.

A partir de ese momento, ya no eran extraños. Eran parte de Río Claro.

Desde chica me sentí muy atraída hacia lo que pasa cuando una persona migra, ya que mi abuela tuvo que migrar desde España a los 19 años, cuando su papá escapaba de la guerra por ser militar.



Martina Muro

13 años. Rawson,
San Juan, Argentina.



La importancia de saber querer

POR MARTINA MURO

Ameena recordaba que hace unos catorce años, en Somalia, vivía junto a su hermano y su mamá. Era feliz junto a ellos, la familia atravesaba una pequeña crisis económica, pero nada que los pueda separar.

Todo era genial para esta pequeña, pero en cuestión de tiempo todo cambió.

El año llegó con la noticia que cambiará su vida. Una crisis alimentaria arrasaba con África oriental. Eso significaba solo una cosa, que tendría que migrar, dejar su mundo atrás, su casa, sus amigos, su lugar seguro.

Esta idea fue para ella como una enorme bomba de tristeza, su mamá se encontraba desconsolada, pues no sabía de dónde sacar el dinero para viajar a un lugar distinto.

En el pueblo se hablaba de una única salida. Dentro de varios días una camioneta saldría a buscar a las personas que migrarían ilegalmente. La familia de Ameena tomó la decisión de subir a esta camioneta y tener fe en llegar a otro país sanos y salvos.

Acordaron en encontrarse en un callejón de tierra en altas horas de la madrugada. La familia llevaba una bolsa precaria hecha con sábanas en la cual metieron botellas de agua y algunas cosas de comida indispensables.

Tenían que llevar ropa parecida a la de los ricos, ya que así se mezclarían con los que todavía recibían alimentos y dinero, y podrían no darse cuenta de lo que estaba por pasar.

Al llegar, Kato, el hermano de la niña dijo:

—Mamá, ¿qué estás pensando?

—Nada hijo, tendremos que viajar, pero tu hermana y yo siempre estaremos para cuidarte.

El niño seguía sin entender, pues tenía solo cuatro años. Y ver a tanta gente llorando y subiendo a una camioneta tan grande era desesperante.

Esto era muy diferente para Ameena, pues tenía siete años y estaba feliz. No entendía del todo lo que estaba ocurriendo en su amada casita, y para ella esto era como una aventura más, como aquellas de dos años atrás en la que era feliz con su mamá corriendo por los alrededores de su hogar.

La gente, al ser tanta, se amontonaba para entrar, lo que dejaba a personas lastimadas, ya que al empujar iban cayendo y podían ser pisadas. Esto le preocupó a la niña, y le pidió a su mamá si podían ponerse al final de la fila, para no sufrir ningún incidente y poder ayudar a los heridos con más facilidad.

Kira se sorprendió mucho al oírla. ¿Cómo una niña de siete años podía razonar tanto? La mamá cedió al instante, Ameena le había conmovido el corazón queriendo ayudar a los demás, y esto hizo que Kira reuniera más fuerza de voluntad para seguir adelante.

Ya en la camioneta el ambiente era diferente, se basaba en tristeza y esperanza. El viaje tardó aproximadamente cuatro horas. Kato durmió las últimas dos horas de viaje mientras Ameena jugaba con su peluche de apegó, el cual había insistido en llevar.

De pronto se encontraron con un bosque que debían atravesar. Los primeros veinte minutos de caminar, observaron diferentes especies de bichos venenosos. Uno le picó a una mujer de no más de veinticinco años, la cual estaba embarazada. Este suceso hizo que Ameena tuviera un pequeño ataque de pánico, pero Kira supo cómo calmarla dándole un abrazo reconfortante y unas palabras de aliento.

La niña era muy unida a su madre; sabía que mamá estaba cuando lo necesitara, y si ella no podía hacer nada, con un abrazo solucionaba todo.

Luego de cuarenta minutos caminando y cinco personas desmayadas, Kato se sintió frustrado por caminar tanto y no poder jugar. Y tenía razón para sentirse así, él era un niño chico que quería disfrutar su infancia.

Ameena se las ingenió para poder ayudar a su hermano y con un palo, una hoja de árbol y un pedazo de piedra le construyó un muñe-

quito que lo distrajo por un rato. Estaba claro que ella amaba a Kato y haría todo para que él esté feliz.

Cuando por fin llegaron a la orilla del mar Rojo, se enteraron de que una persona había muerto en el camino. Kira estaba desesperada con la idea de que algo les pasara a sus hijos, cargaba con la culpa de separarlos de su casa y no dejarlos disfrutar su niñez.

Ameena y Kato habían ido con un señor que llevaba a los niños a buscar algo de comida. En el camino, la niña vio una rama con una forma muy hermosa, parecía la forma de un corazón. Ella junto a su hermano la decoraron con una hoja verde y larga en el camino y decidieron regalársela a mamá.

Luego de cinco minutos llegaron junto a su mamá y le dieron la sorpresa. Ella se puso a llorar de felicidad, ya que sus hijos con muy poco le quitaron las preocupaciones que tanto le molestaban.

Una alarma los sacó de su burbuja familiar, esto significaba que se tenían que subir a un contenedor y así poder atravesar aquel mar y llegar a su nuevo país: Arabia Saudita. Solo existía un pequeño problema: había poca comida y el viaje duraría al menos seis horas. Kira estaba al tanto de esto, por eso sacó de la bolsa que trajo de casa botellas de agua para repartir, ya que para eso las había estado guardando.

En el contenedor había al menos 30 personas, eran menos que al hacer la caminata, ya que al desmayarse algunas decidieron regresar. Luego de tres horas dentro, la gente empezaba a marearse por el movimiento. Los niños lloraban, los grandes vomitaban, esto era una imagen desagradable para todos los que todavía estaban sanos.

La niña, al ver esto, sintió asco, y tuvo que vomitar a un costado. Esto no era bueno, porque significaba que había expulsado el único alimento que tenía y bajaba todas sus defensas. Kato, al ver que su hermana estaba mal, le dio su muñeco para que la cuide, y Kira le dio la única banana que les quedaba.

Dos horas más tarde el ambiente se había calmado un poco, ya todos habían decidido descansar antes de llegar al destino. Mientras Kira descansaba, Ameena y Kato jugaban con sus muñecos y cada tanto llamaban a otro niño triste para jugar juntos.

Luego de seis horas encerrados, por fin llegó el momento de bajar. La gente se despertaba y salía velozmente hacia un camino en el cual esperaba otra camioneta, mientras que los niños saltaban de felicidad ya que por fin habían llegado.

La camioneta se encontraba un poco alejada, pero nadie sabía lo que estaba por ocurrir. Al cabo de unos segundos de estar caminando, se escuchó el ruido de una sirena. ¡ESTABA LA POLICÍA!

La gente entró en desesperación absoluta, todos corrían, niños caían, pero la familia de Ameena en medio de todo el caos se había quedado paralizada, sabían que no importaba lo que hiciesen pues iban a tener un castigo.

Kira abrazó a sus amados hijos y esperó a que los llevaran, pero no, no ocurrió nada. El policía llegó con una bandeja de alimentos y los invitó a subir a la camioneta para poder llevarlos al destino final.

Trece años después, Ameena ya había reconstruido su vida en Arabia, incluso estaba casada con un chico veinteañero llamado Raed. Juntos habían creado un pequeño puestito de comida somalí, era chiquito pero la poca gente que se acercaba aseguraba el arte de la chica en el aspecto gastronómico. Luego de tantos halagos, Ameena decidió inscribirse en un concurso de comida, el cual constaba de tres partes. Ella no pensó en si ganaba o no, lo único que le interesaba era descubrir nuevos mundos dentro del arte culinario.

La chica siempre tuvo presente aquellas palabras que le dijo su mamá antes de fallecer: “Sueña y lo lograrás, pero siempre desde la humildad”.

Kira murió un año atrás, por culpa de cáncer al pulmón. Cuando esto ocurrió, la niña estaba terminando la carrera de Medicina, pero gracias a esto no la pudo finalizar. Por eso armó su puestito, para lograr pagar su carrera y ser una profesional, como tanto había soñado de chica. Lo que no esperaba era que le vaya tan bien en el aspecto de la gastronomía, de chica le encantaba cocinar comidas típicas somalíes junto a su mamá, pero nunca pensó en trabajar de ello.

Tres meses después comenzaba la primera instancia del concurso, que constaba en recrear una comida típica de un país a elección. Aquí era donde se definiría quién entraba y quién no.

Tenían que hacer una larga fila alrededor de unas mesas puestas una al lado de la otra, y sobre ellas se encontraban un plato y tres ingredientes: harina, arroz y carne. Solo podían elegir uno, y tenían cinco minutos para buscar los demás ingredientes que necesitaban.

Ameena eligió la harina para hacer baasto, una especie de espagueti somalí. Y en los 5 minutos buscó tomate, aceite de girasol, carne para hacer albóndigas, ajo y algunas especias.

Este plato sorprendió al jurado y pasó directamente a la segunda etapa. Eran al menos cincuenta personas que tenían que recrear una comida que proponían los jueces; solo pasarían diez a la siguiente instancia.

El plato en cuestión era un cordero, cada uno le podía agregar lo que quería. La chica creó una ensalada con condimentos, la cual quedó exquisita. No fue el mejor plato pero quedó en la final, definitivamente no podía creer que lo había logrado.

En la noche de ese día, Ameena soñó con su mamá, era extraño porque le decía que lo iba a lograr y que sería una persona muy exitosa. Cuando despertó, lo primero que hizo fue buscar una foto de su mamá para ponerla en la bolsa que llevaría, ponerse la mejor ropa que encontró, saludar a su pareja y así se dispuso a ir al lugar donde se disputaría la gran final.

Al llegar, se colocó en el lugar correspondiente, allí había una cajita con presentes por haber llegado a la final con un carta de un familiar. Esa carta era de su hermano Kato, que se encontraba en un viaje con la escuela en Argentina; le mandaba felicitaciones y mucha suerte.

Ameena se puso muy feliz y se dispuso a prestar atención a lo que contaba el jurado que iba a suceder ese día. Tenían que crear tres platos y el mejor sería llamado el mejor chef joven del año cursante. Esta etapa sería transmitida en cadena nacional, por lo tanto, el ganador sería muy reconocido por el resto de su vida.

La chica hizo un arroz muy famoso en Somalia, una pasta con distintos condimentos de su país y una especie de sándwich de carne, pero con el tipo de pan que le había enseñado su mamá a hacer de pequeña. Cuando ya lo tenía listo, hubo que esperar media hora hasta que los jurados los llamaran. En la espera se hizo amiga de un chico, quien casualmente también venía de África.

Cuando los llamaron, iban nombrando los tres primeros puestos de atrás para delante. Ameena iba perdiendo la fe cuando nombraron el segundo puesto, pero lo que nunca pensó es que la iban a nombrar a ella:

—Y la ganadora es... Ameena Rodríguez.

—Muy bien amiga, ganaste, ¡pasa! —me animó el chico africano.

—Está bien, no lo puedo creer —contesté llorando.

Cuando le entregaron el premio, un cheque de 1.000.000 de riyales, recordó a su mamá y no dudó en pensar que ella la había ayudado con sus palabras en el sueño.

Luego de tantos años pasados desde aquel día, Ameena se había convertido en una famosa chef impulsora de la gastronomía somalí. Ella ya no era la participante de los concursos, ahora formaba parte del jurado.

La familia te acompañará siempre, en momentos malos y buenos también.

Escribir siempre es una curita para el corazón, una forma de expresar lo que sentimos de otra manera. Incluso, sin darnos cuenta, todo aquello que queda plasmado en la hoja es un pedacito de nuestros recuerdos, de personas que fueron y que son importantes para nosotros, de creencias y de historias que nos contaron. Nos permite dejar testimonio de momentos únicos e irrepetibles, y contarle al mundo todo lo que tenemos para decir, que seguro es mucho.

Agradezco la posibilidad y el espacio brindado para poder conectar con nosotros mismos y con todos los personajes que cobraron vida en nuestros cuentos. Particularmente, en este caso, con las historias de miles de valientes que arriesgaron todo para volver a empezar, para dar todo a su familia, y para demostrar todo lo que tenían para ofrecer.

Esta historia es para mis abuelos, quienes dulcemente me acompañan siempre con sus mimos y sus abrazos. Para mis papás, que me enseñaron a seguir siempre mis sueños y son mi lugar seguro. Para mi hermano y toda mi familia, que los amo con todo mi ser. Gracias por esta oportunidad única.



Mora Alfaya

16 años. San Carlos de Bariloche,
Río Negro, Argentina.



Una pizquita di sale

POR MORA ALFAYA

Crecer escuchando cuentos es, sin duda, lo más mágico que existe. El momento de acostarnos calentitos en la cama, esperando que mamá y papá se sienten para abrir un mundo lleno de aventuras, en el que hadas y piratas se enfrentan en busca del país de Nunca Jamás, y las princesas bailan hasta el anochecer en busca de su príncipe azul. Irse a dormir con una sonrisa dibujada, sabiendo que lo próximo sería soñar con formar parte de dichas historias.

En mi caso, al cerrar los ojos, veía un barco cruzando el Atlántico, y acercando a miles de personas a una nueva oportunidad, una mejora en sus vidas.

Lo próximo que avistaba era la avenida Corrientes, plena Ciudad de Buenos Aires, con un castillo un poquito diferente al que nos solemos imaginar. Una edificación que resaltaba e irradiaba brillantez, llamando la atención de cada persona que pasaba frente a este. No he de mentir, había gente que seguía de largo.

Sin embargo, a través de sus cristales, los que tenían la suerte de verla a ella, no podían cometer el semejante error de no entrar. Me imagino que se preguntarán a quién me estoy refiriendo, pero sé que se dan una idea.

Describirla sería limitarla, porque era una mujer única. Todo en ella era arte, el auténtico arte italiano: sus manos de trabajadora, indicando cada obra maestra que amasó; su pelo blanco como la harina, atado siempre en un fino rodete; sus ojos azul petróleo, reflejando siempre el vasto océano que tuvo que atravesar en busca de un sueño, y su precioso delantal bordado a mano, lleno de flores de colores.

—¡Sacá los vigilantes del *forno* que se van a quemar, *nipote*!

Jueves por la tarde, día lluvioso... ¿Qué más lindo que ayudar a la abuela a cocinar para la panadería?

Realmente, nada me hacía más feliz. Cada minuto con ella significaba una cura para el corazón, y también para la panza. Sé que todos piensan que sus abuelas son las mejores cocineras del mundo, pero créanme que el premio mayor me lo llevo yo. Mi abuela era como el hada madrina de la gastronomía, pero la diferencia es que con una simple calabaza no hacía una carroza, sino una sopa crema que era capaz de deleitar a cualquiera, incluso a los más exigentes paladares.

Hoy era día de cocinar vigilantes, la especialidad de la abuela. Desde que tengo uso de razón espero las mañanas y tardes para poder degustarlos, ¿cómo una mezcla tan sencilla puede alegrarnos y hacernos tan bien al corazón?

Al levantar la vista, colgado sobre el marco de madera de la ventana, se encontraba anotada en una servilleta la receta original que la había acompañado desde su ciudad natal, Torino. Dicho pedazo de papel había marcado un antes y un después en su vida, brindándole la posibilidad de que las personas de su alrededor pudieran tener una experiencia grata de recordar, un mimo al alma.

—Ya te *la sai* de memoria, Federico, ¿*perché* mira tanto *la ricetta*?

—Pasa abuela que no puedo creer la importancia que tiene ese papelito en nuestra vida, deberíamos darle más valor. La gente debería saber de su existencia, su origen. ¡De dónde salió el éxito de la panadería más reconocida de todo Buenos Aires!

—*Mio piccolo*, nuestra clientela sabe la *nostra storia*.

—Lo sé abuela. ¿Pero no te gustaría dejar un registro que perdure para siempre? ¡Tu historia es digna de conocer! ¿Cuántas noches pasaste contándome tus mil y una aventuras hasta lograr que me durmiera con una sonrisa? ¿No te gustaría que el resto escuchara tus cuentos?

—¡*Mio ragazzo!* Esa cabecita siempre me sorprende. ¿*Che cosa stai pensando?*

—¿Querés que te cuente?

Antes de darme una respuesta, mi ingeniosa abuela metió su dedo índice en mi mezcla, y me dijo con una cara sonriente:

—¡*Sto muero per ascoltarla!* *Ma* le falta una pizquita *di sale*.

—¡Sos tremenda, abuela!

Esa noche no pude dormir. Mil ideas revoloteaban mi mente, y esperaba ansioso la mañana para poder contarle a mi abuela todo lo que se me había ocurrido. El hecho de poder dejar un testimonio de toda la vida de Donna me parecía fascinante, y tener la posibilidad de poder inmortalizar sus recetas para que generaciones futuras pudieran mantener viva su querida panadería significaba muchísimo para nuestra familia.

A la mañana siguiente, decidí levantarme una hora antes de lo común. Quería sorprenderla. Por esa razón, me puse manos a la obra y comencé a preparar la levadura para poder hornear unos deliciosos panes, su desayuno favorito.

Mientras leudaban, me detuve a admirar la gran cocina de mi abuela, su lugar en el mundo.

¿Qué habrá pasado por su mente el primer día que cocinó en este lugar? Los estantes y la mesada de madera de roble tallados a mano por mi propio abuelo, don Mateo, más argentino que el dulce de leche. Fue un hombre hecho y derecho, cuyo amor por su familia fue su pilar esencial. Quedó atrapado en las redes italianas en el año 1928, y desde entonces su vida tomó color. La amó muchísimo, más de lo que se puedan imaginar. Es por eso que, juntos, lograron que su amor diera forma a una panadería que superó todas las expectativas de las personas.

Ese espacio en el que me encontraba me reconfortaba, me hacía sentir seguro. Cada cortina tejida a mano que adornaba las ventanas, cada pintura al óleo de los puertos italianos y los infinitos cuadros que portaban imágenes congeladas en el tiempo. Era nuestro hogar.

Luego de media hora, el desayuno estaba listo para servirse: cuatro tostadas con dulce de ciruela y manteca junto con un *ristretto*, el esencial de mi abuela. Al llevárselo a su habitación, me llamó la atención que todavía no se hubiera despertado, ya que solía madrugar para cocinar.

—¡Buen día, Bella Durmiente! Hermosa mañana, ¿verdad?

—Federico, *¿dove siamo?*

—¿Cómo que dónde estamos, abuela? En tu casa. No hubo respuesta. Algo andaba mal.

—*¡Buongiorno!* *¿E Mateo?*

—¿El abuelo? ¿Qué estás diciendo, abuela?

—¿E dónde está mi *marito*?

Lo próximo fue un largo y frío pasillo blanco, con hombres y mujeres con una clara preocupación en su rostro, con ropas de un blanco radiante y preocupante; corriendo de acá para allá. Sentí un vacío en el pecho inexplicable, una angustia que se apropió de todos mis pensamientos. ¿Por qué nos tenía que pasar esto a nosotros?

No quería escuchar lo que ese médico tenía para decir, prefería quedarme con la duda.

—Donna tiene un trastorno cerebral irreversible y progresivo, va ir perdiendo la memoria.

Sentí que se me cayó el mundo. Mi cómplice, mi maestra, mi inspiración, mi abuela... Ella se olvidaría de todo, su papel quedaría en blanco cuando, en realidad, tenía miles de hojas escritas. Esa tarde fue diferente: nadie cocinó, nadie preparó mate y no hubo risas ni anécdotas. Mi café sabía más amargo que nunca, y le había agregado muchísimo azúcar.

Donna seguía haciendo preguntas sin sentido, no sabía ni dónde estaba. Sin embargo, esta situación no nos impediría llevar a cabo el proyecto que teníamos juntos. De alguna manera, la ayudaría a que pudiera recordar, por lo menos un poquito, de lo fabulosa que su vida había sido.

En algún lugar debía de haber algún indicio que me permitiera ayudarla a volver a sus años dorados, a los cálidos abrazos del abuelo, y a las eternas tardes cocinando sus queridos vigilantes, sin olvidar su “pizquita *di sale*”.

De repente, sin siquiera haberlo pensado, me encontraba frente a una puerta cuyos bordes estaban decorados con unos finos y hermosos narcisos, pintados por ella. Su cuarto era mi lugar favorito de la casa. Siempre calentito, con un aroma muy delicado a vainilla.

Al ingresar en su habitación, consideré que lo más prudente sería entrar en la magia de su biblioteca, su mayor tesoro. Lo primero que llamó mi atención fueron las páginas amarillentas y palabras en tinta azul manuscritas abrazadas por una opaca tela aterciopelada de un bordó antiquísimo: “*Storia dell’eternità*”, de Jorge Luis Borges.

Por alguna razón, sentí que era sumamente especial para ella. Dentro, se podía apreciar la delicadeza con la que lo trató. Más allá del paso

del tiempo, se mantenía intacto. Al pasar las páginas, descubrí que databa del año 1937. Debajo de ese número, una antigua y oxidada llave colgaba de un hilo. Al observarla, llegué a la conclusión de que era la clave para poder abrir su cajita de música, su objeto máspreciado.

En su interior se podía apreciar una bailarina de porcelana congelada en el tiempo, que danzaba y giraba siguiendo las vibrantes notas de una clásica melodía italiana. Una lágrima resbaló por mi mejilla, y un sentimiento nostálgico invadió mi corazón. Decenas de cartas estaban cuidadosamente ubicadas en su interior, con miles de postales con dedicatorias. Sin embargo, lo más fructífero para mí fue aquel cuadernito de corcho en el que había documentadas distintas direcciones. Eran de Buenos Aires.

Sin perder el tiempo, la llevé a Donna al primer destino que figuraba en este: San Telmo. Una pequeñísima casita de ladrillo se encontraba delante de nuestras narices. Ella había vivido ahí en un primer momento, fue su primer hogar y probablemente en su interior se encontraba la cocina en la que se habían originado sus más clásicas delicias. Para mi sorpresa, mi abuela no emitió palabra. De igual manera, pude percibir algo en su mirada, sabía muy bien dónde se encontraba.

A continuación, la calle Jorge Luis Borges. Sabía que no era casualidad. Dicho autor significaba mucho en su vida, y la había acompañado en todas sus etapas. Mi abuela lloró, y sin decir nada me dio uno de esos abrazos que recibía de chiquito, y no pude contener la emoción. Nuestro viaje había terminado, y no estaba seguro si había resultado. Igualmente, sabía que para ella marcó un antes y un después, un viaje en el tiempo.

Los meses pasaron y, para mi sorpresa, nuestro sueño se concretó: doscientas cincuenta y seis páginas que llevaban el legado de una persona que dio su vida para dejar una pizquita de magia en cada persona que la conocía. Cada sonrisa, cada historia... Dejó una marca en todos nosotros, y fue capaz de traernos un pedacito de Italia en cada bocado y en sus emocionantes y característicos relatos.

Es por eso que, si pasan por la avenida Corrientes y necesitan un mimo para el corazón, nuestras puertas estarán siempre abiertas de la

misma manera en que nuestro país lo estuvo para Donna Altieri hace tantos años.

¿Cómo estaba mi abuela? Como era de esperar, la situación no mejoró. Cada día iba perdiendo pequeños fragmentos de su pasado, que se iban esfumando en el tiempo. Sin embargo, por más que ella no lo admitiera, yo estaba seguro de que seguía siendo exactamente la misma persona de siempre.

- Probá cómo quedaron los vigilantes, tana. Te van a encantar.
- Piccolo mio, ¡sono deliziosi! Per me le falta una pizquita di sale.*
- ¡Te extrañaba tanto!

¿Pueden adivinar qué nombre recibió su libro de recetas?

Para mí, las migraciones son como los viajes de Elizabeth y Ethan: un salto al vacío lleno de sueños y esperanza. Es increíble pensar en todas las historias que cada persona lleva consigo al cruzar fronteras, historias que, cuando se comparten, conectan culturas y corazones. Migrar no es solo cambiar de lugar, es buscar un futuro mejor, aportar algo único al mundo y demostrar que, a pesar de las diferencias, todos podemos construir algo hermoso juntos.



Guadalupe Jazmín Moyano

16 años. Godoy Cruz,
Mendoza, Argentina.

María Florencia Privitera

16 años. Godoy Cruz,
Mendoza, Argentina.



Bajo el cielo de dos mundos

POR GUADALUPE JAZMÍN MOYANO Y MARÍA FLORENCIA PRIVITERA

Había una vez dos mundos separados por vastos océanos y montañas. En uno, la tierra olía a especias y aventuras. En el otro, las ciudades brillaban con luces eléctricas. En ambos mundos, latía un deseo común: el anhelo de un nuevo comienzo.

En el mundo de las especias vivía Elizabeth, una joven intrépida que soñaba con cruzar los mares. Fascinada por los relatos de los ancianos, su piel tatuada con historias y sus ojos brillaban con la promesa de lo desconocido. Para ella, la migración era una necesidad.

Una tarde, mientras observaba el atardecer desde un acantilado, Elizabeth se encontró con su abuela.

—Elizabeth, ¿dónde estás con la mente? Veo que el viento de la aventura sopla fuerte en ti.

—Abuela, ¿hay algo más allá de las olas? —dijo Elizabeth susurrando—. Algo que nos espera en el otro lado.

—Oh, querida, el mundo es vasto y lleno de secretos. Los antiguos decían que más allá del océano hay tierras donde los árboles cantan y las estrellas se reflejan en lagos de plata. Pero también hay peligros. ¿Estás dispuesta a enfrentarlos?

—Sí, abuela. Quiero ver esas tierras, sentir la arena bajo mis pies y escuchar las canciones de los árboles. Quiero ser parte de una historia más grande que la nuestra.

A miles de kilómetros, en el mundo de las luces eléctricas, Ethan era un científico apasionado. Pasaba sus días en el laboratorio, pero su corazón anhelaba más que fórmulas y ecuaciones. Soñaba con un misterio que trascendiera las leyes de la física.

—¿Qué hay más allá de las estrellas, papá? ¿Hay otros mundos, otras civilizaciones? —preguntaba Ethan, mientras observaba el cielo nocturno desde su ventana.

—Las estrellas nos guían y desafían —respondió el padre—. Algunos creen en portales hacia otros universos, pero eso es poesía. La ciencia nos dice que busquemos respuestas en la física cuántica.

—Pero, papá, ¿no creés que hay algo más? Algo que no podemos medir con ecuaciones.

Un día, el destino unió a Elizabeth y Ethan en el mismo barco. Ella buscaba explorar el mundo, y él seguía una pista sobre una reliquia. Al cruzar sus miradas, parecía que el universo había conspirado para juntarlos.

Durante las noches en altamar, Elizabeth y Ethan compartieron historias. Ella habló de leyendas de dragones y amores imposibles, mientras él le contó sobre las constelaciones y los misterios del cosmos.

—Siempre he creído que cada estrella tiene una historia —dijo Elizabeth—. Tal vez nuestras historias están conectadas de alguna manera.

—Me fascina cómo nuestras vidas pueden entrelazarse, como hilos invisibles en el vasto tapiz del universo —respondió Ethan.

—Mirá cómo brilla la nieve bajo la Luna. Es como si el mundo estuviera hecho de diamantes.

—Y cada estrella en el cielo es un recordatorio de que hay infinitas posibilidades, Elizabeth. Nunca dejemos de explorar.

No solo exploraron el mundo físico, sino también sus corazones. Se enamoraron bajo el cielo estrellado, compartiendo risas y lágrimas. Elizabeth enseñó a Ethan a bailar, y él le mostró cómo las constelaciones podían guiarlos.

—Así es como mi gente celebra la vida —le dijo Elizabeth bailando—. Siente el ritmo, Ethan.

—Es hermoso. Nunca había experimentado algo así. La ciencia puede ser fría, pero este momento... es pura magia.

Mientras se acercaban, hablaron de sus sueños. Elizabeth quería compartir su cultura y las historias de su gente, mientras que Ethan soñaba con un mundo donde la ciencia y el arte se unieran para crear un cambio positivo.

—Quiero que las generaciones futuras conozcan la historia de nuestra tierra, la belleza de nuestras tradiciones —dijo Elizabeth.

— Y yo quiero que la ciencia impulse a nuestra sociedad hacia adelante, pero también que reconozcamos la importancia de la diversidad cultural. Juntos, podemos hacerlo.

Con el tiempo, Elizabeth y Ethan se volvieron leyenda. Los ancianos contaban su historia, recordando que el amor y la curiosidad trascienden fronteras. El 11 de octubre, cuando encontraron el collar, se convirtió en el Día de la Memoria y la Acogida, celebrando a migrantes y refugiados, y recordando la grandeza del mundo.

— Debemos compartir nuestras historias, Ethan. A través de ellas, podemos inspirar a otros.

— Sí, y el 11 de octubre será un símbolo de unión. Celebraremos la diversidad, la valentía y las contribuciones de todos los migrantes.

Después de muchas aventuras, Elizabeth y Ethan decidieron que era hora de regresar a sus respectivos mundos. Elizabeth se despidió de Ethan en la playa donde habían llegado juntos.

— Nunca olvidaré lo que hemos vivido, Ethan. Gracias por mostrarme que la ciencia y el amor pueden unirse.

— Y yo nunca olvidaré tu valentía y tu espíritu aventurero. Prometamos que nuestras historias continuarán inspirando a otros.

— Lo prometo. Y, cuando vuelva, compartiré todo lo que he aprendido.

— Y yo también. La migración es un derecho humano, y juntos, podemos ayudar a que más personas encuentren su lugar en el mundo.

Años después, Elizabeth regresó a su aldea. Aunque había cambiado, el espíritu de su gente seguía intacto. Al ver a su abuela, sintió alegría y nostalgia.

— Regresaste, mi valiente —le dijo sonriendo su abuela—. ¿Qué historias traes contigo?

— He visto maravillas, abuela. He conocido a personas de todo el mundo y he aprendido que cada viaje, cada historia, es un hilo en el tapiz de la humanidad.

— Y ahora, es tu turno de compartir esas historias con los demás.

— Sí, y hablaré de Ethan, de la ciencia, del amor y de cómo nuestras tierras pueden unirse a través de nuestras historias compartidas.

Elizabeth organizó una gran celebración en la aldea. Invitó a los an-

cianos y a los jóvenes, y preparó una serie de actividades para compartir su cultura y las historias que había recolectado.

—Hoy celebramos no solo mi regreso, sino la unión de nuestras culturas. Cada uno de ustedes tiene una historia que contar, y hoy es el día para compartirlas.

Los habitantes de la aldea, inspirados por Elizabeth, comenzaron a compartir historias de sus familias y tradiciones, convirtiendo la celebración en un festival de relatos, danzas y risas.

En el mundo de luces eléctricas y rascacielos, Ethan regresó a su hogar y continuó su trabajo en el laboratorio, sin olvidar la conexión con Elizabeth. Organizó un evento en su universidad para compartir las historias de los migrantes y su impacto positivo en la sociedad. Desde el escenario, dijo:

—Hoy quiero hablarles sobre la importancia de la migración y cómo las historias de quienes cruzan fronteras enriquecen nuestras vidas. La ciencia y la cultura deben unirse para crear un mundo mejor.

La charla de Ethan resonó en los corazones de sus compañeros. Muchos de ellos comenzaron a investigar sobre las historias de migrantes en su propia comunidad, creando un movimiento que celebraba la diversidad y la inclusión.

Con el paso del tiempo, Elizabeth y Ethan decidieron reunirse nuevamente. Ambos habían crecido y aprendido, y estaban ansiosos por compartir sus experiencias y sueños. Se encontraron en el mismo puerto donde se conocieron, y el sol brillaba con intensidad.

—Ethan, ha pasado tanto tiempo. Me alegra verte de nuevo.

—Y a mí me alegra verte también. He estado trabajando en un proyecto que une la ciencia y las historias de migrantes. Quiero que tú seas parte de ello.

—Eso suena increíble. Creo que las historias pueden inspirar a muchos a ver la migración como un derecho humano, no como una amenaza.

—Exactamente. Juntos, podemos crear un puente entre nuestros mundos, uniendo ciencia y cultura.

Elizabeth y Ethan organizaron una boda que fusionaba las tradiciones de ambos mundos. La celebración fue un verdadero festival, donde se mezclaron danzas, música y comida de las dos culturas.

Los invitados llegaron de todas partes, celebrando con Elizabeth y Ethan, aunque provenían de mundos distintos, habían demostrado que las diferencias culturales y las distancias geográficas no eran barreras insalvables. Al contrario, habían usado esas diferencias para construir un vínculo más fuerte, basado en el respeto, el amor y la curiosidad por lo desconocido.

Con los años, ambos crearon proyectos para conectar a personas de distintos lugares. Elizabeth fundó una organización que recopilaba historias de migrantes y refugiados, compartiéndolas para crear empatía y comprensión. Sus relatos, plasmados en libros, películas y obras de arte inspiraban a muchos.

Ethan continuó su investigación científica con un enfoque más humano, trabajando en tecnología para mejorar vidas en zonas remotas y empobrecidas. Para él, la ciencia era una forma de ayudar a quienes más lo necesitaban.

— Nunca pensé que mi vida podría cambiar tanto desde que te conocí en aquel barco, Elizabeth.

— Yo tampoco. Pero ahora sé que nuestras vidas estaban destinadas a entrelazarse para crear algo más grande de lo que podríamos haber imaginado.

Bajo el cielo estrellado, rodeados de sus seres queridos, Elizabeth y Ethan sabían que sus historias eran parte de algo más grande. En el vasto tapiz de la humanidad, eran dos hilos entre millones, contribuyendo con su luz hacia un futuro más inclusivo y esperanzador.

Y así, con cada paso, siguieron escribiendo su historia, inspirando a futuras generaciones. Aunque el mundo sea vasto y lleno de desafíos, la unión de corazones y mentes puede superar cualquier obstáculo.

La moraleja de este cuento es que, aunque separados por fronteras, los seres humanos pueden encontrar puntos en común a través de la curiosidad, el amor y la empatía. La migración es una oportunidad para enriquecer nuestras vidas con nuevas historias y experiencias. Al unir ciencia, cultura y respeto por la diversidad, podemos construir puentes que nos conecten y hacer del mundo un lugar más inclusivo y solidario.

Quería mostrar que, incluso en medio de los desafíos, la migración puede ser una fuente de innovación y unión, donde diferentes culturas trabajan juntas para superar lo imposible.



Genaro Linck

16 años. Huinca Renancó,
General Roca, Córdoba, Argentina.



Horizontes interplanetarios

POR GENARO LINCK

En un futuro lejano, la Tierra se encontraba al borde del colapso. Los humanos habían hecho desastres, la sobreexplotación de los recursos dejó al planeta en un estado crítico, forzando a la humanidad a buscar nuevos horizontes en las estrellas. Zirconia brillaba como una joya cuando se pensaba en adentrarse en un futuro mejor; rico en recursos naturales y hogar de una civilización avanzada. Así, se convirtió en el destino de miles de migrantes que esperaban encontrar allí un nuevo hogar.

Aylin creció en un mundo en decadencia. La Tierra, una vez vibrante y llena de vida, se había convertido en un lugar hostil. Las tormentas de polvo y las olas de calor extremo se habían vuelto parte de la rutina diaria, y los recursos naturales se agotaban. Las ciudades, antes llenas de actividad, ahora cubiertas por una densa capa asfixiante de polvo; el agua limpia era un lujo que solo unos pocos podían permitirse. La desigualdad social se había disparado, los ricos vivían en domos protegidos y mantenidos por tecnología avanzada, mientras que el resto, como la familia de Aylin, luchaba por sobrevivir en barrios deteriorados, donde la violencia y el crimen eran moneda corriente. Protestas y disturbios sacudían las calles casi a diario, pero los gobiernos, impotentes y corruptos, poco podían hacer para revertir la situación. La decisión de migrar a Zirconia no fue fácil, pero era su única esperanza de escapar de un planeta moribundo y de una sociedad rota, y de encontrar un lugar donde pudieran tener una segunda oportunidad, donde la vida no estuviera marcada por la desesperación, el conflicto.

Ahí estaba ella, a la deriva, esperando la nada misma, con la mirada en un punto fijo, preguntándose por qué tenía ella que estar pasando por algo como eso. Había llegado a Zirconia. Dejó atrás la Tierra en busca de una vida mejor. A medida que la nave aterrizaba en la capital de Zirconia, Aylin observaba el paisaje con una mezcla de asombro y temor. Los

altos edificios de cristal que se mezclaban con la poblada vegetación eran impresionantes, pero el aire se sentía extraño, y la gravedad ligeramente diferente hacía que cada paso se sintiera fuera de lugar, ella se sentía fuera de lugar.

Aguardando con su familia en el aeropuerto interplanetario, recibía miradas juzgadoras por parte de los nativos de Zirconia. Se sintió pequeña e insignificante bajo las altísimas bóvedas de cristal que reflejaban el cielo púrpura del nuevo planeta. El murmullo de voces, en un idioma desconocido, no parecía de bienvenida, más bien sentía que cada palabra cortaba el aire como un cuchillo. A su alrededor, los ojos de los nativos la seguían, sus miradas cargadas de desconfianza. Podía sentir el peso de sus juicios en cada paso que daba. Los rostros de los habitantes de Zirconia, pálidos y verdosos, se tornaban filosos al cruzarse con el suyo, como si su mera presencia fuera vista como una intrusa en su mundo. Cada mirada que le dirigían era un recordatorio de que ella no pertenecía a allí, una intrusa en un lugar donde la diversidad era vista no como una riqueza.

Aylin apretó la mandíbula, tratando de mantener la compostura, pero el silencio denso y las miradas opresivas hacían que el aire se sintiera pesado.

Pronto, Aylin se vio en la caótica realidad de la escuela interplanetaria de Zirconia, un lugar donde las diferencias culturales no solo se encontraban, sino que, a menudo, chocaban. Desde el primer día, los pasillos se le presentaron como un mosaico de seres de todos los rincones de la galaxia. Sin embargo, la mezcla particular de nativos de Zirconia y colonos terrícolas generaba una tensión que era difícil de ignorar. Los nativos de Zirconia, con sus pieles que brillaban verde y sus ropas de tejidos luminosos que parecían cambiar de color, caminaban por los pasillos en grupos cerrados. Se comunicaban entre sí en su propio idioma. Pero esa comunicación se quebraba en cuanto un terrícola se acercaba. Los nativos mantenían una distancia, como si los recién llegados fueran portadores de una incomodidad contagiosa, algo que amenazaba con corromper su cultura. Para Aylin, esa distancia era tangible, un muro invisible que la separaba de sus compañeros nativos. Su uniforme terrícola, de tonos apagados y telas que no reflejaban la luz de la misma manera que las ropas

de los nativos, la hacía sentir aún más fuera de lugar. Mientras caminaba por esos pasillos llenos de luz y color, se sentía como una sombra en un lugar de pura luz.

Fue en una de esas aulas, adornada con pantallas holográficas que proyectaban imágenes de la historia y la cultura de Zirconia, donde Aylin conoció a Kion. Desde el primer día, notó que Kion era diferente, no solo por sus facciones afiladas y ojos de un azul eléctrico, sino por la forma en que se movía, con una confianza que solo podía provenir de alguien que siempre había pertenecido a allí. Cada vez que Aylin intentaba iniciar una conversación, Kion la miraba con una expresión de desconfianza. Para él, los colonos eran intrusos, seres que habían llegado a su planeta sin comprender sus tradiciones, su historia, su esencia, parásitos que venían a aprovecharse de los recursos.

En una de esas clases interplanetarias, durante una sesión de laboratorio, Aylin derramó accidentalmente una sustancia química, creando una nube de humo que subió rápidamente. Mientras el resto de la clase se reía o miraba con desaprobación, Kion se quedó en silencio, observando la escena con una expresión ilegible. Pero él vio en ella un destello de algo más, un destello que le producía algo, quizás interés para finalmente comprender al humano, quizás curiosidad, quizás vergüenza, pero definitivamente no indiferencia. Y ella lo notó.

Ese momento fue breve, pero significativo. Aylin se dio cuenta de que, detrás de la barrera de Kion, había más de lo que él dejaba ver. Aunque no sabía cómo, estaba decidida a descubrir qué era lo que hacía que Kion la mantuviera a distancia. Sabía que no sería fácil, en un planeta donde cada mirada y cada gesto le recordaban su condición de extranjera, pero también sabía que no podía rendirse. Si había algo que la Tierra le había enseñado era a no dejarse vencer.

Cuando la catástrofe azotó Zirconia fue como si el aire mismo se hubiese detenido. La planta de energía más grande del planeta, fuente vital de luz y calor, comenzó a fallar de una manera que nadie había previsto. Un accidente, resultado de una mezcla inesperada entre los materiales terrícolas y la tecnología zirconiense, provocó una reacción en cadena que amenazaba con arrasar todo a su paso. Las alarmas resonaban como gri-

tos de advertencia, mientras una nube de energía peligrosa se extendía lentamente, contaminando la atmósfera con su veneno invisible.

Los nativos de Zirconia, con su tecnología avanzada y un conocimiento que parecía ilimitado, luchaban contra el desastre con todas sus fuerzas. Por más que lo intentaban, no lograban contener la anomalía que se propagaba como una bestia. Aylin observó el caos. Sintiendo en su interior la urgencia de hacer algo, cualquier cosa, para ayudar. Había crecido rodeada de tecnología terrícola, mucho más rudimentaria que la de Zirconia, pero sabía que, en ese momento, esa simplicidad podría ser la clave.

Kion, quien había trabajado junto a ella en un proyecto escolar, estaba en medio de la batalla. Aunque todavía le costaba aceptar la presencia de los terrícolas en su planeta, algo en la determinación de Aylin lo hizo detenerse y escucharla. Mientras los expertos de Zirconia trataban de sofocar la reacción descontrolada con métodos convencionales, Aylin se acercó a Kion y le propuso una solución que se basaba en principios básicos de la Tierra, un enfoque que nunca habría considerado sin ella. “Escucha,” le dijo Aylin, “los materiales de la Tierra pueden neutralizar esta reacción. Lo hemos hecho antes, pero necesitamos tu tecnología para estabilizarlo”

Por un instante, Kion la miró, dudando. Luego, asintió con una determinación renovada. Juntos, se lanzaron a la tarea. Kion utilizó la tecnología avanzada de Zirconia para crear un campo de contención alrededor del reactor, una barrera brillante que destellaba como un aura. Mientras tanto, Aylin trabajaba con precisión, utilizando su conocimiento de los materiales terrícolas para neutralizar la radiación a nivel molecular. Sus manos se movían con destreza, combinando ingredientes simples, pero efectivos, que parecían insignificantes frente a la maquinaria colosal de Zirconia.

Las horas pasaron, marcadas por un reloj invisible que aceleraba con cada segundo que perdían. El calor en la planta se intensificaba, y el campo de contención de Kion comenzó a parpadear bajo la presión. Pero en el último momento, cuando parecía que todo estaba a punto de colapsar, el humo púrpura que se elevaba del reactor comenzó a dispersarse. La

energía se estabilizó, y el peligro que amenazaba a Zirconia retrocedió como una marea menguante.

Aylin y Kion se miraron, agotados pero victoriosos. Reconociendo lo que habían logrado juntos.

Migrar no es escapar, es tomar conciencia y entender hasta dónde podemos llegar en un lugar al que estamos acostumbrados a habitar. Las personas no solo cruzan fronteras geográficas, sino que también cruzan fronteras interiores, dejando atrás su historia para reescribirla en otro lugar con la esperanza de poder en algún momento llamarlo hogar.



Valentina Pavet

16 años. Godoy Cruz,
Mendoza, Argentina.



ECOS DE UN PASADO OLVIDADO

POR VALENTINA PAVET

Londres, 1959

Ahí estaba yo al borde del colapso, con las pastillas para dormir que me había recetado el psicólogo, luego de unos largos meses de insomnio, y el deseo imponente de abandonarme. Hacía semanas que no lograba escribir nada que valiera la pena y eso me mataba.

Quizá nunca fui realmente buena –pensé–, simplemente fue cuestión de suerte.

Podía parar y abandonarlo todo. Escapar, siempre lo había hecho y nunca a nadie le había importado; estaba sola, toda mi vida lo había estado. No existía una madre en la cual pudiera refugiarme, o un padre que me sacara una sonrisa luego de una tarde llena de juegos. Francamente no existía un lugar al cual llamar hogar, ni nadie a quien pudiera considerar una familia. No pertenecía a ninguna parte.

Alemania, 1952

No tengo recuerdos nítidos de ese tiempo, solo algunas visiones borrosas que aparecen en mi cabeza sin quererlas. Veo a una mujer rubia, muy escuálida, con una expresión en su cara que durante años he tratado de descifrar, pero todos mis intentos de recordar han sido en vano.

Hoy se cumplen 18 años desde que estoy aquí, encerrada ante estas paredes y pasillos que me agobian y no me dejan respirar. He pasado toda mi vida aquí y no tengo recuerdos de otro lugar. Por fin este día cumplí mis 18 años; soy libre y voy a poder dejar todas las memorias horribles atrás.

Estaba sumergida en mis pensamientos cuando alguien tocó mi hombro, era Liza, mi única compañía en este tétrico lugar.

Mi amiga tenía la misma edad, así que siempre habíamos soñado cómo serían nuestras vidas fuera de aquí.

— Llegó el día al fin — dijo con una expresión de emoción en sus ojos. No pude pronunciar palabra, las tenía estancadas y no querían salir, así que solo pude abrazarla. Ella había sido mi único sostén aquí. Podría haberse ido hace meses, pero se quedó conmigo.

Luego de estar charlando un rato con Liza, una chica se nos acercó, solo me miró a mí y rápidamente me dijo que la directora me estaba buscando. Supe inmediatamente para qué me quería, y fue extraño, siempre quise que llegara ese día, pero una enorme nostalgia se apoderó de mí. Esa siempre había sido mi casa, lo odiaba, pero no sabía qué me esperaba afuera, en el mundo real.

La directora te llamaba el día de tu cumpleaños de 18 y te entregaba cosas que te pertenecieron, quizás un recuerdo de tus padres, un peluche o una foto, cosas que eran parte de tu pasado. Personalmente, eso me emocionaba, sabía que no habría nada, a mí nadie nunca volvió a buscarme. Pero lo que sí me conmovía era el otro fin de la reunión, esa pregunta la cual había visto siempre tan lejana y que ahora, que estaba por ocurrir, me sentía aterrada.

Subí rápidamente las escaleras y antes de tocar la puerta pensé mil veces mi respuesta, pero me llené de coraje y, cuando me permitió pasar, entré con mi respuesta bien decidida.

— Hola Leah, pasa — dijo sin mirarme, mientras su atención estaba en un cuaderno.

Le devolví el saludo y procedí a sentarme, me temblaban las manos. Cuando levantó la vista y finalmente me miró.

— Feliz cumpleaños, creo que ya sabes por qué te he citado.

Era el momento, había llegado al fin.

— Ya que cumpliste la mayoría de edad, me veo obligada a hacerte esta pregunta — esperó un segundo antes de seguir hablando —. ¿Quieres seguir viviendo aquí o quieres irte?

Ya estaba lista, y con voz segura pronuncié: — Sí, hoy es mi último día aquí, mañana me marcharé.

Solo asintió con la cabeza.

Cuando ya estaba lista para marcharme, me frenó.

— No tan rápido, tengo algo para ti — dijo mientras sacaba una caja.

Me volví, me quedé inmóvil al verla, no sabía lo que era.

—La persona que te abandonó en este lugar dejó esto también. No sé lo que tiene pero es tuya —dijo con una mínima sonrisa en su rostro.

No supe qué decir, no lo esperaba, así que le agradecí por todo y me marché, acompañada de ese objeto que se sentía tan ajeno a mí.

Londres, 1959

Hacía días que ese recuerdo me estaba matando la cabeza. En las noches tenía pesadillas que no me dejaban dormir y tenía que levantarme para verificar que la caja siguiera allí. No sabía lo que contenía en su interior, nunca había tenido el valor para abrirla, desde que me la dieron en el orfanato la había archivado en lo más hondo de mis cajones y también de mi interior. Estaba archivada en un mueble, el cual me acompañaba en todas mis mudanzas, y nunca la había sacado de allí, hasta que el martes pasado la cajonera se rompió y todo lo que estaba adentro cayó al suelo, incluida la caja. Hacía una semana que estaba en el suelo. Me estaba llamando, me gritaba, pero no podía hacerlo, no quería abrirla. Muchas veces había pensado en deshacerme de ella, pero algo no me dejaba y no sabía qué era. No quería saber nada de mi madre, ella no me quería, por algo me había abandonado en ese espantoso lugar.

Esa noche me desperté sobresaltada, la imagen de una mujer rubia me atormentaba en mi sueño, solo me reincorporé toda sudada y casi sin aliento. Fui a la cocina por un vaso de agua y allí estaba esperándome, la caja. No sé lo que pasó, fue un impulso, la tomé entre mis brazos y después de casi siete años, con las manos temblando, la abrí.

No había tantas cosas en su interior, así que comencé a observarlas poco a poco. Lo primero que encontré fue una cadenita de plata con un dije muy sutil en el centro con forma de una flor. Lo segundo que saqué fueron cartas con fechas inscriptas en las partes superiores de los sobres. Por último, debajo de todo había una fotografía dada vuelta, su parte de atrás estaba amarillenta por los años, y tenía escrito dos nombres y una fecha: Amelié & Leha 1934. Luego decidí darla vuelta para ver su contenido, mi expresión cambió y comencé a temblar. Era la mujer de mis sueños, sostenía un bebé en brazos y estaba parada frente a una casa

blanca muy bonita, se veía feliz. Pero lo que más me impactó fue el gran parecido entre nosotras, no cabía dudas de que era mi madre.

Esa noche no dormí, me quedé leyendo las cartas. Solo eran tres. Mi madre, a la que siempre había odiado por no permitirme formar parte de su vida, tenía una explicación.

Alemania, 3 de abril de 1934

Querida Leha:

Hace 3 meses que me has convertido en la mujer más feliz del mundo, eligiéndome como tu madre. Las cosas en Alemania no están para nada bien, aparte del estallido de la guerra, se nos está persiguiendo a nosotros, los judíos, por pensar diferente y creer en otra religión. Pero por más de esta espantosa situación, que me aterra, te veo a ti y todos mis miedos desaparecen. Eres la niña más hermosa y con los ojos más bonitos que alguna vez haya visto. Sé que siempre serás una niña fuerte.

Amelié

Leí esa primera carta y debí parar, pero luego de un rato tuve que seguir, necesitaba saber más.

10 de agosto de 1934

Querida Leha:

Tengo mucho miedo, las cosas cada vez empeoran más, hay mucha violencia, demasiadas muertes. Estamos aterrados de que te separen de nuestro lado. Los vecinos de enfrente se fueron anoche, zarparon a bordo de un barco clandestino con destino a Francia, dicen que las cosas están mejor allí, pero tuvieron que dejar a sus hijos, esas navegaciones no permiten niños. Tu padre me planteó la idea pero no pienso separarme de tu lado.

Amelié

15 de septiembre de 1934

Querida Leha:

Estoy escribiendo esta carta con mucho dolor en mi corazón, las lágrimas están corriendo toda la tinta de la pluma. Con mucho dolor hoy me toca despedirme de ti, han comenzado a matar a los niños de las familias judías, los llaman peligrosos y no entiendo cómo pueden pensar eso de almas tan vulnerables. Por eso, para protegerte, te dejaremos en un hogar de niños. Tranquila estarás a salvo, nadie sabrá de nuestra religión, cuando todo se calme volveré a buscarte. Pero si no vuelvo, tú búscame a mí.

No sé en qué lugar de Francia estaremos pero, si me perdonas, ve a esta dirección: Unter de Liden 1450, ahí siempre encontrarás un hogar.

Nunca dejaré de amarte.

Amelié

1959

Esa era la última carta, la tinta sí estaba corrida, y más se corrió con todas las lágrimas que derramé sobre ella. ¿Por qué nunca volvió a buscarme? Tenía que encontrarla yo a ella para poder saber más sobre nuestra historia.

Ya había amanecido, así que fui corriendo al aeropuerto a tomar el primer vuelo con destino a Alemania. Llamé a Liza, hacía un año que nos habíamos separado, y ella recidía en Berlín con su esposo y su hija. Le conté todo y le pedí alojamiento por un tiempo, hasta que solucionara este problema. Quizás era eso lo que me mantenía estancada.

Fue un viaje corto, pero yo ansiaba aterrizar. Apenas bajé del avión tomé un taxi y me dirigí directo a la casa de Liza. Estaba emocionada por conocer mi historia, pero volver a ver a mi amiga después de un año me causaba mucha ansiedad.

Hacía años que no estaba en Alemania. Luego de cumplir los 18, Liza y yo decidimos migrar a Londres en busca de nuevas oportunidades y para olvidarnos de ese horrible lugar donde habíamos vivido.

Cuando llegué ella estaba en la puerta. Corrí rápidamente a abrazarla, la extrañaba tanto. Ya adentro de la casa le conté todo con lujo de detalles y me dijo que esta misma tarde iríamos a la dirección escrita en la carta de mi madre.

La dirección no era lejos. Unas cuadras antes de llegar me detuve, tenía mucho miedo por conocer lo que me esperaba allí pero me llené de fortaleza. Yo podía hacerlo, tenía que encontrar a mi madre.

Cuando llegamos, se me erizó la piel, era la casa blanca de la foto. Un hombre de unos 55 años nos atendió, primero su cara se tornó confusa, pero cuando su mirada se posó en mí, sus ojos se llenaron de lágrimas y con una voz entrecortada pronunció “Amelié”... Yo tuve que hacer un gran esfuerzo por retener las lágrimas.

— Tienes sus ojos... — dijo casi llorando.

— Soy Leha, su hija — dije nerviosa — vine para tratar de encontrarla. ¿Usted puede ayudarme?

La expresión en su rostro cambió y con una pequeña sonrisa dijo:

— Soy Christopher, su esposo. Tu padre...

Yo solo comencé a llorar.

Él me invitó a pasar y estuvimos horas hablando. Me contó cómo había sido todo, luego de tener que huir de Alemania y tener que separarme de sus vidas por la horrible situación, llegaron a Francia y fueron a refugiarse en la casa de una antigua amiga de mi madre por un año. Hasta que un día los encontraron, él lo recordó como un momento muy violento y atroz. Los separaron y los llevaron a campos de concentración donde pasaron los peores años de sus vidas. Él no supo más nada de mi madre hasta el día que salió y se enteró de que ella había muerto golpeada.

En ese momento los dos empezamos a llorar. Mi madre estaba muerta, por eso no había vuelto a buscarme.

— Leha, ella te amaba, quiero que lo sepas — dijo mi padre — yo también lo hago, siempre te recuerdo.

— ¿Y por qué no volviste por mí? — dije confundida.

No podía hacerlo, no estaba preparado para volver a verte y más si no era con ella — esperó un momento y volvió a hablar —. Nunca me

perdoné por el egoísmo con el que había actuado. Por eso, luego de unos años fui a buscarte al hogar y no estabas. Espero que puedas perdonarme...

Lo entendía, había sido muy difícil para él. Así que por mi madre lo perdoné.

Lo abracé y por primera vez tenía un padre que me contenía.

Luego de ese día, volví a ser yo, volví a escribir. Escribí sobre mis padres, sobre su historia y todo lo que habían tenido que sufrir las personas con su religión. Los niños que fueron separados de sus familias y fueron tachados de peligrosos, solo por su inocencia. Por las personas que tuvieron que reemplazar sus hogares por escondites dejando atrás sus fronteras conocidas, para tratar de vivir tranquilos, o los que tuvieron que resignarse a existir en alguno de esos atroces campos de concentración acostumbrando sus vidas a las miserias. Yo fui afortunada, pero hoy escribo por los que tristemente no pudieron serlo.

La migración es algo con lo que estuve rodeada gran parte de mi vida, he tenido la suerte de conocer personas migrantes, saber sus motivos, luchas, causas y es por eso que yo lo considero como un acto de valentía, aunque muchas veces otros lo vean como lo contrario. Escribir sobre este tema es importante para visibilizarlo, validarlo, ser la voz de los que callan y gritan en silencio para ser escuchados, y si plasmar en letras lo que ellos viven día a día los hace sentir escuchados, lo haré siempre.



Martina Robledo

18 años. Rivadavia,
San Juan, Argentina.



Conectando hogares

POR MARTINA ROBLEDO

Recuerdo a la perfección el día que dejé Venezuela y lo duro que fue irnos de casa, dejar mis juguetes, mi habitación. Era chico y no entendía qué pasaba, mis amigos preguntaban si volvería en unos días y mi abuela no dejaba de llorar mientras abrazaba a mi mamá.

—Nos vemos en unas semanas, nona —le dije para consolarla, no me gustaba verla llorar, pero eso la hizo llorar aún más y decidí que era mejor callarme.

Los primeros días en Argentina fueron geniales, estaba en un país que no conocía y la gente era muy amable, pero extrañaba mi casa y las arepas de la abuela, sobre todo las arepas, pero mucho más a mi abuela.

Pasaron dos meses y empecé las clases. No eran como en Venezuela, los chicos no jugaban a lo mismo que jugábamos mis amigos y yo, tampoco usaban las mismas palabras y me miraban raro. No me gustaba la escuela, extrañaba mi casa y estar con mis amigos los viernes en la noche jugando “la lleva”; acá jugaban a “la escondidita” y siempre me ponían a contar a mí.

—Tenés que ser amable, Danielo —dijo mamá limpiando mis lágrimas un martes por la tarde. Ese día un compañero le había dicho a todo mi curso que los niños de Venezuela tenían piojos y nadie había querido jugar conmigo en el recreo.

—Estamos en su hogar, nos están hospedando. Hay que ser amables, mi niño.

No entendía a mamá, si Argentina no era nuestro hogar por qué no volvíamos a Venezuela con la abuela, con lo mucho que extrañaba a ella y a mis amigos.

El “nos vemos en unas semanas, nona” se transformó en días, meses e incluso años sin vernos. Argentina me empezó a agradar y de a poco me sentía más cómodo. Mis papás se abrieron una verdulería y les iba muy bien. Ahora sí teníamos comida en los almuerzos y cenas, no como

en Venezuela que a veces no teníamos ninguno de los dos. Recuerdo sentarme en el escalón de la vereda por horas y contar a cada persona que compraba, una por una. En la noche, antes de dormir, decía en voz alta “gracias” la cantidad de veces como personas habían comprado en el día, porque gracias a ellas mamá nos hacía de comer a mis hermanos y a mí.

Para mi cumpleaños número catorce mi mamá hizo arepas, me dijo que las había mandado mi abuela para mí desde Venezuela, pero yo sabía que era mentira porque no tenían el sabor de las arepas de la abuela, pero fingí creerle y las disfruté como nunca. Esa noche a hurtadillas guardé tres en la mochila, y al día siguiente las llevé a la escuela para convidarles a mis amigos.

—¡Qué ricos que son, Danielo! —dijo Marti—. Quiero que mi mamá pruebe una de estas, seguro le encanta.

—¡Están buenísimas! —exclamó Ariel mientras masticaba el último trozo que le había dado—. ¿Podés explicarnos cómo se hacen?

—¡Obvio! —dije más feliz que nunca. El pecho se me agrandó de emoción al saber que les había gustado algo de mi hogar. Estaba seguro de que si mis amigos visitaban Venezuela les iba a encantar, las comidas, los lugares. Por esto me prometí a mí mismo volver allá algún día y presentarles a mi abuela.

Pasó el tiempo y el olor a casa de la nona dejó de estar presente, se me dificultaba intentar acordarme. Cerraba los ojos e inhalaba profundo imaginando el olor de las plantas y comida de la abuela, pero cuando el aire llegaba a mis fosas nasales solo sentía el olor a las verduras de mi nueva casa y me enojaba. No quería olvidarme de mi hogar, no quería desconocer su olor. Me negaba a dejar los últimos recuerdos que tenía.

Cuando cumplí diecisiete tuve una nueva compañera en la escuela, se llamaba Yam, ella también era venezolana. Me acuerdo de que, cuando escuché su nombre y la oí hablar, se me formó un nudo en la garganta, me recordó a mis amigas y primas. Supe de inmediato que quería ser amigo de ella.

—Hola, ¿Yam, cierto? —le pregunté en el recreo. Ella volteó rápidamente al escuchar en mi voz el acento que con orgullo aún poseía y sonrió de oreja a oreja.

—Hola, sí. ¿Tu nombre es...? —preguntó con tanta felicidad que se me contagió.

—Danielo —respondí. Y no hizo falta nada más para decir, ambos sabíamos que pertenecíamos al mismo hogar y se sintió familiar.

Desde ese día Yam y yo nos volvimos inseparables. A ella le costaba mucho más acostumbrarse a Argentina y sus tradiciones, me dijo que no entendía por qué a todo el mundo le gustaba el mate, yo le dije que con el tiempo lo iba a entender, era algo inexplicable.

Una tarde de un jueves estábamos haciendo en mi cocina arepas con Yam y cuando volví de buscar ingredientes para ponerles la encontré llorando.

—¿Qué pasa? —pregunté preocupado, tal vez habíamos seguido mal la receta de mamá.

—Extraño tanto casa. La extraño mucho, Danielo.

Supé perfectamente qué sentía porque yo también lo sentía. Dejé los ingredientes en la mesa y la abracé fuerte.

—Ahora estás en casa. Estamos en una de nuestras casas, Yam —le susurré acariciando el pelo.

Ese día las arepas se sintieron raras, había nostalgia y tristeza en sus migajas, pero también había un nuevo condimento que en todos estos años no había sentido, la esperanza.

A la mañana siguiente me levanté motivado, tenía una idea en mente. Quería sentir lo mismo que la noche anterior, ese sentimiento de familiaridad, hogar, y tenía una forma de lograrlo. Les conté a mi profesora y a Yam mi idea y les encantó, entonces nos pusimos de inmediato a organizar todo.

El viernes de esa semana, cuando llegabas a la escuela y entrabas a sexto segunda, dejabas Argentina y pisabas Venezuela. El curso entero estaba decorado como los barrios de allá. Las mesas tenían comida típica del país y los juegos también estaban presentes. Esa mañana mi curso y yo viajamos a mi país de origen a través de las costumbres y tradiciones, escuchando música y enseñándoles junto a Yam los bailes típicos de allá. Fue ahí que comprendí que amar Argentina no me iba a quitar el amor por Venezuela, y considerar a esta última mi hogar no implicaba que no

podiera tener dos hogares. Dejé de estar en la ambigüedad contante y empecé a aceptar que ambos países eran mis hogares y me hacían ser quien era.

Fue así como nació “Conectando hogares”. Creé un espacio para un grupo de personas migrantes en mi escuela, de diferentes países, no solo de Venezuela. Todos los viernes viajábamos a un país distinto a fin de conectar con tradiciones y costumbres de este. Se sumaron personas de Colombia, República Dominicana, China, Ucrania, Rusia, Alemania, entre muchísimos otros países. Con el paso del tiempo, el grupo creció y se sumaron otras escuelas. Por primera vez después de años encontramos todos un hogar, uno que unía nuestros dos hogares.

Terminé el secundario, pero no dejé de ir a la escuela, los viernes eran sagrados para transportarnos a otros países...

— Ya va a aterrizar el avión —exclamó mamá—. Podés escribir eso después, ¿no estás nervioso?

Miré por la ventanilla y dejé la tableta a un costado con la redacción a medias. Estaba nervioso, feliz y más que nada ansioso. Se veía el cartel de “Bienvenidos a Venezuela” chiquito desde tanta altura.

Aún no llegábamos, pero ya podía sentir el olor de casa, las arepas de la abuela y a ella esperándonos desde el umbral de la puerta con su hermosa sonrisa. Y, aunque me encontraba más feliz que nunca, también estaba ya extrañando a Argentina, pero me tranquilizaba el hecho de saber que ahora sí, realmente, en unas semanas volvía y que me esperaba un maravilloso viernes por China en el aula de sexto segunda.

Un señor sentado a mi lado izquierdo me miró sonriendo.

—¿Es tu primera vez visitando Venezuela? —preguntó intrigado, pero sin borrar su sonrisa.

—No, señor, no lo es —respondí devolviéndole la sonrisa.

—¿Dónde queda tu hogar? —cuestionó intrigante.

—¿Cuál de mis dos hogares, señor? —exclamé con una sonrisa y con el pecho palpitante de orgullo.

Las raíces no están en la tierra que dejamos, sino en los sueños y las ganas que llevamos con nosotros mismos. Por lo que migrar no es abandonar, es expandir. Es llevar lo que somos a un mundo más amplio, transformando realidades y multiplicando oportunidades en el mundo.



Alexander Emilio Ticlia Reyes

18 años. Chacras de Coria,
Luján de Cuyo, Mendoza, Argentina.



La oportunidad de migrar o migrar para la oportunidad

POR ALEXANDER EMILIO TICLIA REYES

Artem observaba las tablas de madera que cubrían las ventanas de su casa. A través de las pequeñas grietas que dejaban entrar apenas un rayo de luz, podía adivinar la figura del sol, pero no lo sentía. En su mente se repetía una y otra vez la misma escena: sus pies descalzos sobre el pasto verde del parque y sus amigos corriendo a su alrededor mientras el sol se escondía tras las casas del pueblo. Extrañaba las risas, los juegos y la sensación de libertad. Pero ahora, el sonido de los bombardeos le recordaba que todo eso era solo un recuerdo.

El refugio que le brindaba su hogar ahora se había convertido en una prisión, un lugar de espera e incertidumbre. Las estanterías de la despensa estaban vacías, y la última lata de garbanzos que habían abierto hacía un día ya no parecía suficiente para llenar el estómago de la familia.

Artem estaba en la edad justa para ser llamado al ejército. Su hermano menor aún era un adolescente, y sus padres, aunque fuertes de espíritu, ya no podían escapar. Su madre, siempre la más optimista, le sonreía débilmente mientras le servía su ración de comida.

— Todo va a mejorar — le decía, aunque ambos sabían que esa mejora no vendría pronto.

La guerra había llegado de repente, llevándose todo a su paso. Artem solía ser un estudiante de inglés e historia con un futuro brillante por delante, pero todo eso había quedado atrás. Lo único que faltaba era tomar una decisión: quedarse y unirse al ejército, o intentar buscar refugio en otro país.

— Dicen que migrar es como se puede empezar de nuevo, ¿no? — preguntó Artem a su madre, una mujer fuerte que siempre tenía una sonrisa amable en su rostro.

— Hijo, migrar es como sembrar una nueva semilla en tierra descono-

cida—respondió la madre—. No sabes si la tierra será fértil o árida, pero si no la siembras, nunca crecerá nada.

Él nunca había pensado en sí mismo como un sembrador de oportunidades. Siempre había asumido que uno simplemente aceptaba lo que la vida le daba. Pero algo estaba cambiando en su interior. La migración, que inicialmente parecía un escape, ahora se le presentaba como una posibilidad de construir algo diferente, algo nuevo.

La noche que decidió irse fue silenciosa. No hubo grandes discusiones ni despedidas dramáticas. Se abrazaron fuerte mientras las palabras de su madre resonaban en su mente. No se lo había dicho directamente, pero sabía que ella esperaba que él se fuera.

Con una mochila ligera al hombro y el corazón pesado, tomó la ruta y se unió a un grupo de jóvenes que, como él, también escapaban del conflicto. Cruzaron varias fronteras antes de llegar a Polonia, desde donde Artem pudo gestionar su estatus de refugiado para viajar a Argentina, un país en el que no conocía a nadie, pero que, según decían, estaba abierto a recibir a quienes huían de la guerra.

El aterrizaje en Buenos Aires fue abrumador. Artem nunca había estado tan lejos de casa, y la sensación de estar en un país completamente desconocido le producía una mezcla de miedo y ansiedad. El idioma era el primer obstáculo: las palabras en español sonaban extrañas y rápidas, y aunque había aprendido algunas frases básicas durante el viaje, no se sentía capaz de mantener una conversación fluida.

Su primera noche la pasó en un albergue gestionado por una iglesia en las afueras de la ciudad. El lugar estaba lleno de otros refugiados, algunos de Ucrania, pero también de otros países que enfrentaban sus propias crisis. Era un crisol de historias tristes y sueños rotos, pero también un refugio en el que se sentía la esperanza.

Al principio, se sintió desorientado. Estaba en un lugar seguro, pero la incertidumbre seguía persiguiéndolo. ¿Qué sería de su familia? ¿Podría encontrar un trabajo? ¿Alguna vez lograría adaptarse a esta nueva cultura? Sin embargo, en medio de todas esas preguntas, una voz interna le recordaba que había sobrevivido a lo peor. Había escapado y ahora tenía una oportunidad. Solo debía encontrar la manera de aprovecharla.

Con el tiempo, fue conociendo a más personas. Entre ellas estaba Juan, un voluntario de la iglesia que hablaba algo de inglés y ayudaba a los refugiados a adaptarse. Juan se convirtió en un gran apoyo para él, no solo como traductor, sino también como amigo.

— Aquí la vida es diferente y diversa, pero si te esfuerzas, encontrarás tu lugar — le decía Juan cada vez que veía a Artem sumido en la nostalgia.

Artem no tardó en darse cuenta de que no podía quedarse de brazos cruzados esperando que las oportunidades llegaran a él. Sabía que, si quería integrarse y ser útil, debía aprender el idioma y buscar maneras de colaborar con la comunidad que lo había acogido. En su tiempo libre, comenzó a asistir a clases de español en la iglesia y a ayudar con tareas pequeñas. Primero fue en la carpintería, luego en la cocina, pero lo que realmente lo motivaba era ayudar a los niños más pequeños que, como él, habían llegado sin hablar el idioma.

En una ocasión, un grupo de refugiados llegó al albergue. Sus rostros eran un reflejo del propio Artem cuando llegó: asustados, desorientados y llenos de preguntas. Fue entonces cuando decidió que no solo estaba ahí para buscar oportunidades, sino que además estaba para multiplicarlas.

Con las clases de español que había aprendido y su conocimiento básico de carpintería, empezó a organizar pequeños talleres para los niños. No solo les enseñaba a hablar algunas palabras en español, sino también a hacer manualidades, a construir cosas con sus manos. Quería que sintieran que, aunque estaban lejos de casa, podían crear algo nuevo en este lugar.

Poco a poco, su rol en la comunidad de refugiados fue creciendo. Descubrió que ayudar a otros no solo le daba un propósito, sino que también le permitía sanar aquellas heridas que tenía en su interior. En cada clase que impartía, veía a los niños sonreír, aprender y comenzar a soñar nuevamente, y eso le recordaba que, a pesar de todo lo que había perdido, aún tenía la capacidad de ser un agente de cambio.

Con el paso de los meses, dejó de sentirse como un extraño en Argentina. Ya no era solo un refugiado más, sino un joven que había encontrado un propósito en un país que le abrió las puertas cuando más lo necesitaba. Aprendió que migrar no era simplemente escapar del peligro,

sino también una oportunidad de reinventarse, de descubrir quién podía llegar a ser en un contexto completamente nuevo.

Un día, mientras le enseñaba a un grupo de niños cómo construir una maceta con botellas de plástico, uno de ellos le preguntó:

—¿Cuándo vamos a volver a casa?

Se quedó en silencio por un momento, mirando al niño a los ojos. Sabía que esa era la pregunta que todos se hacían, incluso él mismo. Pero también sabía que, para muchos, el hogar que habían conocido tal vez ya no existía, al menos no de la forma en que lo recordaban.

—No lo sé —respondió con sinceridad—. Pero mientras estamos aquí podemos construir algo nuevo. Tal vez este también pueda ser nuestro hogar.

Esa fue la lección más importante que había aprendido en su viaje: la oportunidad de migrar no era solo la de encontrar un nuevo lugar donde vivir, sino la de crear nuevas oportunidades para sí mismo y para otros. Y aunque extrañaba su lugar de origen todos los días, sabía que el futuro, donde fuera que estuviera, dependería de lo que hiciera hoy.

Artem nunca olvidaría las maderas que obstruían la ventana de su casa, pero ahora, en este nuevo país, él mismo había decidido abrir una nueva ventana hacia el mundo, una donde las oportunidades no solo se encontraban, sino que también se creaban.



MÓDULO



Didáctico

Las migraciones

MÓDULO DIDÁCTICO

¡Hola! Esperamos que hayas disfrutado los cuentos. La literatura es un medio potente para sensibilizarnos con respecto a temas universales, como la migración. Ahora te proponemos un conjunto de actividades para reflexionar y poner en práctica algunos conceptos relacionados con este fenómeno social.

¡Ah! Pero, primero, queremos que nos conozcas...

¿QUIÉNES SOMOS?



FICU es la Fundación para la Integración Cultural de Migrantes y Refugiados con sede en la Argentina. Nos centramos en utilizar la actividad artística como una herramienta para facilitar la inclusión social de las personas migrantes.

¡Ahora sí, comencemos!

CONCEPTOS BÁSICOS



La Organización Internacional para las Migraciones (OIM) define la migración de la siguiente manera.



Movimiento de personas fuera de su lugar de residencia habitual, ya sea a través de una frontera internacional o dentro de un país.



Para el Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de las Naciones Unidas (DAES), un "migrante internacional" es...



Toda persona que cambia de país de residencia habitual, excluyendo los viajes al exterior con fines de ocio, vacaciones, visitas a parientes y amigos, negocios, tratamiento médico o peregrinación religiosa.

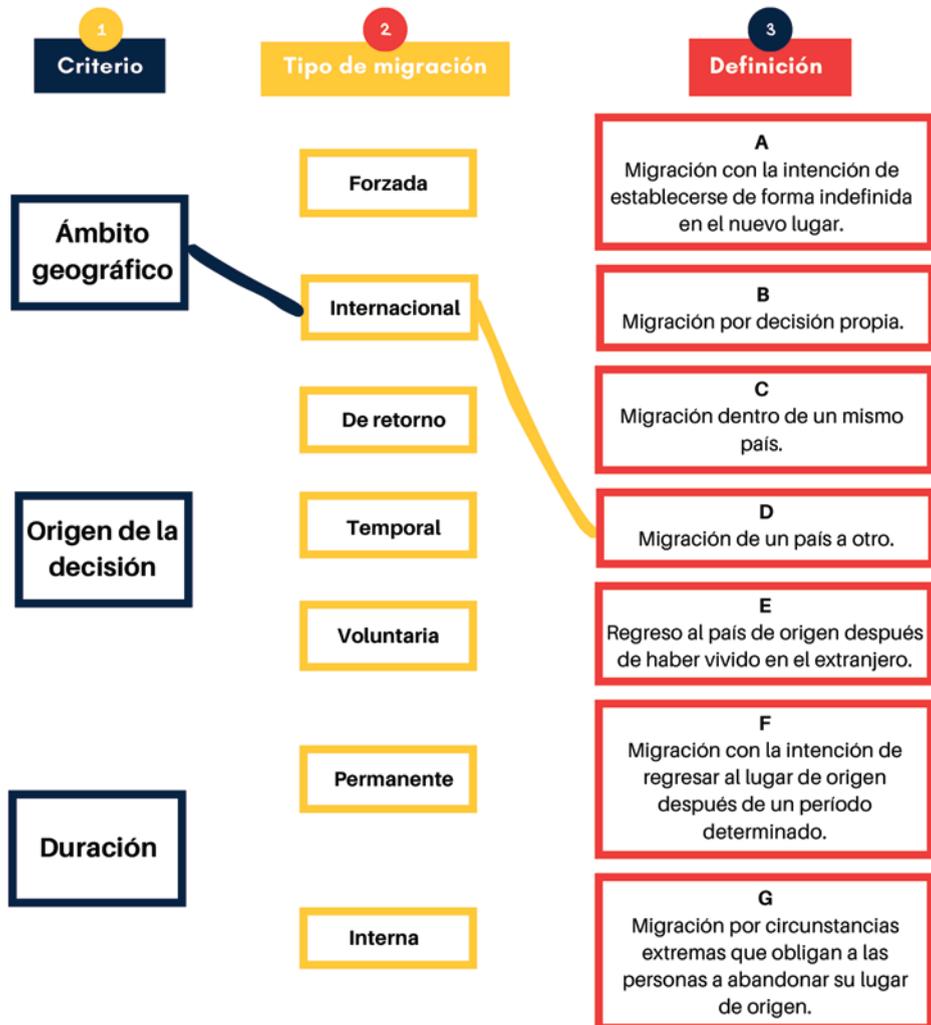




TIPOS DE MIGRACIÓN



Los movimientos migratorios pueden clasificarse según varios criterios. Descubre sus definiciones con el siguiente juego. Traza una línea que una cada criterio con los tipos de migración que le correspondan. Luego traza otra línea que una el tipo de migración con su definición.



CAUSAS DE LA MIGRACIÓN



Los motivos que llevan a una persona a salir de su ciudad o país para residenciarse en otro lugar son múltiples. Sin embargo, podemos agrupar estas causas en algunas categorías generales.

Económicas:

para buscar nuevas condiciones laborales o mejoras en la calidad de vida.

Políticas:

escapar de conflictos bélicos como guerras, persecuciones, violencia o represalias por ideologías políticas o activismo.

Culturales:

para experimentar una nueva cultura o modo de vida, e incluso para buscar un entorno más acogedor para sus tradiciones y costumbres.

Personales:

para buscar entornos más seguros y confortables, o recibir tratamiento médico especializado.

Sociales:

unirse a familiares que ya viven en otro país o buscar mejores oportunidades educativas.

Ambientales:

buscar lugares menos afectados por la contaminación, la pérdida de recursos naturales o impulsados por desastres naturales.





JUGUEMOS CON LOS CUENTOS - SOPA DE LETRAS



Vamos a jugar con los cuentos ganadores de este concurso literario Esther Kolonsky - Ashoka. Busca en la sopa de letras las respuestas a las siguientes preguntas.

1. En el cuento **Devolver el fuego**, ¿en cuál categoría entra la causa de migración de Santiago Al-Farouq? (En singular).
2. En el cuento **Marcus Diotren, hijo de Atur** y según el criterio "duración", ¿qué tipo de migración hizo su protagonista?
3. En el cuento **El vacío** y según el criterio de "origen de la decisión", ¿qué tipo de migración hizo el bisabuelo Andrés?
4. En el cuento **Eco de esperanza**, ¿en cuál categoría entra la causa de migración de Juan? (En singular).
5. En el cuento **Donde el silencio habla**, ¿en cuál categoría entra la causa de migración de Zara? (En plural).
6. En el cuento **Hijo del viento** y según el criterio "ámbito geográfico", ¿qué tipo de migración hizo el hijo luego de la muerte de su madre?

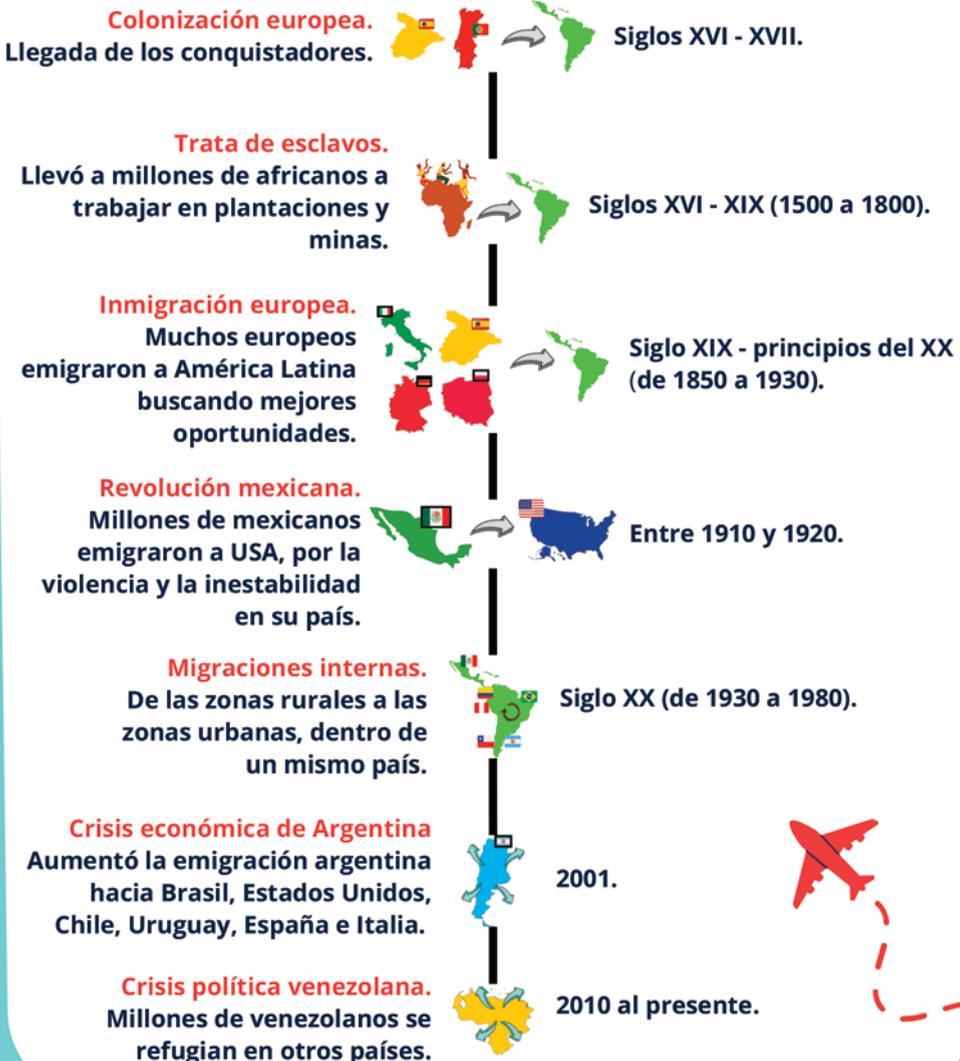
U	P	O	L	I	T	I	C	A	S	W
B	E	K	Q	C	N	V	D	R	M	L
A	R	Q	F	X	B	S	A	O	C	A
O	M	H	C	O	I	U	R	Q	N	T
L	A	N	O	S	R	E	P	D	A	N
J	N	V	B	I	Ñ	Z	K	C	V	E
U	E	D	M	C	A	S	A	B	N	I
C	N	Z	A	R	D	Y	M	D	L	B
A	T	B	O	U	C	A	N	S	A	M
Q	E	R	E	T	O	R	N	O	C	A



UN POCO DE HISTORIA



Desde la época de la colonia hasta nuestros días, muchas personas de otros continentes han venido a enriquecer nuestras culturas, muchos latinoamericanos se han ido a tierras lejanas a buscar mayor estabilidad económica, e incluso hemos experimentado ampliamente los movimientos poblacionales entre países de nuestra región. A continuación, te mostramos una línea del tiempo donde recordamos algunos procesos migratorios importantes en la historia de América Latina.





CONSECUENCIAS DE LA MIGRACIÓN



La movilización masiva de personas de una región a otra genera consecuencias positivas y desafíos para todos los involucrados. ¿Quieres conocer algunos de estos efectos? Acá te dejamos algunas charlas entre amigos que te pueden ayudar a entenderlos mejor.

Óscar es venezolano y Marcela es chilena. Ellos charlan en torno a la pregunta: **¿qué pasa culturalmente cuando migramos?**

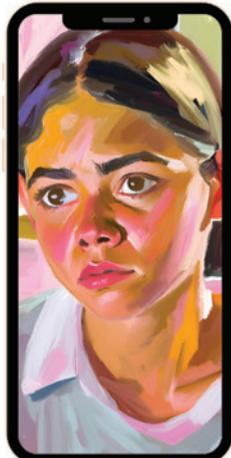


Óscar
¡O a fusionarlas, chama! Se pueden mezclar la gastronomía, las artes, el lenguaje.

Marcela
La presión por adaptarse a la nueva cultura puede llevar a los migrantes a perder sus tradiciones. ¿Cachai?

Marcela
Puede haber choques entre grupos culturales que generen tensiones por las distintas maneras de entender la vida, la cotidianidad.

Óscar
Yo creo que es una oportunidad para potenciar la creatividad. ¡Buenísimo para un artista, por ejemplo!



¿En qué estás de acuerdo con Óscar o Marcela? ¿Por qué?





CONSECUENCIAS DE LA MIGRACIÓN



Guadalupe es mexicana y Tito es cubano. Ellos hablan sobre **¿qué pasa con la economía cuando migramos?**



Guadalupe

Eso es una percepción. Además, al trabajar, los migrantes pueden ayudar a sus familias enviando remesas en moneda extranjera.

Tito
¡Oye, mi hermana! El mercado laboral se tensa porque la gente cree que los migrantes les van a quitar el trabajo.



Tito

Eso es bueno, sí. Pero también aumentan las demandas de servicios como educación y salud... Un desafío para los gobiernos locales.

Guadalupe

¡Güey! Los inmigrantes satisfacen necesidades laborales en sectores donde escasea la mano de obra.

¿En qué estás de acuerdo con Guadalupe o Tito? ¿Por qué?



JUGUEMOS CON LOS CUENTOS - CRUCIGRAMA



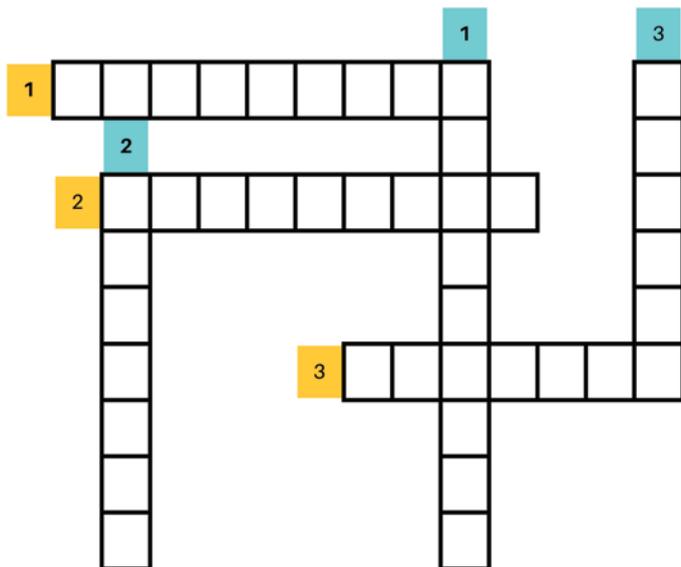
Después de haber leído los cuentos ganadores, resuelve el siguiente crucigrama.

HORIZONTALES

1. Razón por la cual el protagonista del cuento *Marcus Diotren, hijo de Atur* fue golpeado salvajemente.
2. Idea preconcebida. Valoraciones que Andrés ayudó a erradicar en su escuela a través de charlas en el cuento *El vacío*. (Invertido).
3. Profesión a través de la cual la madre hizo su aporte social a la comunidad del país que la recibió en el cuento *Hijo del viento*.

VERTICALES

1. Verbo en pasado simple. Acción del pastelero migrante con el mendigo francés en el cuento *Devolver el fuego*.
2. Acción digna de ser imitada. Lo que le dio Juan a María en el cuento *Eco de esperanza*. (Invertido).
3. Yrina la usó para compartir su cultura con los habitantes de la ciudad que la recibió, en el cuento *Donde el silencio habla*.





¿ADAPTACIÓN O INTEGRACIÓN?



Un migrante puede adaptarse o integrarse al país o ciudad que lo recibe. Son dos procesos distintos y es importante distinguirlos. Acá te dejamos algunas pistas para comprender la diferencia.

Adaptarse es el proceso mediante el cual un migrante se ajusta a su nuevo entorno. Puede implicar...

-  Aprender el idioma local.
-  Modificar su vocabulario para usar la jerga del lugar que lo recibe.
-  Cambiar sus costumbres para incorporar las de su nueva región de residencia.
-  Incorporar nuevas normas sociales.
-  Hacer modificaciones funcionales para poder trabajar y vivir en el nuevo país o ciudad.

Integrarse implica un proceso más profundo y bidireccional porque involucra a la población que lo recibe. No solo se trata de que el migrante se ajuste a la nueva cultura. Integrarse implica...

-  Crear un sentido de pertenencia.
-  Participar activamente en la nueva sociedad.
-  Interactuar cultural y socialmente.
-  Aportar conocimiento y costumbres a la sociedad que lo recibe.
-  Que la comunidad receptora acepte y valore al migrante.





EL ROL DEL ARTE Y LA CULTURA



Son diversos los canales a través de los que un migrante puede integrarse a una nueva sociedad. Las manifestaciones artísticas y culturales constituyen un camino poderoso y efectivo para lograr esta integración, un puente que facilita la reflexión, la comunicación, la comprensión y la conexión entre migrantes y comunidad.

¡Te proponemos un juego creativo!

Hemos generado cuatro obras de arte con IA (Inteligencia Artificial). Te invitamos a darles un título y escribir una frase, un poema o una reflexión para cada imagen.

UNA PINTURA



“

TÍTULO:

”

FRASE, POEMA O REFLEXIÓN:



EL ROL DEL ARTE Y LA CULTURA



UNA OBRA DE TEATRO

“

TÍTULO:

”



FRASE, POEMA O REFLEXIÓN:





EL ROL DEL ARTE Y LA CULTURA



La Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, mejor conocida como Unesco, entiende el arte y la cultura como...



Herramientas que pueden **fomentar el entendimiento** mutuo y la **cohesión social** entre migrantes y comunidades locales.



Formas de **participación** migrante que enriquece a los pueblos receptores.



Puentes entre distintas maneras de entender el mundo.

Que los migrantes compartan su cultura a través de obras de teatro, pinturas, esculturas, cine, danza, música, literatura, diseño y demás manifestaciones artísticas, permite...



Que compartan sus historias y tradiciones para dar **visibilidad** a sus experiencias y fomentar el entendimiento en la comunidad receptora.



Dialogar e **interactuar** social y culturalmente en encuentros como exposiciones o festivales.



Mantener viva su **identidad cultural**, al mismo tiempo que amplían su sentido de pertenencia en el nuevo país o ciudad.



Mejorar la **comprensión del idioma** local en un entorno creativo.



Promover una **imagen positiva** ante sus nuevos círculos sociales.



Procesar el desarraigo y construir **redes de apoyo emocional** a través de la creación y la apreciación del arte.





JUGUEMOS CON LOS CUENTOS

INTEGRACIÓN POR EL ARTE



¡Pongamos en juego la imaginación!

Te daremos los nombres de algunos personajes de los cuentos ganadores y tú tendrás que proponer alguna actividad artística a través de la cual ellos podrían integrarse a sus nuevas sociedades, como hizo Juan en *Eco de esperanza*, quien usó plástico reciclado para construir artesanía.



Zara, de
*Donde el silencio
habla*

ACTIVIDAD ARTÍSTICA:



Andrés, de
El vacío

ACTIVIDAD ARTÍSTICA:



Pastelero, de
Devolver el fuego

ACTIVIDAD ARTÍSTICA:





DERECHOS MIGRANTES



¿Existe alguna ley que regule las migraciones en América Latina?
¿Las personas migrantes tienen derechos específicos que deban ser resguardados en todos los países?

Para responder estas preguntas, lo primero que debemos saber es que, antes de ser migrantes, esas personas son seres humanos, por eso en cualquier país se deben garantizar sus derechos fundamentales, sin importar su situación migratoria o nacionalidad, contemplados en...

1) La Declaración Universal de los Derechos Humanos, emitida por la Organización de las Naciones Unidas en 1984.

2) La Convención Americana sobre Derechos Humanos, también conocida como el Pacte de San José de Costa Rica en 1969.

Luego, algunos países latinoamericanos han promulgado leyes para proteger a los migrantes dentro de sus territorios, como es el caso de la Argentina, que tiene la **Ley de Migraciones** desde 2004 en la cual se les asegura acceso a la salud y la educación, entre otros derechos básicos.

También existen algunos acuerdos y leyes específicos que listamos a continuación.

Convención Internacional sobre la Protección de los Derechos de Todos los Trabajadores Migratorios y de sus Familiares (1990).

Pacto Mundial para una Migración Segura, Ordenada y Regular (2018).

Instrumentos de la Organización Internacional del Trabajo (OIT). La OIT tiene varios convenios, como el Convenio 97 sobre los Trabajadores Migrantes (1949) y el Convenio 143 sobre los Trabajadores Migrantes en Condiciones Irregulares (1975).

INSTITUCIONES



Es importante saber que, a escala internacional, existen distintas instituciones u organismos que trabajan en beneficio de las comunidades migrantes. Acá te dejamos algunas de ellas y sus sitios web.



Organización Internacional para las Migraciones (OIM): www.iom.int



Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR): www.unhcr.org



Banco Mundial: www.worldbank.org



Centro Internacional para el Desarrollo de Políticas Migratorias (ICMPD): www.icmpd.org

CANTAR, MIRAR, LEER



Hemos preparado para ti algunas recomendaciones de canciones, películas y libros que abordan la migración desde distintas perspectivas, para que vuelas con la literatura, te emociones con el cine y cantes con amigos.



"Clandestino", de Manu Chao.
"Latinoamérica", de Calle 13
"Pa'l Norte", de Calle 13



"Fievel: An American Tail" (1986), dirigida por Don Bluth.
"Al otro lado" (2005), dirigida por Gustavo Loza.
"La misma luna" (2007), dirigida por Patricia Riggen.



"La frontera: el viaje con papá", de Deborah Mills y Alfredo Alva (cuento).
"Martí, el tigre mariposa", de Orlando Alfonso (fábula).
"The Only Road", de Alexandra Díaz (novela juvenil).



¡A ESCRIBIR!



Para cerrar este módulo didáctico, queremos que te conviertas en autor/a usando la creatividad y la información que te hemos compartido. ¿Te atreves? Entonces, te invitamos a escribir en tu cuaderno un cuento en el que algún personaje sea migrante y ejerza sus derechos a través del arte. ¡Gracias por llegar hasta acá!

SOLUCIONES



Acá te dejamos las soluciones a los juegos contenidos en este módulo.

TIPOS DE MIGRACIÓN

Ámbito geográfico: interna (C), internacional (D), de retorno (E).

Origen de la decisión: voluntaria (B), forzada (G).

Duración: temporal (F), permanente (A).

SOPA DE LETRAS

1. Personal
2. Permanente
3. Forzada
4. Ambiental
5. Políticas
6. Retorno

CRUCIGRAMA

HORIZONTALES

1. Xenofobia
2. Prejuicio
3. Maestra

VERTICALES

1. Agradeció
2. Ejemplo
3. Comida

¿Quieres conocer historias de personas migrantes?

<https://holaamerica.org/narrativas-2/>

Horizontes en movimiento

Relatos de jóvenes agentes de cambio

En todo el mundo, los niños, niñas y adolescentes representan el 15% de la población migrante, pero en América Latina y el Caribe ese porcentaje asciende al 25%. Esta generación ve en la migración más que un desafío: la entiende como una oportunidad para construir puentes entre culturas, fortalecer comunidades y promover los derechos humanos. En este libro, sus relatos nos inspiran a reconocer a las personas migrantes como agentes de cambio que transforman realidades. Desde Ashoka celebramos el compromiso de los jóvenes con un mundo más justo e inclusivo.

María Merola, directora de Ashoka Cono Sur.

Con este concurso incentivamos a jóvenes y docentes a desarrollar sus capacidades e intereses relacionados con la escritura. En un contexto donde las dificultades en este ámbito son tan evidentes, buscamos que se involucren con una temática movilizadora que les permita expresarse y crear desde su propia perspectiva. Nos llena de esperanza observar tanto el número de participantes como la calidad de los textos producidos. Además, es gratificante encontrar docentes comprometidos que continúan apoyando a sus alumnos en iniciativas como esta.

José Liñán, director de Fundación Santillana Argentina.

Nosotros venimos de una descendencia larga de inmigrantes, que incluye a nuestra querida abuela. Nos parece fundamental leer estos cuentos que tratan las historias de quienes cambiaron de residencia. Sirven para poder conmemorar a quienes viajaron en búsqueda de nuevas oportunidades y se hicieron un pilar para formarnos como sociedad.

Mila y Jonas Gotlib, nietos de Esther Kolonsky.

